

M. Fernández y González

R. 43495



Clavado Gallardo
Q. Gallardo

LA BUENA

La Buena Cantos y figuras

MADRE

TOMO PRIMERO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 47.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
- 5.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Mérimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguénief.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante. E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Melistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Mérimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 81.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La peña del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 231.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Górdon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Kórosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección.
- 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. du Terrai.

- 77.—La herencia de los doce millones.—78.—El tonel del muerto.—79.—El club de los Veinticuatro.—80.—La rival de Baccarat.—81.—La estocada de los cien luises.—82.—El juramento de la gitana.—83.—Las dos condesas.—84.—El triunfo del mal.—85.—Rocambole tiene miedo.—86.—El espectro de la guillotina.—87.—Los caballeros del Claro de Luna.—88.—La sombra de Diana.—89.—El pacto de las tres mujeres.—90.—El hombre de las gafas azules.—94.—El número ciento diez y siete.—95.—La

cárcel de mujeres.—96.—Los lobos de la nieve.—97.—El telegrama falso.—98.—Las garras de color de rosa.—99.—La taberna de la muerte.—100.—El fantasma de las cadenas.—101.—Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103.—La vinda de los tres maridos.—104.—Las fieras de la selva.—105.—El barril de pólvora.—106.—Los tres verdugos.—107.—El molino sin agua.—108.—El plan del hombre gris.—109.—El cementerio de los ajusticiados.—110.—Una cita de amor.—111.—Los dos detectives.—112.—El reo de muerte.—113.—La cuerda del ahorcado.—114.—La niña muda.—115.—El secreto de la cartera.—116.—La casa de las rosas.—117.—Los papeles del asesino.—118.—El rapto de una muerta.—119.—El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

130 a 136.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.

Mayne Reid

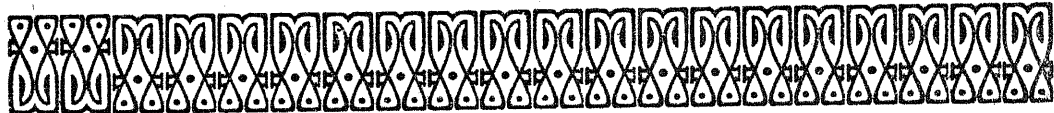
159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos.
220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos.
139.—Leyendas de la Alhambra.
creencia Borgia.

Clásicos esp.

275 y 176.—Cervantes, Novelas.
209.—Quevedo, El gran tacaño.—Gu
blo cojuelo.
241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las
niñas, y otras.
244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y
discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas
Verdes.—Amar por razón de Estado.
250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es
de guardar.—La devoción de la Cruz.
254.—Romancero del Cid.
256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después
de morir.—El diablo está en Cantillana.—La
luna de la sierra.
259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén
con el desdén.—De fuera vendrá...



LA BUENA MADRE

PRÓLOGO

La noche de muerte de Sancho IV

CAPÍTULO PRIMERO

EL GOLFÍN

Al obscurecer del día 25 de Abril del año de 1333 de la era de César, 1295 de Jesucristo, un hombre robusto, fuerte, de elevada estatura, ascendía por un repecho de los Cigarrales de Toledo, en dirección á una casa situada en lo alto del monte, y desde la cual, al otro lado del valle del Tajo, se veía encerrada en los triples recintos de sus viejos muros la imperial ciudad de Toledo.

Era la tarde sombría y triste, y una menuda lluvia caía incesante á través de la blanca niebla que hacía aparecer á lo lejos de una manera fantástica, la ciudad.

Amenazaba una noche lóbrega: fuertes ráfagas de un violento Sur agitaban las malezas que orlaban el sendero, por donde ascendía hacia la casa situada en lo alto del monte el hombre que hemos indicado.

Si alguno de los vivientes de aquellos tiempos hubiera visto desde lejos á aquel hombre, hubiera detenido su marcha y hubiera requerido sus armas, ó á no ir provisto de ellas, hubiera emprendido la fuga. Aquel hombre, si no era bandido, lo parecía.

Su traje no podía ser más sencillo, ni más severo, ni más terrible. Se componía de un camisote de mallas, con capellina del mismo género, de un casco fuerte de media bellota, con dos plumas de águila en su punta, ajustado sobre la

capellina, un cinto de piel de toro, sujeto por una grande hebilla de acero, apretaba su cintura, y de él pendía una espada corta y ancha con una fuerte empuñadura de hierro, groseramente cincelado, y de forma de cruz.

Sus piernas, que dejaba ver de la rodilla abajo el camisote, estaban cubiertas por unas abarcas sujetas por filamentos de piel de toro. A la espalda llevaba, pendiente de un ancho talabarte que cruzaba su pecho, un hacha de armas, una gran ballesta, una adarga de cuero redoblado semejante á las que usaban los moros granadinos; sobre la cadera izquierda una venablera llena de fuertes jaras; al costado derecho una bocina de asta de buey, y en la mano una robusta y corta lanza de dos hierros.

Bajo el reborde del capacete, por entre la abertura de la capellina de mallas, se veía un semblante enérgico, atezado ligeramente, como por efecto de largos trabajos sufridos á la intemperie.

En aquel semblante bilioso, acentuado, demacrado, brillaban unos ojos azules, pero de mirada incontrastable, altiva, sombría. Las pobladas cejas y la espesa y larga barba de este hombre eran rubias, tirando un poco al rojo, y su boca de labios gruesos y enérgicos, mostraba claro una expresión de fiera y algo de terriblemente siniestro.

Ascendía rápidamente y en paso poderoso por el recuesto; parecía como que le aquejaba una gran impaciencia. Llegó al fin á la cumbre, y se encontró á medio tiro de ballesta de la casa de que hemos hablado.

A los pies del hombre empezaba la áspera vertiente que terminaba en el valle del Tajo

perdido en la penumbra del crepúsculo: apenas se veían el puente de San Martín, las ruinas del ya hacía muchos años destruído de la Cava, y el apiñado caserío de la vertiente de la ciudad dejaba ver algunas luces, apareciendo de una manera fantástica, opaca y débil á través de la niebla. El Tajo parecía una larga serpiente blanquecina que rodeaba la ciudad.

El viajero arrojó una mirada indescribible sobre Toledo, y luego se volvió hacia la casa que tenía á su derecha; terció su pica, que sostuvo en el brazo izquierdo, tomó de sobre su espalda la ballesta, sacó de su venablero una jara, de entre su ancho cinturón un pergamino, le enrolló al extremo de la jara, le ató fuertemente con parte de uno de los filamentos de sus abarcas, que cortó, y soslayándose, sin perder su pica, sostenida en la sangría de su brazo izquierdo, armó la ballesta, disparó, y la jara se clavó en la madera de una de las ventanas de la casa.

Aquella casa era un pequeño rectángulo de piedra apoyado en cuatro torrecillas chatas. Sobre los muros corría un adarve coronado por fuertes almenas.

En el frente, que correspondía al lugar donde estaba el hombre, al paracer bandido, había un pequeño y profundo postigo con puerta forrada de hierro, sobre este postigo un ejimez, en una de cuyas maderas se había clavado la jara de ballestero incógnito.

Un muro, al que se unta la casa, formaba el recinto de un pequeño parque. La casa estaba muy lejos de ser un castillo, y sus adarves y sus almenas y sus matacanes no significaban otra cosa sino que en aquella funesta época de turbulencias y de guerras civiles que producían el bandidaje, todas las casas situadas en los campos estaban fortificadas.

Apenas disparó su jara el ballestero, volvió á echarse su ballesta á la espalda, tomó su pica, y en paso rápido descendió por el recuesto, hacia el valle del Tajo, en dirección al puente de San Martín. Aún no había acabado de obscurecer, y podían distinguirse, aunque vagamente, los objetos. De improviso, el incógnito se detuvo y permaneció inmóvil.

Por una sinuosidad del sendero habían aparecido dos hombres armados con ballestas y espadas, cubiertos por gabardinas pardas con capuz, y llevando en vez de abarcas, calzas y borcegues.

Aquellos dos hombres, al ver cerca de sí al

otro que se había detenido, se detuvieron, y armando sus balletas exclamaron:

—Téngase el golfin, y dese á la Hermandad de Toledo.

En efecto, aquellos dos hombres eran cuadrilleros de la hermandad que se había creado algunos años antes para perseguir á los malhechores, y á cuyos individuos se habían dado grandes fueros y privilegios.

Antes de pasar adelante, digamos lo que era un golfin, puesto que este nombre habían dado al desconocido los dos cuadrilleros de la hermandad que salían á hacer su ronda nocturna por aquellos lugares.

No conocemos la etimología de la palabra; pero de antiguos cronicones resulta que se llamaba golfin á unos aventureros, por lo general catalanes, gallegos ó de las montañas de Castilla, en su mayor parte hidalgos, que por no tener bastante hacienda para vivir como tales, ó por haber gastado ó jugado la que tenían, ó por algún delito ausentados de sus tierras, con sus armas por no saber otro modo de vivir, idos, refugiados en los puertos del Muradal y fortificados en aquellos fragosos y desiertos montes, en frontera de moros, salían á cautivar y robar cuantos moros y cristianos pasaban por el camino de Castilla á Córdoba y Sevilla, sustentándose de estas presas en la aspereza; y con este ejercicio, prácticos en la guerra, fuertes y sufridores de trabajos, eran tan valientes y tan atrevidos, que el rey de Castilla no pudo, aunque lo procuró, exterminarlos.

Por lo mismo se había formado en Toledo, Talavera y Villarreal, una llamada hermandad, á cuyos individuos se apellidaba cuadrilleros, con el objeto de perseguir á los golfinos que solían hacer irrupciones en bandas sobre las tierras de Toledo.

Los golfinos solían también ponerse en gran número á sueldo, ya de un rey, ya de un señor que los necesitaba para sus empresas, y eran estimados como combatientes inmejorables que no escaseaban ni la sangre ni la fatiga si á sus servicios correspondía la recompensa, y que eran un azote de Dios sobre la comarca donde caían.

Entre estos y los conocidos por almogávares no había otra diferencia que la de que los almogávares pertenecían exclusivamente á las montañas de Cataluña, mientras que los golfinos no se les podía pedir sino valor y sufrimiento, en los cuales se igualaban á los almogávares.

—Lleguen en buen hora los honrados cuadrilleros—contestó el golfín con el acento imperativo de quien está acostumbrado á mandar y á ser obedecido.

Podía decirse que su acento, más que de salteador, era de magnate. Los cuadrilleros se acercaron algo puestos en respeto, por el no sé qué majestuoso que se desprendía de aquel hombre.

—Seguid y dadme resguardo—dijo el golfín con el mismo acento dominador, poniéndose en marcha apenas hubieron llegado á él los cuadrilleros.

—Perdonad, si es que tenéis que perdonar—dijo con firmeza uno de ellos—; pero si sois golfín, no podemos ir en vuestra guarda sino para llevaros á la cárcel.

—Leed y obedeced—dijo el golfín dando un pergamino enrollado, del cual pendía un sello, al cuadrillero.

—¡Cuerpo del diablo! —dijo éste—; y cómo queréis que lea, si se va poniendo oscuro como boca de lobo?

—Por eso no quede—dijo el otro cuadrillero—; en la guarda del puente podemos leer lo que sea.

Y echaron á andar él, un cuadrillero delante, el otro detrás, llevando en medio al golfín.

En pocos minutos llegaron al puente, y bajo la arcada de su primera torre, á la luz de un turbio farol que ardía en un nicho en que se veía una imagen de Nuestra Señora, toscamente labrada de talla, teniendo aún en medio al golfín los dos cuadrilleros, el uno de ellos desenrolló el pergamino y leyó con mucho trabajo lo siguiente:

“Yo el rey Don Sancho IV de Castilla y de León, mando á todos los merinos, justicias mayores y menores, ricos hombres y vasallos de mis reinos, por cuyas ciudades, lugares, castillos ó casas pasase mi muy amado hermano el señor infante don Juan, le socorran, sirvan y favorezcan en lo que hubiere menester. De Quintana Dueñas, á 20 de Diciembre de 1294 años.
YO EL REY.”

De esta cédula pendía en hilos de seda el sello de plomo del rey Don Sancho.

Atemorizáronse los cuadrilleros, miraron sin atreverse á hablarle al supuesto golfín, y éste, arrebatando de una manera enérgica el pergamino al cuadrillero, siguió adelante á lo largo del oscuro puente, y se perdió por la arcada de

su otra torre, sin que los cuadrilleros, aturdidos, se atreviesen á seguirle.

CAPITULO II

LOS SERVIDORES DEL INFANTE DON JUAN

Apenas se había clavado la jara rechinando en una de las hojas del ajimez de la casa fortificada, de que hemos hecho mención en el anterior capítulo, cuando se abrió aquel ajimez, apareció el reflejo de una luz en el interior, y se recortó sobre aquel reflejo el cuerpo de un hombre, que arrancó con mano fuerte la jara y cerró de nuevo el ajimez. Quedó otra vez la casa solitaria y oscura.

Pasó algún tiempo, y al fin, entre el zumbar del viento, y el ruido monótono que producía al caer sobre el campo la lluvia que arreciaba, se abrió paso otro sonido, primero leve y luego distinto, que parecía el de los cascabeles de los collares de algunas caballerías, cuyo ruido acompañado crecía por momentos.

Al cabo se vieron aparecer por el repecho, montando la cumbre, algunos golfines, detrás de los cuales venían dos caballeros armados de todas armas con largas lanzas, en pos una litera llevada por mulas, conducidas de la mano por dos golfines, después otros dos de á caballo, y por último, otro escuadroncillo de golfines.

El golfín que iba delante, que era agigantado, llevó la bocina á sus labios, y á poco los ecos de los montes devolvieron retronando la poderosa voz de la bocina.

Abrióse entonces el ajimez, se recortó sobre el reflejo de la luz del interior la figura de un hombre, y una voz enérgica preguntó:

—¿Sois los del señor infante?

—Somos—contestó lacónicamente el que había tañido la bocina.

Retiróse el hombre del ajimez, se cerró éste, se abrió poco después el postigo, y con una linterna de hierro en la mano apareció un hombre de cuya fisonomía no podía juzgarse, porque estaba envuelto en una penumbra.

Los cuatro de á caballo echaron pie á tierra, los de la litera se encaminaron al postigo y entraron por él con ella; después entraron unos tras otros los golfines; luego los caballeros con sus caballos; por último, se cerró el postigo. La casa tornó á quedar oscura y silenciosa.

Por la parte de la casa que correspondía al pequeño parque, había una arcada ó vestíbulo

bizantino, con marcado sabor sarracénico; bella arquitectura mozárabe, de la cual nos quedan algunos ejemplares en el viejo Toledo.

En el interior de aquel vestíbulo había dos arcadas: una que guiaba en derechura al postigo por donde acababan entrar los viajeros; otra frente á la primera, en que empezaba una escalera de mármol.

Detúvose en el vestíbulo la litera, pesado mueble de madera y cuero, cerrado con celosías, que acusaban el origen árabe de la litera.

Acercóse á ella el golfín que había tocado la bocina, y con una llave abrió una de las portezuelas, é inmediatamente salió una mujer alta, esbelta, gallarda, completamente envuelta en un haike de finísima lana á rayas blancas, rojas y negras, no dejando ver más que dos ojos negrísimos á través de la abertura del haike, y al bajar de la litera un bello pie calzado con un borceguf dalitado y bordado de oro.

La mora, que indudablemente lo era, se detuvo en actitud altiva delante del golfín que había abierto la litera. Este dijo al hombre de la casa:

—Guiad.

Tomó aquel hombre por las escaleras, le siguió la mora, y el golfín que parecía jefe, volviéndose á los otros, les dijo:

—Acomodaos como podais.

Y siguió tras la dama. Los golfines se quedaron á oscuras en el vestíbulo, y cansados sin duda de la jornada, cual acá, cual allá, arrimando sus armas á la pared, se tendieron.

—Conque tenemos ya por acá á nuestro señor—dijo el de la casa al que parecía jefe de los golfines, sentado á par de él, teniendo en medio una pequeña mesa de roble, en un reducido aposento circular, que sin duda era parte del interior de una de las torrecillas angulares de la casa.

—Parece que se muere el señor rey don Sancho—contestó el golfín.

Pero suspendiendo este diálogo, hagámonos cargo de los dos hombres que tenemos en escena, merced á una lámpara de hierro colocada sobre la mesa en que hay además una redoma de tosco vidrio llena de un vino rojo como la sangre del toro y dos vasos de estaño.

El de la casa era un hombre rudo, como de treinta y seis á cuarenta años de edad, con trazas de hidalgo, á juzgar por su sayo de paño leonado, con una hilera de herretes de plata, sus calzas de grana, sus borcegues de velludo y su

capellina de lana azul que tenía echada sobre los hombros, sus cabellos largos cortados en cerquillo en la frente á dos dedos de las cejas y su barba cerrada partida en dos puntas.

Este hombre dejaba ver bajo sus negras y pobladas cejas dos ojos negrísimos de mirada aviesa y recelosa.

Las formas de su semblante eran rudas y su color fuertemente moreno: su nariz recta, sus pómulos salientes y sus mejillas deprimidas tenían mucho de la acentuación de la raza judía: sus manos membrudas y vellosas estaban en armonía con el fuerte pomo del puñal que se veía sujeto en su ceñidor de cuero, color de avellana, tachonado de chapetas de acero.

Este hombre inspiraba una repulsión instintiva: á primera vista se adivinaba en él al asesino, al hombre sin conciencia, dispuesto á todo, ya le impulsasen el oro, el odio ó la cólera.

El golfín contaba sobre poco más ó menos la misma edad que su interlocutor: vestía exactamente lo mismo que el personaje que hemos presentado en el capítulo anterior, y llevaba iguales armas.

Había dejado junto á la pared la pica, la ballesta, el hacha de armas, la venablero y la adarga, se había desceñido el talabarte dejando caer al suelo la bocina y la espada, se había quitado el casco y echado atrás la capellina de mallas, y había dejado ver una crespa cabellera de color negro impuro que tiraba á gris: bajo ella una frente deprimida, dos cejas rectas, dos ojos verdes, móviles y penetrantes, una nariz gruesa y roma, una boca de labios prominentes, y una barba revuelta, espesa y cuadrada.

En el semblante de este hombre estaba impreso el sello de la raza berebere, y no se traslucía en él al asesino, pero se sentía al hombre feroz.

Era además ancho de hombros, alto de pecho, fornido y al parecer dotado de una fuerza hercúlea.

A juzgar por lo que hemos dicho, puede deducirse que el uno de aquellos hombres era judío y el otro africano: de ambas razas había por entonces multitud de conversos y no conversos, vestidos ó no á la usanza de Castilla ó á la de su raza.

El uno se llamaba don Jonás y era mayordomo del infante don Juan: el otro tenía por nombre Ayesa-ben-Tayde, y servía al infante don Juan como primer escudero.

Los antecedentes de estos dos hombres nos

importan muy poco: baste decir que servían cada cual de ellos hacía muchos años al infante, y gozaban de toda su confianza.

Estos dos hombres debían ser conversos, puesto que bebían á discreción el rojo contenido del frasco de vidrio, cosa rígidamente prohibida por la ley de Moisés y por la de Mahoma: sea como quiera, eran dos hombres enérgicos, terribles, á los cuales rodeaba un no sé qué de fatídico.

Reanudemos el diálogo.

—Parece que se muere el señor rey don Sancho—había dicho Ayesa ben-Tayde.

—Gran rey—dijo don Jonás.

—Bravo como un león y no escaso en echar al suelo cabezas de rebeldes.

—Tenéis razón, Ben-Tayde; pero no ha sabido matar el remordimiento que le mata, por aquello de la maldición del señor rey don Alonso su padre.

—Gran rey.

—Sí—respondió don Jonás—; pero mejor le hubiera estado hacer menos leyes y más castigos.

—Necesario hubiera sido matar á media Castilla, amigo don Jonás: cuando todos quieren ser reyes, sucede lo que le aconteció al rey don Alonso, que siendo un gran sabio, un buen rey y un buen caballero, se vió desobedecido y acometido por todos, hasta por su propio hijo, á quien le tardaba el reinar: pero ¿qué nos importa eso? la verdad es que en las grandes revueltas de los reinos en donde media y crece el audaz; y ¿qué sería de nosotros si el señor infante don Juan, nuestro amo, se hubiera reducido á ser primero hijo obediente del rey don Alonso, y á ser después un buen hermano del rey don Sancho IV? vos permaneceríais labrando oro y plata en la Judería de Toledo, y yo cazando leones en la tribu de los Benimerin: gracias al infante don Juan, somos hidalgos y caballeros, y poseemos algo qué, y estamos en camino de poseer algo más: sobre todo que vivimos á nuestro gusto, hoy acá, mañana allá, siempre entre gente brava y con las manos en la masa. Pero viniendo á lo presente, á fe á fe que me tenía muy guardado el señor infante el que tan pronto tuviera yo el contento de veros, de estrecharos la mano y de beber con vos.

—Tampoco esperaba yo veros tan pronto; esperaba sí al señor infante: hace tres meses, estando yo en Tánger, porque no me convenía mucho andar por estos reinos de Castilla, donde todo lo que era del infante se miraba con sobre-

ojo, me encontré una mañana en mi casa con un buen hijo de los Benizeyri (Zegríes) que me entregó una carta: "Vente con el correo, decía aquella carta; dineros lleva bastantes para lo que hubieses menester: si tienes algo ahí, véndelo, porque el rey mi hermano anda enfermo, pienso pasar á Castilla, y es de presumir estemos largo tiempo por allá." Vendí lo mío, que había adquirido en África con el dinero que había llevado de aquí, me encontré con mil doblas juzefinas de las viejas, de oro cendrado, me embarqué en Arcilla, y á los tres días desembarqué, con el correo que me había enviado el infante, en Adra, desde donde, con salvoconducto del rey moro de Granada, Ben-Nazar el Ansari, llegué á Granada, donde en una casa de placer del rey moro, muy asistido de esclavos y muy vestido á lo moro y con grande harén y grandes comodidades, vivía esperando el tiempo para vivir de otro modo el infante don Juan nuestro señor. Alegróse mucho de verme: tuvome ocho días á su lado, secretamente, sin que vos mismo lo supierais, en cuyo tiempo me divertí cuanto pude, á pesar de que los moros son gente brava y hay que ser muy bravo para divertirse entre ellos, y el octavo día por la noche, el infante me dijo: "Mañana por la mañana te pondrás en camino para Castilla, tomarás la vuelta de Toledo, y comprarás con dineros que yo te daré para que lleves, aquella buena casa que yo labré en los Cigarrales cuando andaba bien con mi señor padre y mi señor hermano, y pagarás por ella lo que te pidieren, y la abastecerás de lo necesario, así de servidores como de muebles, lámparas, pebeteros y alcatifas: y cuando esto sea, esperarás allí á que llame yo á la puerta." Pero es el caso, mi buen Ben-Tayde, que el infante no ha llamado á la puerta, sino á la ventana.

—¡Cómo!—dijo con curiosidad Ben-Tayde, echándose al cuerpo un cubilete lleno de vino—; ¿de tal manera le han crecido los brazos á su merced desde esta mañana que se ha separado de mí?

—Su merced tiene brazo bastante para hacer pasar un venablo por encima de la cruz de la torre de la iglesia mayor de Sevilla, que es el cuerpo de torre mas grande que he visto yo en mi vida.

—¡Ahl ¡yal—dijo Ben-Tayde.

—Eso es—contestó don Jonás—; estaba yo leyendo el Arte de cetrería del sabio rey don Alonso, cuando, ¡chas! oí un golpe terrible en el ajimez

de la antecámara de la cámara árabe de esta casa, donde hemos dejado á esa dama mora que habeis traído; acudí allá, abrí el ajimez, y en la madera encontré clavada una jara, que por su peso y su tamaño parecía una jabalina.

—Conque aquí debe andar, me dije, el infante, mi señor, porque jaras tales no las despide de ballesta nadie más que el rey mi señor, me equívoco, el infante mi señor, su escudero Ayesa-ben-Tayde ó yo.

—Y sin equivocación, el señor rey don Sancho IV, á quien no mienten cuando le llaman el Bravo.

—Cierto es, que es un león bravo y un buen caballero, que tanto blande la lanza como juega de la ballesta ó de la maza de armas el señor rey don Sancho. Pero es el caso que cuando yo pienso en mi amo, no me acuerdo de nadie más que de él; y continuando, digo, que en el cabo de la jara, y junto á las plumas, encontréme con este pergamino enrollado y atado con una correa.

Y don Jonás sacó de debajo de su sayo un pergamino que desenrolló y dió á Ben-Tayde, que leyó con suma facilidad lo siguiente:

Mi buen don Jonás: no puedo detenerme ni un momento; he sabido por corredores que van á la frontera que el señor rey mi hermano agoniza, he escrito estas letras en una ermita del camino: detrás de mí vienen, resguardando á una dama, mi escudero Ben-Tayde con otros criados míos: aposéntalos y guarda á esa dama.—*El Infante don Juan.*“

Ben-Tayde devolvió el pergamino á don Jonás, que le guardó.

—Esta mañana al amanecer—dijo el africano—nuestro señor me mandó que cuando llegásemos á los Cigarrales llamase á su antigua casa; después, el señor adelantó; le tardaba llegar.

—¿Y por qué no á caballo?

—No había seguridad de poder remudarle, porque con lo revuelta que anda la tierra, todos los que tienen caballos de silla se los han llevado á los montes y á lo interior de las dehesas, temerosos de que se los quiten para sus soldados éstos ó los otros, los de Haro, los de Lara ó los del rey. La jornada era demasiado larga para un caballo, y nuestro amo el infante es fuerte y andador: se acostumbró en África; Dios le ha hecho para la fatiga y para la guerra.

—Pero medra poco y es desgraciado en sus empresas—observó don Jonás.—Ahora viene

muy resuelto á aprovecharse de la enfermedad ó de la muerte del rey; ya veremos lo que esto dura.

—¡Eh, mil rayos!—dijo Ben-Tayde—; para que cada cual de los grandes señores alcanzase lo que desea, sería necesario partir á Castilla y á León, á Asturias y á Galicia, á las Extremaduras y á las Andalucías, en tantos reinos como magnates; yo nada espero: los unos estorban á los otros, y acabarán por aniquilarse; si yo fuera el rey, dejaría que mis enemigos se destruyesen los unos á los otros, y me iría comiendo cabeza á cabeza las de todos los traidores.

—El rey está muy enfermo.

—¿Y qué padece el rey?

—El rey padece del corazón y de la cabeza: me lo decía anoche su médico don Abraham, que es algo pariente mío, y que Dios me perdone si en vez de venir á comer del alajú y de las golosinas que me regala una hermana mía que tengo en San Pedro de las Dueñas, no viene á observar lo que aquí sucede ó no sucede, ó si estoy solo ó acompañado; pues me decía: “El rey padece mucho, delira, no está en su cabal razón, ve por todas partes la sombra de su padre el señor rey don Alonso, y mira con ansia á su esposa, la noble reina doña María, y á su hijo mayor el infante don Fernando: el rey siente sobre sí la maldición de su padre; y esto, que viene trabájndole desde hace tiempo, ha encendido su sangre, le ha producido esa calentura continua que no tiene cura, y ha debilitado su cabeza; mucho será que no sucumba cuando menos se espere: esta noche, mañana, un día próximo.”

—He ahí la razón de la prisa de nuestro señor—dijo Ben-Tayde.

—¿Y á qué, viniéndose tan de prisa, se ha traído consigo una mujer?—observó don Jonás.

—¡Ah!—contestó Ben-Tayde—; esa es una historia larga. ¡Si supierais quién es esa dama!... pero lugar hay para esto; la jornada ha sido muy larga, hemos comido mal y de prisa en una venta del camino, y tengo todo lo que puede aquejar á un hombre: hambre, sueño y cansancio; no estoy muy seguro de que el infante nuestro amo no me necesite esta noche, y por lo mismo, don Jonás, ved si los domésticos tienen ya lista la cena, cenemos y recojámonos.

—¿Y esa dama?

—Cuando digo cenemos—contestó Ben-Tayde—, con la dama cuento; yo la serviré, y cuando la haya servido, cenaremos juntos vos y yo:

espero que no os hayáis olvidado de los escuderos que están abajo.

—Para todos habrá alimento bastante y abundante vino; pero venid, que según mis órdenes, la cena debe estar ya servida.

Y el mayordomo y el gran escudero del infante don Juan salieron de la pequeña estancia en que se encontraban á una galería que correspondía al patio de la casa, y desaparecieron por una puerta situada al fondo de aquella galería.

La noche se había hecho de todo punto tempestuosa: la lluvia se había convertido en aguacero, y el viento retronaba sonoro sobre los Cigarrales, silbando entre las almenas de la casa fuerte del infante don Juan.

CAPITULO III

EL INFANTE DON JUAN

Este siguió á gran paso por la áspera subida de San Martín hasta la puerta del Cambrón, por la que pasó sin ser reparado de nadie, porque los guardas, á causa de la inclemencia de la noche, estaban metidos en el espacio que les servía de cuerpo de guardia de la parte de adentro de la puerta.

Desde allí, por un laberinto de callejas estrechas y pendientes, que han perdido sus nombres, llegó á Zocodover, y atravesando la plaza, desierta á causa del mal tiempo, tomó por la calle que ahora se llama de las Armas, llegando á una plazuela donde se levantaba unido al antiguo alcázar el monasterio de San Pedro de las Dueñas.

Por aquella plazuela cruzaba de tiempo en tiempo alguno que entraba en el alcázar ó que había salido de él.

Este alcázar y el monasterio adjunto á él, que ya no existen, ocupaban el mismo lugar que hoy ocupa el convento de Caballeras de Santiago de Santa Fe, unido á los restos del palacio de la infanta Galiana, que entonces, mejor conservado, formaba un grupo con el antiguo alcázar y el antiguo monasterio, que ya no existen: tanto el alcázar como el convento y como el viejo palacio de Galiana, estaban contenidos en el recinto de un muro de piedra almenado, torreado de trecho en trecho y abierto por la parte de Mediodía por una fuerte poterna flanqueada por dos grandes torres bizantinas, unidas entre sí por una bella galería con estatuas de reyes godos, coronada

por un adarve erizado de puntiagudas almenas reales.

Rodeaba una profunda caba ó foso este recinto, y un enorme puente levadizo, echado á la sazón, facilitaba el acceso á la profunda arcada de la poterna.

El infante atravesó el puente, y junto al rastillo, que estaba á medio alzar, le detuvo un ballestero que hacía la guarda, y que sobre su sayo de gamuza mostraba una pequeña cota de armas, en la que se veían en cuarterones castillos de oro en campo de gules y leones rampantes de gules en campo de plata.

—¿Quién es el capitán de la guarda?—preguntó con altivez el infante al ballestero.

—El señor Iñigo Suárez de Figueroa—contestó el soldado.

El infante se dirigió á una pequeña puerta que estaba á la derecha, practicada en el gruesísimo muro.

—¿Adónde vais?—dijo el ballestero, que miraba con recelo al infante, no conociéndole á causa de su aspecto y de sus armas.

—Entro á ver á vuestro capitán—contestó el infante.

Y se entró por aquella puertecilla, sin que el ballestero, dominado por el acento y por la mirada del infante, se atreviese á insistir.

Encontróse á poco el infante en un aposento muy reducido, practicado al parecer en el macizo de una de las torres que flanqueaban la poterna, y que no debía tener más luz de día que la que penetrase por una estrecha y profunda saetera.

Allí, sentado en un taburete de pino, apoyado en una tosca mesa en que ardía una lámpara de hierro, y visiblemente fastidiado, había un caballero, que tal lo parecía por su aspecto, de barba gris y cabellos canos, de semblante noble y de mirada tranquila y grave.

Vestía las presecas de capitán de ballesteros del rey.

Llevaba en vez de sayo una fuerte loriga, sobre ella una cota de armas con el blasón real, en la cabeza birrete de acero forrado de tela de oro, al cinto una ancha y fuerte espada, y tenía á mano, apoyada contra la pared, una partesana.

En aquel aposento no había lecho ni nada que pudiese servir para el descanso.

Al ver ante sí al infante, el capitán Iñigo Suarez se levantó violentamente, y echó mano á

su espada creyéndose sorprendido. En el primer momento no había visto otra cosa que un golfín, esto es, un bandido.

Pero instantáneamente su mano abandonó la empuñadura de su espada, y en su semblante se pintó una expresión de asombro.

—¿Cómo, señor!—exclamó—, ¿vos en tal traje, en tal sitio y a tal hora?

Soldado viejo de Sancho IV y antes de Alonso X, había reconocido al infante don Juan.

—Necesario ha sido este disfraz por las turbulencias de la tierra—contestó el infante—: decidme ahora, capitán Iñigo: ¿llego á tiempo?

La voz del infante don Juan era ligeramente temblorosa; no sabemos si por conmoción á causa del estado en que se encontraba el rey, ó por su impaciencia, por lo importante que para él era la vida ó la muerte del rey don Sancho IV.

—¿Y venís, señor, á ver á su señoría?—preguntó con extrañeza el capitán: porque todo el mundo sabía que el infante don Juan estaba en tierra de moros, en desgracia del rey.

El infante sacó de nuevo de entre su loriga la cédula que antes había mostrado á los dos cuadrilleros de la Santa Hermandad, y la dió al capitán. Este la leyó.

—¡Ah, señor!—dijo después de haberla leído—; permitidme os manifieste mi alegría por veros vuelto á la gracia del rey mi señor.

Y devolvió la cédula al infante inclinándose profundamente.

—¿Quiénes son—dijo el infante—los prelados, magnates y caballeros que están al lado del señor rey mi hermano?

—Está primeramente el señor infante don Enrique el Senador—contestó el capitán.

Se nubló de una manera visible el semblante de don Juan, y en sus poderosos ojos brilló un relámpago sombrío.

—¿Y quién más?—dijo.

—Don Gonzalo, arzobispo de Toledo—contestó el capitán—, y don Juan Núñez de Lara, y don Diego López de Haro y el señor infante don Juan Manuel.

—Cesad, capitán: id, buscadme al niño infante, y decidle sin que nadie os oiga, que le espera aquí su buen tío el infante don Juan: que venga.

El capitán salió.

El infante don Juan se quedó paseando de un lado á otro de la reducida estancia, profundamente pensativo y visiblemente contrariado.

¡Don Enrique el Senador!—dijo—¡el hombre terrible de quien no se han creído seguros nuestros primos de Nápoles, sino manteniéndole veintiséis años preso! ¡el hermano del rey don Fernando el III, nuestro buen tío, del cual no ha sabido separarse mi hermano desde que salió de prisión, absuelto por el Santo Padre! ¡Ah! será necesario luchar con él, con un hombre cuya ambición es insaciable: ¡y aquí también don Juan Núñez de Lara! ¡y también aquí don Diego López de Haro! ¡los lobos en derredor del león expirante para arrojarle en cuanto muera sobre la presa que el león tiene aún entre sus garras! Ese pobre niño, que aún no puede sentir la sed de la ambición, él, él es el mejor medio para que yo me entienda cuanto antes con doña María.

El infante guardó silencio por algunos segundos.

—Los hijos de mi hermano son ilegítimos—murmuró al fin—; el Santo Padre no ha dispensado aún el parentesco que existe entre mi hermano y ella: nadie tiene mejor derecho que yo á la corona: yo soy el tercer hijo del rey don Alonso. Los reinos no quieren más minorías: ¿y qué haré yo más que lo que ha hecho el rey don Sancho mi hermano cuando se presentó á los reinos alegando mejor derecho á la corona que los hijos de su hermano difunto primogénito? y aquéllos eran legítimos, mientras que los de mi hermano don Sancho no lo son.

El infante volvió á guardar silencio.

—¿Cuánto tarda el capitán—dijo—y cuán terrible es la impaciencia que me devora! ¡Ah! por fin...

Se oían unos pasos rápidos y poderosos que se acercaban.

A poco entró el capitán.

—Señor—dijo—, el infante don Juan Manuel está en estos momentos en la cámara del rey mi señor hablando con él.

—¡Ah! ¡mi hermano habla con el joven infante don Juan Manuel!—dijo el infante don Juan con su acento frío, seco, grave. ¿Y la reina?

—Su señoría está transida de dolor en su cámara con los señores infantes sus hijos: el físico del señor rey, don Abraham, ha pronosticado que su señoría el rey no saldrá de la noche, y lo mismo ha dicho don Kag, físico del señor infante don Juan Manuel.

—Y decidme: ¿don Abraham está fuera de la cámara de su señoría el rey?

—Sí, señor; acabo de verle en la antecámara hablando con los prelados, infantes y señores que en la cámara están.

—Pues bien, señor Inigo Suárez—dijo el infante; id y decid á don Abraham que estoy aquí, y que le suplico que venga al momento: otrosí: os encargo, ya que me olvidé de encargároslo antes, que á persona viviente reveléis que yo estoy en el alcázar: encargadlo asimismo á don Abraham.

El capitán partió de nuevo.

A poco volvió con un anciano alto y flaco, cuya fisonomía dejaba conocer los rasgos característicos de la raza hebrea.

Aquel hombre era don Abraham, médico del rey don Sancho IV.

Vestía una túnica estrecha de paño negro con mangas perdidas, prolongada hasta los pies y cerrada por delante con una hilera de botones; una especie de capa azul de lana que no pasaba de las rodillas, y un birrete amarillo rodeado por una toca blanca, cuyo extremo caía sobre su pecho, y pasando sobre su hombro izquierdo, pendía por la espalda hasta la cintura.

Al ver al infante se inclinó humildemente.

—¡Aquí vuesa merced, señor infante don Juan!—exclamó con profundo acento admirativo.

—Ante todo la vida del rey—exclamó afectando perfectamente una conmoción que no sentía el infante.

—La vida de los reyes, como la de los esclavos, está en las manos de Dios—respondió tristemente el judío.

—Es decir, que no hay esperanza—preguntó con ansiedad el infante.

—Ninguna, si Dios no hace un milagro, señor—respondió don Abraham.

—Quiero ver á mi hermano—repuso el infante—; pero quiero verle secretamente.

—¡Señor!...—exclamó con acento indeciso don Abraham.

—El rey no espera—dijo don Juan—; y en muestra de ello, ved.

Y por tercera vez, el infante sacó á luz la real cédula para mostrarla á don Abraham.

—¡Ah!—dijo el médico después de leerla—; muy guardado tenía esto su señoría; y hasta de su esposa, porque no hace una hora me decía la noble reina: “En este duro trance en que Dios me ha puesto, me inquieta la ausencia del infante don Juan en tierra de moros.”

—¿Eso ha dicho la reina?—exclamó el infante afectándose mucho más conmovido: guiad, guiad, don Abraham; llevadme por parajes ocultos á la cámara de la reina: y vos, capitán Inigo Suárez, olvidaos de que me habéis visto.

Y haciendo una señal imperativa al médico judío, éste salió, siguióle don Juan, atravesaron la sombría arcada que empezaba en la poterna y terminaba en el patio, lo cruzaron, y en un ángulo de sus tétricas galerías bizantinas, mal alumbradas por algunos faroles, se perdieron por una puertecilla, en la cual empezaba un estrechísimo caracol de piedra.

CAPÍTULO IV

EL ENSUEÑO DE LA CONCIENCIA

Al oscurecer de aquel día funesto para Castilla, porque en él se recrudeció la guerra civil que la venía trabajando de tantos años antes, y aniquilándola, agobiándola bajo el peso de un estado de cosas insostenible, en un ángulo de una sombría cámara del alcázar viejo de Toledo, en un enorme y magnífico lecho de roble tallado, según el gusto gótico-bizantino, bajo un ancho dosel, en cuyos cortinajes rojos se veían las armas reales de Castilla y de León, yacía calenturiento, moribundo, flaco, pálido, agitado por una convulsión persistente, el rey don Sancho IV, hijo del Sabio rey don Alonso, nieto del Santo rey don Fernando.

A la derecha del lecho, sentada en un sillón bizantino de alto respaldo, blasonado con las armas reales, había una señora como de treinta años de edad, blanca, rubia, con los ojos celestes, hermosa, pero con una hermosura grave, triste, con la tristeza de un profundo dolor, mirando con una ansiedad infinita, indescribible, al rey moribundo que parecía sepultado en un profundo letargo.

Si no lo hubiera indicado la diadema de plata sobredorada que ceñía sobre sus tocas la cabeza de aquella señora, lo agudo de su dolor hubiera revelado en ella á doña María Alfonso de Molina, esposa del rey que moría.

La cámara estaba opacamente iluminada por los tres mecheros de la lámpara de hierro ricamente cincelado que pendía del centro del arteson.

A los pies del lecho, de pie, con la atención de la ciencia, se veían, fija la mirada en el rey, á don Abraham, su físico, y al hermano mayor

de éste, don Kag, físico del infante don Juan Manuel.

Al lado de éstos, y con el dolor de los leales servidores en el semblante, estaban Alfonso de Godínez y Pero Sánchez, camareros del rey; é inmóvil, detrás de ellos, el buen abad de Arnaz, en el movimiento continuo de cuyos labios se comprendía que oraba.

Al otro lado del lecho, apoyado en el respaldo de otro sillón semejante al en que asentaba la reina, se veía á un caballero cabellos y barba blancos, severo y rígido el semblante, noblemente vestido, altivo y firme en la apostura y profundamente abstraído en la expresión.

Parecía como que á través de su calva frente se transparentaban sombríos y terribles pensamientos.

Este señor era el infante don Enrique el Senador, hermano del Santo rey don Fernando, tu carnal por consecuencia de don Alonso el Sabio, y en segundo grado, del rey moribundo.

En otra ocasión daremos la biografía de este importantísimo personaje.

Reinaba en la cámara un silencio tal, que se percibía, no sólo la agitada respiración del real moribundo, sino también el ruido monótono de los pasos del hidalgo balletero de maza de la guardia del rey, que paseaba en la antecámara delante de la puerta de la cámara, cuyos tapices estaban corridos.

En la antecámara, en grupos, hablando en voz baja, cuyo murmullo era tan leve que no penetraba en la cámara real, se veían: á don Gonzalo, arzobispo de Toledo, con los prelados de Avila y de Sevilla; al joven infante don Juan Manuel, niño de trece años, pero desarrollado ya, robusto y excesivamente simpático, con los continuos y criados de su casa; á don Diego López de Haro con sus deudos; con los suyos á don Juan Núñez de Lara, y otra multitud de ricos hombres y caballeros, excitados todos por la gravedad de la situación.

No faltaban allí para representar todos los bandos que se disputaban el dominio, más que los infantes de la Cerda, que andaban proscritos en tierras de Aragón.

Asistían también á la antecámara los cuatro reyes de armas, Castilla, León, Asturias y Galicia, con los de Extremadura, Andalucía y el reino de Murcia, formando todos con sus oficiales, lo que hubiera podido llamarse un escuadrón heráldico.

Esto significaba que los médicos habían declarado de tal gravedad el estado del rey, que se tenía dispuesto todo para el solemne anuncio de su muerte al pueblo, y para la proclamación de su heredero el infante don Fernando.

Después de haber dado una ojeada á la antecámara, volvamos á entrar en la cámara.

El denso letargo del rey continuaba.

¿Qué se revolvía en el alma del rey don Sancho IV, entre las sombras de aquel letargo? ¿De qué océano tempestuoso partían las oleadas que venían á extinguirse en el leve y continuo estremecimiento que agitaba los contraídos músculos del semblante del real moribundo? ¿Qué pena amarga había hecho brotar de su corazón las inmóviles lágrimas que asomaban á sus ojos entreabiertos, por los cuales se exhalaba el fuego sombrío de la fiebre?

El rey veía en lo recóndito de su espíritu á otro rey de blancos cabellos, de barba blanca, corona en la cabeza, púrpura en los hombros, espada de oro al cinto, cetro en la mano: aquel rey estaba sobre un rojo trono; en derredor suyo se veían prelados y caballeros: en la mirada dulce, benévola, inteligente del anciano rey, aparecía esa profundísima pena que revela la desolación del alma, el frío del corazón, la renuncia de toda esperanza, el dolor de los dolores, y sin embargo, las lágrimas no brotaban á los azules ojos de aquel rey que parecía tan apenado: su inmenso dolor estaba dominado por la resignación del cristiano y por el valor del caballero.

Sentado estaba aquel rey sobre su trono, delante de su pueblo: á las puertas de su alcázar, sobre un estrado, y á su diestra y á su siniestra, inmóviles y silenciosos, los prelados y los caballeros.

Silencioso el pueblo, se agrupaba en la ancha plaza mirando atónito y conmovido á aquel rey de blanca cabellera, de larga barba, de semblante triste.

Aquel anciano había consagrado su vida á la ciencia, había descifrado los arcanos de la astrología, había sondado el profundo abismo del corazón humano, y con la aspiración de la justicia, había dictado sabias leyes para que pudiese gobernarse, premiarse y castigarse mejor á los hombres; había lanzado su inteligencia á lo infinito del tiempo, y había dejado en sus admirables libros muy atrás al tiempo suyo. Había sido bueno, justo, prudente: la corona imperial

de Alemania había ceñido sus cabellos: aquel rey era don Alonso X de Castilla, nominado el Sabio; aquel rey era el padre del rey don Sancho IV. Y eran éstos los prelados que á su derecha asistían:

El arzobispo de Sevilla y los obispos de Cádiz, de Avila y de Valladolid, todos con sus mitras en la cabeza, sus báculos en las manos, cubiertos con sus auríferas capas pontificales.

Y junto á éstos, con sus insignias, las dignidades y prelados de las órdenes de caballería de Santiago, Alcántara y Calatrava.

Y éstos eran los ricos hombres y caballeros que á la izquierda del anciano rey asistían:

Los embajadores del rey don Dionís de Portugal, don Gil Gutiérrez, justicia de la casa del rey, Pedro García de Hayrones, Garci-Jofre de Loaisa, Pedro Ruiz de Villegas y Gómez Pérez, alguacil mayor de Sevilla.

Y aquellos prelados, aquellos maestros, aquellos ricos hombres, aquel pueblo de Sevilla que se agrupaba silencioso delante de Alfonso X, era todo lo que de sus reinos quedaba á aquel rey desventurado, próximo á un día en que hasta el pan le faltase á causa de la ingratitud de su rebelde hijo el infante don Sancho.

Y esto lo veía el rey don Sancho IV en lo recóndito de su alma, sumergido en el letargo de su dolorosa agonía, y lo veía por permiso de Dios, como si hubiera asistido á aquel solemne acto determinado por el dolor, por la desesperación y por el abandono de su padre.

Y oía, como si entonces las hubiera escuchado, las terribles palabras del anciano rey.

Leía Alfonso X con voz severa, tembrada por el amargo sentimiento de su alma, un largo pergamino.

Lo que aquel rey sabio leía era la historia de la rebelión contra él de su hijo don Sancho: acusaba el rey al infante de falta de temor de Dios y de respeto á su padre; aseguraba cómo blanda y amorosamente había querido atraerle y convertirle á su deber, y ponderaba cuán inútiles habían sido sus esfuerzos de padre indulgente y cariñoso; quejábanse con toda la amargura de su alma de que, abandonado por todos sus vasallos rebeldes, habíase visto obligado él, rey cristiano, enemigo y debelador de infieles, á recurrir al infiel emir de Marruecos para que le amparase contra la rebeldía de su hijo, en nombre del derecho común de todos los padres y de todos los reyes.

Añadía la acusación del impío menosprecio con que su hijo le había denostado llamándole loco y leproso, falso y perjuro, y cruel matador sin causa de hombres inocentes.

Y el rey sabio continuaba, y Sancho IV seguía escuchando en su sombrío delirio estas terribles palabras: Y no bastando esto, nos ha usurpado y tomado para sí el dominio de nuestros reinos, se ha apoderado de nuestros alcázares y castillos, casas fuertes, villas y ciudades; ha puesto en prisión á nuestros familiares y criados, así eclesiásticos como seglares, que nos guardaban bien y fielmente la jurada lealtad; ha detenido en su vía á nuestros embajadores; ha robado nuestros tesoros; ha convocado Cortes turbulentas, en que se nos ha desposeído contra todo derecho y razón divina y humana del título y de la dignidad de rey, y no de la de padre por impedirsele el imposible de la naturaleza; ha pretendido llegar en son de guerra alzado el estandarte á nuestra leal ciudad de Sevilla y entrar por fuerza en ella y apoderarse impiamente de su rey y de su padre.

Y Sancho IV oía esto y se estremecía de los pies á la cabeza, y corría sobre su piel sudor de muerte, y se despegaba su carne de su hueso, y continuaba oyendo la voz de su padre que, severa y terrible, añadía:

Y por todo lo dicho, y por los grandes crímenes contra nos por él cometidos, que en este escrito no se relatan, le maldecimos como merecedor de la maldición paterna, reprobado de Dios y digno del aborrecimiento de los hombres, y le sometemos por cuantos días viviere á la maldición divina y humana, y que manos no ponga en cosa que bien le aviniere, ni empresa acometa que á buen cabo le llevare, ni bendición venga sobre los que bendijere; y como á hijo rebelde, desnaturalizado y parricida, olvidado de Dios y de su alma, le desheredamos y quitamos cualquier derecho que á nuestros reinos haya tenido: señoríos, tierras, preeminencias y dignidades, ó cualquiera otra cosa que en algún modo á nos pertenezca, para que ni él, ni otro por él, ni ningún descendiente suyo, pueda jamás sucedernos en cosa alguna; y esto sentenciamos usando de nuestra autoridad paterna y de nuestro poderío real absoluto, y esto confirman los prelados, los ricos hombres y los caballeros leales que aquí nos asisten, y otros muchos, y lo mandamos autorizar con nuestro sello.

Y el rey moribundo, no pudiendo resistir más

el combate de su conciencia, se agitó en una convulsión espantosa, rompió su letargo exhalando un grito terrible, un grito inarticulado; se alzó cadavérico, espantados los ojos, trémulos los labios; miró en torno suyo, y se asió convulsivo á la reina doña María, que había acudido, transida de pena, á sostenerle.

Los físicos don Abraham y don Kag acudieron presurosos; el abad de Arnaz se arrodilló y oró; los servidores se apenaron.

Sólo el infante don Enrique quedó de pie, inmóvil, mudo, apoyado siempre en el respaldo del sillón y con la mirada fija en el rey, que se asía convulsivo á su desolada esposa y ocultaba el rostro sobre su seno, como temeroso de ver aún la terrible sombra de su padre como la había visto en el fondo de su letargo.

Y Sancho el Bravo temblaba y temblaba, y estaba frío como el hielo.

Pasó así algún tiempo, adherido el rey á la reina, apurando ésta una agonía incalculable, viendo morir su amor y su esperanza, midiendo ya con su prodigiosa inteligencia las desventuras que debían rodear, muerto su padre, al joven heredero de la corona, al infante don Fernando.

Y aquella heroica matrona se preparaba ya, sin olvidarse del agonizante marido, á cuantos trabajos, á cuantas luchas, á cuantas terribles pruebas la sujetase la voluntad de Dios.

Lentamente fué haciéndose más débil la convulsión del rey: su fuerte espíritu se fue rehaciendo; al fin se incorporó, se pasó las manos por la frente, y exclamó con voz cansada:

—He tenido un mal sueño, un sueño espantoso; pero vos estáis aquí, señora; aquí estáis vos, mi tío don Enrique; ahí vosotros, mi buen abad, mis leales servidores; pero no veo á mi buen primo el infante don Juan Manuel. Que venga, que venga; no quiero morir sin hablarle por la última vez.

Doña María, siempre obediente y sumisa á la voluntad de su esposo y su señor, hizo llamar al infante don Juan Manuel, que estaba en la antecámara.

Cuando el infante hubo entrado, rogó don Sancho le dejasen solo con él.

La reina, el infante don Enrique y los que allí estaban, se trasladaron á una recámara inmediata.

CAPITULO V

DE LA CONVERSACIÓN QUE TUVIERON EL REY DON SANCHE Y SU PRIMO EL INFANTE DON JUAN MANUEL

Era el infante don Juan Manuel un gentil mancebo, aunque apenas contaba trece años; era hijo del infante don Manuel, hermano menor de Alonso X, nieto en línea recta del Santo rey don Fernando, y por consecuencia, primo hermano del rey don Sancho IV.

Amábale mucho éste por el afable carácter del infante, por el cariño que le debía, y porque sin duda, á causa de su juventud, no se le había mostrado rebelde.

Hábale además favorecido mucho el rey, y desesperado y desconfiado de todos, buscaba en su lealtad un futuro apoyo para su hijo el infante don Fernando, al cual aventajaba muy poco en años el infante don Juan Manuel.

Tal cosecha de rebeldías había cogido por fruto de la suya contra su padre el rey don Sancho IV, que buscaba desesperado una esperanza de lealtad para el infante don Fernando en el otro niño infante don Juan Manuel.

Llamóle por tanto á su lecho de agonía, y cuando se hubo quedado solo con él, le dijo...

Pero dejemos hablar al mismo infante don Juan Manuel, traduciendo del habla antigua á nuestra habla, la conversación que tuvo con el rey don Sancho, según el mismo infante lo cuenta en su libro intitulado *De las tres razones*.

Y es así:

"Estando el rey muy maltrecho en su cama, tomome de los brazos y me sentó cerca de sí, y empezó su razón de esta manera:

Ahora don Juan os voy á decir tres cosas: la primera rogaros que queráis doleros de mi alma, que por mis pecados de tal manera han pasado mis sucesos, que temo que mi alma esté en gran vergüenza contra Dios.

Lo segundo que os ruego es que os doláis y que os pese de mi muerte; y debéislo hacer por muchas razones: lo primero porque perdéis en mí un rey y un señor, vuestro primo hermano, que os ha criado y que os ama muy verdaderamente, y que no os queda otro primo hermano en el mundo si no es aquel pecador del infante don Juan que anda perdido en tierra de moros; la otra razón es que me veis morir delante de vos y no me podéis socorrer, y bien sé que aunque sois muy mozo, tan leales me fueron vuestro

padre y vuestra madre, y tan leal me servís vos, que si vieséis venir cien lanzas contra mí, os pondríaís entre ellas y yo, queriendo morir antes de que yo muriese, y ahora veís que estando yo vivo y sano me matan ante vos y no me podéis socorrer. Y creed bien que esta muerte de que muero no es muerte de dolencia, sino cruda muerte que me dan mis pecados, y señaladamente por la maldición que me dió mi padre y que yo por mis muchas culpas merezco. Otra razón por que os debe pesar mi muerte, es porque yo fío en Dios viviréis mucho, y veréis muchos reyes en Castilla, pero ninguno conoceréis que tanto os ame, y tanto os recele, y tanto os tema como yo.

Y diciendo esto le tomó una tos tan fuerte, no pudiendo echar aquello que arrancaba de los pechos, que bien por dos veces le tuve por muerto; y lo uno porque veía como estaba, y lo otro por palabras que me decía, bien podéis entender el quebranto y el duelo que yo tenía en el corazón.

Otra razón que voy á deciros y rogáros (continuó el rey), es que sirváis y tengáis encomendada por mí á la reina doña María, porque es toy cierto que lo habrá menester en gran manera, y que encontrará después de mi muerte muchos que irán contra ella. En cuanto á don Fernando, mi hijo, no os digo nada, porque estoy cierto de que no es menester, porque vuestro señor es y yo quiero que seáis su vasallo, y estoy cierto de que siempre le seréis leal.

Ahora, don Juan, ya que he hablado esto con vos, y vos iréis luego al reino de Murcia en servicio de Dios y mío, quírome despedir de vos, y quisiérais dar mi bendición: pero mal pecado, yo no la puedo dar ni á vos ni á ninguno, porque nadie puede dar lo que no tiene, y además porque á vos no os hace falta, que yo sé que la tenéis, y lo otro porque no os la puedo dar, porque no la tengo. Y porque lo sepáis mejor, os voy á decir dos cosas: la primera, cómo yo no tengo bendición ni la puedo dar; la segunda, cómo la tenéis vos y no os hace falta la mía.

Yo no tengo bendición que daros, porque me maldijo y con justa causa mi padre, y tornó á maldecirme cuando murió, y mi madre, que aún vive, me maldijo muchas veces, y sé que ahora me maldice, y sé cierto que también me maldecirá á mi muerte, y aunque me quisiera dar su bendición no pudiera, porque ninguno de ellos la heredó ni la tuvo de su padre ni de su

madre: porque el Santo rey don Fernando, mi abuelo, no dió su bendición á mi padre, sino condicionalmente, y mi padre no guardó ninguna de las condiciones, y por eso no tuvo su bendición. Además, creo que la reina, mi madre, no tuvo la bendición de su padre, que la aborrecía, por la sospecha que de ella tuvo de que había dado muerte á la infanta doña Constanza, su hermana: por lo tanto, ni mi padre ni mi madre tenían la bendición de los suyos, ni me la han podido dar á mí, y yo hice tales cosas, que merecí su maldición: por esto os digo, que lo que yo no tengo no lo puedo dar ni á vos ni á ninguno.

Ahora oid cómo la tenéis vos de vuestro padre y de vuestra madre, que la heredaron de los suyos. Voy á contaros cómo la tuvo vuestro padre del rey don Fernando vuestro abuelo.

Cuando el rey don Fernando finó en Sevilla, estaba allí con él la reina doña Juana, su mujer, y el infante don Alfonso, mi padre, que fué rey, y el infante don Alfonso de Molina, su hermano, y todos ó los más de sus hijos, y los dejó á todos muy bien heredados, salvo á vuestro padre que era muy mozo; y don Pero López de Ayala, que lo criaba, le trajo al rey, y le pidió por merced que se acordase de él, y cuando él llegó estaba ya el rey cerca de la muerte, y no pudiendo hablar, sino haciendo un grande esfuerzo, le dijo: "Hijo, vos soy el postrero que yo tuve de la reina doña Beatriz, que fué muy santa y muy buena mujer, y sé que os amaba mucho: pero no os puedo dar heredad ninguna; mas os doy mi espada lobera, que es de muy gran virtud, con la que Dios me favoreció mucho, y os doy por armas alas y leones, que son armas de muy gran virtud."

Y dijo el rey don Fernando á vuestro padre, que al darle aquella espada y aquellas armas, pedía á Dios estas tres gracias:

Que do quiera que estas armas y esta espada se presentasen, fuesen vencedoras y nunca vencidas.

Que siempre, al linaje que llevase estas armas, le acreciese Dios en sus honras y en su estado, y nunca los amenguase.

La tercera, que nunca faltase en este linaje heredero legítimo: y además de esto le dió su bendición y pidió á Dios le diese y le otorgase la bendición que él le daba: y porque él le daba todas las bendiciones que tenía, le heredaba mejor que á ninguno de sus hijos.

Así, pues, vuestro padre heredó cumplidamente bendición, y pudo daros cumplidamente bendición.

Y sé de cierto, que cuando murió os la dió de muy buen talante, porque fuisteis su hijo muy deseado y muy amado; y sé ciertamente que vuestra madre, que tuvo la bendición de su padre y de su madre, y que os omaba mucho, y sufrió con vos y por vos muchos trabajos, y y cuando finó en Escalona sé de cierto que os dió su bendición. lo más cumplidamente que pudo, y porque vos la tenéis y yo no la tengo, sino maldición, no os la puedo dar ni os hace falta; mas porque los reyes son hechura de Dios y por esto aventajan á los otros hombres, si por esto yo os puedo dar alguna bendición, pido por merced á Dios que os bendiga y os dé la mia cuanto yo pueda dárcsla.

Ahora, don Juan, señor, llegaos á mí y os abrazaré por despedirme de vos.

Hicelo así, y de esta manera me despedí de él.

Hasta aquí el relato del infante don Juan Manuel, que hemos insertado íntegro, á pesar de su difusión, en gracia de que conserva, si no exactamente las palabras, los pensamientos que agitaron en su agonía al infeliz rey don Sancho IV.

Grande ejemplo para hijos rebeldes y desnaturalizados; grande enseñanza para los que fiando sólo en las humanas fuerzas se olvidan del poder y de la justicia de Dios, que ve los crímenes de los hombres y los castiga inflexible, inexorable, justiciero; grande expiación de la soberbia y del pecado que acaban por ennegrecer la conciencia y por producir la doble enfermedad del cuerpo y del espíritu, la inflamación de la sangre, la irritación de los nervios, la tisis, la locura y la muerte.

¡Oh! no volváis contra vuestro padre; no ofendáis á Dios hollando las canas de quien os engendró, del que os cuidó, del que os amó como carne de su carne y hueso de su hueso; no os hagáis merecedores de que vuestro padre os maldiga en su agonía, porque la maldición de un padre es la maldición de Dios, que continúa hasta en la eternidad. No queráis morir de la muerte del desdichado rey don Sancho IV.

CAPITULO VI

EN QUE SE VE DÓNDE ESTABA LA DAMA DE LA LITERA

Es un pequeño gabinete ó camarín octógono en una extensión como de cinco varas en cuadro por otras tantas de altura.

En uno de sus lados hay una bella puerta de herradura estucada, mostrando en sus enjutas las bellas labores de la ajaraca árabe que rodea un pequeño escudo en que se ven en cuarterones castillos de oro en campo de gules; leones de gules en campo de plata. Una corona real timbra estos escudos.

Un delicado encaje de preciosa labor orla el arco, y el recuadro en que éste y sus enjutas se contienen, deja correr una inscripción en caracteres africanos que dice en lenguaje aljamiado:

“La gloria Dios: ventura y prosperidad al excelente rey don Juan, hijo del excelente rey don Alfonso, la paz sea con él.”

Al frente de esta puerta hay una gran chimenea de mármol blanco en que el gusto árabe aparece algo bastardeado por el gusto bizantino.

Dos pequeños reyes de armas sostienen un excusón que abarca los diferentes cuarteles de Castilla, de León, de Asturias, de Galicia, de Córdoba, de Sevilla, de Extremadura, de Murcia, de Jaén y de Algeciras: el excusón, en una palabra, de la monarquía castellana.

En otro costado se ve el arco de un ajimez, y frente á él una puerta que conduce á un alhamí ó alcoba en que apenas cabe un lecho cubierto por almohadones de terciopelo.

En los recuadros del ajimez y del arco del alhamí, que tienen también en el centro de sus enjutas escudetes con las armas de Castilla, se lee en el primero:

“Dios da la victoria al que pelea con fe por su derecho.”

En el otro, en el de la alcoba:

“Dios bendice al fuerte y al paciente; Dios vive en él y le fortalece.”

En las ochavas que quedan libres entre los arcos de la puerta de entrada y la chimenea, y el ajimez y la alcoba, se ven peregrinas labores de ataujía, y por bajo un zócalo de mosaico árabe.

Sobre esto corre en derredor un segundo cuerpo de arquitos ornamentales alternados con aji-

mecillos cerrados por labrados transparentes de estuco.

Corona la decoración un friso de alerce labrado en bovedillas, y cierra la techumbre un artesonado de estrellas y lacería, ostentando en el centro un bello cupulino, del que pende por medio de una cadena dorada una lámpara de alabastro.

Las labores están resaltadas en oro sobre fondos de vivos colores; cerrados los arcos de la puerta de entrada del ajimez y de la alcoba por ricos tapices persianos; cubierto el pavimento por una alkatifa ó alfombra granadina, y ricos almohadones de damasco rojo tomados de oro se ven al pie de las paredes entre los arcos y la chimenea. En la chimenea arde un fuego opaco.

La lámpara de alabastro está apagada: la que alumbraba el retrete es una lámpara de hierro, de mano, puesta sobre uno de los resaltes de la chimenea.

¿Dónde estamos? ¿En el corazón del morisco reino de Granada, ó en la africana ciudad de Marruecos?

La arquitectura, á excepción de la chimenea, es puramente musulmana: revela la imaginación y la mano de un alarife árabe.

Sin embargo, las inscripciones están escritas en el lenguaje común convenido entre moros y cristianos; esto es, en aljamía; en ellas Dios no aparece con la correspondencia árabe Allah.

El rey que en ellas se ensalza se llama Don Juan, y es hijo de un rey Alfonso.

Los escudos son castellanos.

Nada prueba esto sin embargo: un rebelde infante huido entre moros ha podido mandar á un alarife labre aquellas inscripciones y aquellos escudos.

Bien pudiera ser que estuviéramos en la ciudad apellidada por los moros la cándida y la clara; la de los jardines y de las fuentes; la de los dorados alijares; la de la soberbia Alhambra; la del encantado Djene-al-Arife; la de los sombreros cármenes; la de la riente vega; la de la montaña blanca, Granada; ó bien en la querida del mar, en la huri que se aduerme sobre las ondas azules, la hermosa Málaga, ó bien en un fuerte alcazar de las bravías Alpujarras.

Sin duda estamos en una montaña, porque se oye rugir y rebramar al viento como solo ruge y rebrama en las alturas.

Sí, es cierto, estamos en una cumbre, pero aquella cumbre no es la Colina Roja, ni el ce-

rro del Sol, ni Geb-el-Kadiar, ni Geb-el-Faro.

Si hubiéramos de arabizar la frase, diríamos que estábamos en Geb-el-Cigarrales, porque, en efecto, estamos en los altos Cigarrales de Toledo, en la casa fuerte que mandó labrar, según dijimos, el infante don Juan, en el interior de una de sus torrecillas angulares.

¿Por qué el infante don Juan, el rebelde hermano del rey Don Sancho, ostentaba en una vivienda suya los cuarteles reales de Castilla y de León? ¿Por qué se apellidaba rey?

Acabamos de decirlo: porque era rebelde; porque se creía con derecho á la corona de Castilla viviendo Sancho IV; porque su padre común, el rey Don Alfonso X había maldecido y desheredado á Don Sancho, y muerto Don Sancho, porque doña María de Molina, hija de don Alfonso Fernández de Molina, hermano del santo rey Don Fernando, era tía en segundo grado del rey Don Sancho, parentesco que no había dispensado el Papa, por lo cual aparecían ilegítimos los hijos de Don Sancho y de doña María, y como ilegítimos no podían ser llamados á la sucesión de la corona.

Los infantes de la Cerda habían sido excluidos por Alfonso X á la muerte del infante Don Fernando, su hijo mayor, en favor de Don Sancho, por el mejor derecho de los hijos sobre los nietos; tres razones por las cuales el infante don Juan se creía el rey legítimo y se resistía á un vasallaje, según sus creencias, vergonzoso.

Los infantes de la Cerda habían sido excluidos por el rey con el concurso del reino; Don Sancho había sido maldecido y desheredado; además de esto, la falta de dispensación del Santo Padre, del parentesco que existía entre Don Sancho y su esposa doña María de Molina, determinaba la bastardía de los infantes sus hijos, y los excluía de la sucesión al trono.

Don Juan era el último hijo varón legítimo de Don Alfonso, y, por consecuencia, el legítimo rey.

Pero el reino no había estado de acuerdo con Don Alfonso el Sabio en cuanto á lo del desheredamiento de Don Sancho, y en cuanto á lo de la dispensa, se mantenía vivo el pleito en la Santa Sede, porque decía el rey Don Sancho reclamando:

—¿Somos, acaso, de peor condición la reina mi mujer y yo que otros reyes ligados entre sí con igual ó más estrecho parentesco?

La verdad era que, en la dilatación de la dis-

pensa, influía el rey de Francia, interesado por razón de parentesco por el mejor derecho de los infantes de la Cerda, cuya influencia aumentaba el rey de Aragón.

Al manto real de Castilla estaban asidas manos crispadas y poderosas, y le desgarraban.

Unas de las manos más robustas lo eran las del infante don Juan.

La monarquía castellana se sentía desgarrar también; parecía manos que le alcanzaba la maldición de Alfonso X, y que Dios, cumpliendo aquella maldición, afligía á rey y reinos con los continuos horrores de la guerra civil.

Nada tenía, pues, de extraño que el infante don Juan usase como rey los blasones castellanos, creyéndose rey de derecho, si bien es cierto que tan cerca de Toledo aquellos reales distintivos estaban escondidos en un interior donde no entraban más que los servidores de confianza del infante don Juan.

Este se rodeaba en secreto de los atributos de rey; conspiraba y apuraba todos los medios, todas las traiciones y todas las infamias, por llegar á un día en que pudiese levantar sin oposición alguna su estandarte real ante las naciones.

Volvamos al camarín: no hemos acabado de describirle; nos falta lo más precioso.

Una dama que en el camarín se encontraba, la dama mora que hemos visto salir de una litera en el vestíbulo interior de la casa fuerte de los Cigarrales.

¿Quién era?

Preguntadlo al emir de los creyentes granadinos, al kalifa vencedor Sidy-Mojammet-ben-Juzef-ben-Nazar el Ansari, que llora en los más escondidos apartamentos de su Alhambra por la más querida de sus hijas, la sultana Zayda-Fátima.

CAPITULO VII

EN QUE SE DA Á CONOCER EN ALGÚN MODO AL
INFANTE DON JUAN

Un día, el rey Mojammet recibió en una cámara del alcázar de la Alhambra á un berberisco que le llevaba una carta del infante don Juan, hermano del rey don Sancho de Castilla.

“Sidy Mojammet-ben-Nazar, decía entre otras cosas aquella carta: ya sabéis el gran trabajo en que nos hemos visto delante de la villa de Tarifa, que no hemos podido cobrar el caudillo Aben-Omir y yo, contratiempo que de tan mal talante

ha puesto contra mí al emir de Marruecos, como si en mi poder hubiera estado ganar á Tarifa y yo se lo estorbara, que todo lo temo de este bárbaro, tan indiferente en la condición del que fué su padre: á tierras de Castilla no puedo tornar por mi enemistad con el infante don Sancho mi hermano, que se titula ilegítimamente rey, usurpándome mi derecho, ni tengo confianza en los reyes de Portugal, de Aragón y de Francia, que pudieran hacer de mi persona prenda para ganar con don Sancho lo que cada cual de ellos pretende: así, pues, espero que vos, que en otro tiempo me habéis llamado vuestro buen amigo, me amparéis y me deis hospitalidad en vuestro reino mientras pasa la recia tormenta que me combate; si así me lo otorgáis, enviadme un seguro para que yo pueda atravesar vuestra tierra y llegar á vuestra corte.”

Otorgó el rey de Granada lo que el infante don Juan le pedía, volvióse el berberisco mensajero de don Juan con la carta de otorgamiento del rey de Granada á la petición que se le había hecho, y con ricos regalos y preseas de aquel rey para el infante don Juan en muestra de la estimación en que le tenía.

¿Y cómo no había de estimarle si don Juan era enemigo de aquel terrible don Sancho, cuya espada vencedora amenazaba siempre al reino de Granada?

A más de esto, don Juan había dado buenas muestras de lo que era en el último asedio de Tarifa.

Aquí asoma la gran figura de don Alfonso Pérez de Guzman, y hemos de ocuparnos de él, porque ya desde los principios de nuestro libro se conozca con todos sus sombríos colores la siniestra figura de uno de los personajes más importantes de nuestro relato.

Era Alfonso Pérez hijo natural de don Pedro de Guzmán, señor de Toral y de una doncella principal de León llamada doña Isabel.

Amóle mucho su padre por haber muerto al darle á luz su madre, á quien mucho amaba; encomendóle para su crianza á uno de los mejores caballeros de su casa, y cuando el mozo fué ya en edad bastante, llevóle á la corte, metiéndole por su favor en la casa del rey don Alfonso, de quien el padre era muy privado.

Pasaron años, llegó don Alfonso Pérez á los veinte, y como por aquel tiempo se firmase la paz entre el rey de Castilla y el de Marruecos, y se celebrase este acontecimiento en la corte del

rey don Alfonso con magníficas justas, cuando los caballeros de ellas volvieron, según costumbre, á palacio, el rey preguntó cuál había sido en la justa el mejor, á lo que uno de los cortesanos contestó:

—Señor, Alfonso Pérez ha sido el que ha quebrado más lanzas y ha llevado la mejor parte.

Y como hubiese en la casa del rey algunos hidalgos que llevaban el nombre de Alfonso Pérez, el rey dijo:

—¿Cuál de ellos?

Entonces, uno de los parientes de don Pedro de Guzmán, contestó:

—Señor, Alfonso Pérez, mi deudo de ganancia.

Sintióse afectado el mancebo de que en medio de la corte le llamasen bastardo, y atendiendo más á su dignidad que al respeto, contestó con voz airada:

—Vos decís verdad, que yo soy de ganancia; mas vos sois y seréis de pérdida; y si no estuvierais delante de su señoría, yo os pusiera las manos; pero de esto no tenéis vos la culpa, sino quien os ha criado, que os ha enseñado mal.

Alteróse el rey don Alfonso por el desacato, y dijo:

—No ha hablado mal, que así se llama á hijos tales como vos.

—Pues también es costumbre de los hijosdalgos de Castilla—replicó más airado don Alfonso Pérez—que cuando su rey y señor natural los trata malamente, sin justa causa, que vayan á buscar fuera de su señorío quien mejor los mire, y se quiten del pleito homenaje del señor que los maltrató, y yo lo haré así, y prometo no volver á Castilla hasta que vuelva á ella en tal manera, que me llamen con verdad de ganancia; yo me despido de vuestro vasallo y os pido me otorguéis el fuero de los caballeros hijosdalgos de Castilla, de los treinta días y nueve días y tres días en que puedan salir del reino.

Y no pudiendo negar el rey don Alfonso á Alfonso Pérez el fuero que pedía, se le otorgó, y el animoso mancebo salió de tierras de Castilla y pasó al Africa, donde le acogió con mucha honra el emir de los benimerines, Abu-Yusuf.

Prestóle pleito homenaje Alfonso Pérez, y se puso á su servicio contra todas las naciones del mundo, salvo contra cristianos, que juró que nunca con ellos pelearía sirviendo á los moros.

Y de tal manera sirvió en sus guerras al Benimerín Alfonso Pérez, que aquél le tuvo por su

mejor caudillo y le honró y le prosperó sobre todos de tal manera, que tantas riquezas llegó á contar don Alfonso, que difícilmente hubiera encontrado en toda la cristiandad rico hombre ó señor que en poder y en cuantía le aventajasen.

Y á este tiempo, cuando ya habían pasado siete años, desde que desnaturalizándose de Castilla don Alfonso Pérez había rendido pleito homenaje al emir de Marruecos, aviniéronle tan mal sus sucesos al rey don Alfonso, que se le rebelaron sus reinos, alzando por rey á su hijo don Sancho, viéndose reducido don Alfonso á la más grave desolación, á la mayor miseria en que pueden caer un rey y un padre.

Una sola ciudad se le mantenía fiel, Sevilla; y exhausto su tesoro, había llegado hasta el punto extremo de tener que recurrir á los préstamos de sus últimos y escasos leales para que no le faltase el pobre pan de su sustento.

Triste, descorazonado, desesperado el anciano rey, recurrió á un medio ciertamente no muy digno de un rey cristiano; pero estaba abandonado de los hombres, y tal vez de los cielos, y bástale por excusa la insoportable amargura de su desesperación.

Acordóse entonces el desventurado monarca de aquel Alfonso Pérez que, ofendido por él un día, le había retirado su pleito homenaje, y moviéndole las noticias de sus hazañas que traía desde Africa la fama á tierra de cristianos, envióle un mensajero con una carta que decía así:

"Primo don Alfonso Pérez de Guzmán: mi cuita es tan grande, que como cayó en lugar alto, se verá de lejos, y como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán mi desdicha y la postración en que mi hijo me ha puesto con la ayuda de mis amigos y mis prelados, los cuales en vez de meter paz no excusadamente ni á encubierto, sino claramente, metieron todo el mal que pudieron. No hallo en mi tierra abrigo ni quien me ampare, ni quien me valga, no debiéndome ellos más que bien; y pues que en mi tierra me falta quien me sirva y me ayude, forzoso me es buscar en la ajena quien se duela de mí; y pues los de Castilla me faltaron, nadie me tendrá á mal que yo busque á los benimerines: si mis hijos son mis enemigos, nadie verá mal que yo tome mis enemigos por hijos (enemigos en la ley, pero no en la voluntad), que yo amo y aprecio mucho al buen rey Abu-Yusuf, y él no me despreciará ni me faltará,

porque con él tengo treguas y paces. Yo sé cuánto sois suyo, cuánto os ama, con cuánta razón y cuánto hará por vuestro consejo. No miréis á cosas pasadas, sino á las presentes; mirad quién sois v del linaje de donde venís, y que en algún tiempo os haré bien, y si no os lo hiciere, vuestros buenos hechos os galardonarán, porque el que hace bien nunca lo pierde. Por tanto, mi primo Alfonso Pérez de Guzmán, haced en esto con vuestro señor y mi amigo que sobre mi corona más preciada que yo tengo y piedras ricas que en ella están, me preste lo que á bien tuviere, y si me podéis procurar su ayuda, no me la estorbéis, como creo que no lo haréis; antes creo que toda la buena amistad que de vuestro señor á mí me viniere, será por vuestra mano, y la de Dios sea con vos.

Fecha en mi ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi reinado y primero de mis desdichas.
EL REY."

Don Alfonso Pérez de Guzmán se olvidó de su antigua querella con el desgraciado rey de Castilla, y le sirvió tan bien, que el emir Abu-Yusuf le envió sesenta mil doblas, y le prometió ir en persona á restaurarle en el dominio de sus reinos.

En cuanto á don Alfonso Pérez, se anticipó al rey de Marruecos, y embarcándose en Tánger con sus caballeros y criados en una galera castellana que los esperaba, saltó en tierras de Andalucía, y fué á Sevilla, donde le recibió en sus brazos y con las lágrimas en los ojos el anciano rey Alfonso.

La ciudad de Sevilla había salido á recibir al caballero leonés, la fama de cuyas hazañas había pasado el Estrecho, y que con tan hidalga generosidad venía á socorrer á aquel padre escarnecido, á aquel rey despojado.

Hubo, pues, fiestas y saraos para obsequiar á aquel que venía con el noble intento de trocar la desesperada situación del rey en favorable y próspera.

Todos querían conocerle y tratarle, y las más hermosas damas se mostraban avaras de que el héroe fijase en ellas sus miradas.

Por último, queriendo patentizarle el rey cuán agradecido le estaba, le casó con una principal doncella, hermosa maravilla, y en la fuerza de su juventud, como que sólo contaba quince años, llamada doña María Alfonso Coronel, hija del rico hombre don Alfonso Fernández Coronel, ya difunto, y de doña Sancha Iníiguez de Aguilar.

Dió licencia para aquellas bodas, como señor de don Alfonso Pérez, el emir de Marruecos, acompañándola con un magnífico presente de piedras preciosas, perfumes y telas de oro y plata.

Celebráronse las bodas en Sevilla con grande ostentación y públicos regocijos; y queriendo el rey don Alfonso dar testimonio bastante del aprecio en que tenía á don Alfonso Pérez, le dió el señorío de Alcalá de Sidonia, que hoy se llama Alcalá de las Gazules.

Embarcóse don Alfonso Pérez con su joven esposa, que no temió ir á tierra de moros para Africa, donde los recibió con las mayores muestras de aprecio el emir, que ya se aprestaba para pasar con un ejército á Andalucía en socorro del rey don Alfonso.

A pocos días, y con gran número de caballeros y peones, acompañado de Alfonso Pérez de Guzmán, se embarcó en Ceuta y pasó á Algeciras, que era suya, desde donde se encaminó á Sevilla, yendo adelante en son de guerra por el reino de Granada, de cuyo rey era enemigo, prefiriendo esto á causar los perjuicios del tránsito de un ejército en las tierras del monarca á quien iba á socorrer.

Llegó en pocos días y cargado del botín que había cogido á su paso por las tierras de Granada, á las fronteras del pequeño reino que había quedado á Alfonso X, y desde allí le envió embajadores á que le manifestasen que nada deseaba más que verle y oír de su boca la relación de sus desgracias.

Salió don Alfonso al encuentro del emir Abu-Yusuf á Zahara, donde el africano había levantado una magnífica tienda de paños de oro y seda, en que debían tener lugar las vistas de los dos monarcas.

En el momento en que apareció el rey don Alfonso á caballo entre sus caballeros, mandó el emir de Marruecos á los suyos adelantasen y fuesen á besarle la rodilla, según la usanza mora, y mandó á don Alfonso Pérez se le mostrase cuando estuviese cerca para conocerle: y habiéndoselo mostrado mandó Abu-Yusuf á los más principales de sus caballeros le besasen el pie como lo hicieron, y habiendo querido descabalar don Alfonso, no se lo permitió Abu-Yusuf; antes le dijo por medio de su traxaman ó intérprete que no se apease hasta dentro de la tienda.

Hízose así, y luego, los dos reyes se abrazaron.

ron, y sentándose al par en los ricos almafares que estaban sobre un magnífico estrado de oro, hablaron largamente y acabaron de asentar su paz y alianza con gran pena de Alfonso Pérez, que veía iba á encenderse una desastrosa guerra entre moros y cristianos, por más que él no hubiera de tomar parte en ella con arreglo al pacto que había hecho con Abu-Yusuf al tomarle por señor de pelear contra todas las naciones del mundo en servicio suyo, menos contra cristianos: y para no estar ocioso mientras el rey su señor peleaba en pro de don Alfonso en tierras de Castilla, tomó sobre sí la empresa de llevar la guerra al rey moro de Granada con los cristianos que servían al emir.

Encomendóse la campaña sin grandes ventajas: llegaron los moros hasta Consuegra; pero de una parte la alteración hecha en la moneda por el rey don Alfonso, por otra su código de las Siete Partidas, que atacaba los antiguos fueros, usos y costumbres, tanto de la nobleza como de las villas y ciudades castellanas, continuaron siendo motivo bastante para que los rebeldes vasallos de Alfonso sostuviesen á todo su poder la parte de su hijo don Sancho.

La llega á Córdoba del terrible don Sancho hizo que las huestes agarenas se replegasen á Sevilla y al litoral del Mediterráneo.

A esto se redujo la ayuda de Abu-Yusuf á Alfonso X: como Abu-Yusuf tenía en el Estrecho las plazas de Algeciras, Tarifa y Gibraltar, se retiró á Algeciras, pasando allí el invierno, con el buen propósito de renovar la campaña en la primavera.

Pero la muerte sorprendió al infeliz rey don Alfonso: concluyó con ella por entonces la guerra civil, y sintiéndose débil Abu-Yusuf contra un rey libre ya de obstáculos, se volvió de nuevo á Africa, llevándose consigo á don Alfonso Pérez de Guzmán.

Grandes servicios hizo todavía en Africa á su señor don Alfonso Pérez, hasta que muerto Abu-Yusuf, y temeroso don Alfonso de las asechanzas del odio del nuevo rey, dejó el Africa con un lucido ejército cristiano, muchos de ellos rescatados, y con grandes riquezas pasó á España.

Entró como en triunfo en Sevilla, reconoció por su rey y señor natural á don Sancho, y le sirvió buena y fielmente en todas las empresas que por aquel rey le fueron encomendadas, acreciendo su fama con continuas victorias.

Llegó el año de 1294.

Habíase tomado á los moros la plaza de Tarifa, y puesto el rey por alcaide de ella á don Rodrigo, maestre de Calatrava, anciano ya, y á causa de su ancianidad débil.

Suplicó el maestre al rey le librase de una carga demasiado grave para sus ya cansados hombros, y don Sancho, accediendo á la súplica del maestre, encomendó la guarda de Tarifa á don Alfonso Pérez de Guzmán.

Cuidadoso de su familia don Alfonso Pérez, dejó en Sevilla á la madre de su esposa, sus hijos don Alfonso, doña Leonor y doña Beatriz, que eran muy niños, y sólo se llevó con su mujer á Tarifa á su hija mayor doña Isabel, ya en edad de once años.

En cuanto á su hijo mayor don Pedro, le había encomendado al infante don Juan para que le llevase á la casa del rey don Dionís de Portugal, aprovechando un viaje á aquel reino del infante.

Ahora bien; saliéronle mal sus intentos al infante: el rey don Sancho, que estaba de él muy ofendido, reclamó de don Dionís que no prestase ayuda ni tuviese en su reino al infante don Juan, y éste se vió obligado á salir de Portugal, embarcándose para Francia con el hijo mayor de don Alfonso Pérez.

Pero apenas se habían hecho á la vela, sobrevino una recia tempestad, y arrebatado por el mar el barco, después de una velocísima y peligrosa travesía, fué á dar en el puerto de Tánger.

Ocurriósele á don Juan hacerse vasallo del emir de Marruecos Abu-Yacub; le envió sus cartas, y el emir se apresuró á recibirle por vasallo, dispensándole grandes honras á su llegada á Fez, y esperando mucho de los servicios de aquel príncipe cristiano, capaz de todo por llegar al logro de su ambición, y enemistado á muerte con su hermano el rey de Castilla.

El hijo mayor de Alfonso Pérez acompañaba en Africa á don Juan.

Desgraciadamente, el rey don Sancho, creyendo sosegados á los moros de Africa, quitó del Estrecho doce galeras genovesas que al mando de micer Zacarías tenía á sueldo, y que le eran muy costosas.

Animáronse con esto los moros, y el perverso infante don Juan fijó su torpe mirada en Tarifa. Abu-Yacub y el infante don Juan se encontraron en un mismo pensamiento: el de apoderarse de Tarifa.

Para este efecto, el emir dió al infante cinco mil jinetes y buen número de peones para que fuese á cercar á Tarifa, como lo verificó de allí á pocos días, llevando como lugarteniente al caudillo africano Aben-Omir, primo de Aben Yacub.

Una vez sobre Tarifa, el infante envió á decir á su alcaide le entregase la villa, y si así lo hacía, él haría por su parte que Abu-Yacub le pagase cien mil doblas por el servicio.

A lo que indignado contestó don Alfonso Pérez de Guzmán:

“Que él tenía hacienda que había ganado con bueno y justo título, y que con ella dejaría tan reparados á sus hijos como otros sus vecinos, y que ya no tuviera que dejarles, que más quería dejar á sus hijos pobreza con honra, que riqueza con infamia; porque si ellos le pareciesen, sus buenas obras les harían ricos y honrados, y si no fuesen tales, yerro sería infamarse él por dejarles ricos y deshonorados.”

Irritó esta contestación á don Juan, que embistió á todo su poder la plaza, pero inútilmente: las había con un enemigo formidable que se multiplicaba, que acudía á todas partes, que alentaba á sus soldados, que hacía de ellos con su ejemplo héroes, y que reparaba de noche los daños que en los muros habían hecho durante el día los ingenios enemigos.

Y así, día por día, asalto por asalto, rechazados siempre los moros, siempre tenaces los defensores, pasaron seis meses, hasta que por el grande aprieto en que los sitiados se encontraban, determinó el rey don Sancho enviarles poderosos socorros.

Además, las Andalucías cristianas, entusiasmadas por la dura resistencia de Alfonso Pérez de Guzmán, hacían levas de gente para socorrerle.

Vinieron las noticias de estos aprestos al infante don Juan; no había un momento que perder: de un día á otro se vería obligado á levantar el cerco á la aproximación de huestes de refresco superiores á las suyas, cansadas y diezmadas por el largo asedio.

Ocurriósele entonces al infante la idea más horrenda que ha ennegrecido jamás pensamiento humano: la de poner á un hombre en la terrible alternativa de ser traidor á la confianza que en él había depositado su rey y señor natural, ó ser causa por su lealtad de la muerte de su hijo.

Como sabemos, el infante tenía junto á sí en sus reales á don Pedro Alfonso de Guzmán, niño de diez años, que en mal hora, creyéndole amigo, le confió su padre para que le llevara á la corte del Rey de Portugal.

Consultó este horrible pensamiento el infante con Aben-Omir, que tan infame como quien le consultaba, le aprobó.

Sacaron de la tienda del infante al niño, le ataron las manos á la espalda, y con gran alarido de trompetas, don Juan y Aben-Omir le llevaron delante de la torre del Cubo, y antes de que pudiesen alcanzarles los venablos de los defensores, levantaron un capacete en la punta de una pica en señal de parlamento.

Otro capacete alzado en otra pica apareció en el adarve, señal de que el parlamento se aceptaba.

Avanzaron entonces el infante y Aben-Omir llevando en medio al joven don Pedro.

Adelantaron algunos jinetes moros y dijeron á los castellanos que estaban en la torre del Cubo, que el infante don Juan y Aben-Omir pedían una tregua de medio día para hablar con don Alfonso Pérez de Guzmán.

Llevado á éste el mensaje, concedió la tregua, y poco después apareció en la torre del Cubo, dispuesto á escuchar lo que quisiesen decirle los caudillos enemigos.

Se acercaron entonces el infante don Juan y Aben-Omir.

—Sidy Alfonso—dijo Aben-Omir, dirigiendo la palabra á Guzmán—, mi señor Abu-Yacub os saluda y os ruega, pues fuisteis suyo, le deis esta villa, que fué suya, por el pan que comisteis en su casa, y por el bien y honra que de ella sacasteis.

—Sidy Omir—contestó el noble alcaide—; ni cuando yo serví al rey Abu-Yusuf y al rey Abu-Yacub di sus villas á los cristianos, ni ahora que sirvo al rey don Sancho de Castilla daré su villa á los moros.

—No perderíais mucha honra en ello—replicó Aben Omir.

—Pues que tanto sabéis de honra—respondió airado don Alfonso—, combatámonos vos y yo solos en ese arenal, sobre si perdería honra ó no la perdería en dar la villa que tengo del rey don Sancho de Castilla, cristiano y mi señor, al rey Abu-Yacub de Marruecos, moro y mi enemigo y suyo, y yo os aseguro el campo.

—No he de poner yo mi persona—dijo Aben-

Omír, cuando traigo tanto buen caballero que la ponga por mí.

Y añadió volviéndose al infante don Juan:

—¿Qué necesidad hay de hablar con éste en cortesía. Yo le conozco y no hará bien sino por fuerza; hágase lo que se ha de hacer; ármese la gente y combátase la villa, porque ya no se podrá defender.

—Páreceme que quien tan bien se ha defendido seis meses—respondió el infante don Juan—mejor se defenderá ahora que nos ha muerto gran parte de nuestra gente; por otra vía se ha de llevar este negocio.

Y volviéndose á los caballeros moros que estaban detrás de él, les mandó llevasen al niño don Pedro Alfonso de Guzmán.

Llevaron allí al niño con las manos atadas á la espalda, y don Juan dijo á Aben-Omír:

—Por éste nos dará la villa ó le mataremos el hijo.

Y dirigiendo la palabra á don Alfonso, que permanecía en la torre del Cubo, le preguntó:

—Don Alfonso Pérez: ¿conocéis á este muchacho que está aquí á par mío atado, que es don Pedro Alfonso de Guzmán, vuestro hijo mayor, el más amado y querido vuestro, que me disteis para que lo llevase al rey de Portugal don Dionís?

—Sí; conozco que es don Pedro Alfonso de Guzmán; mi hijo mayor y el más amado y querido mío—contestó con voz entera y terrible don Alfonso—, y pésame mucho de verlo en vuestro poder y no en el de aquel á quien yo le enviaba.

El niño entonces empezó á llorar, y dijo:

—¡Padre, lléveme allá, que me quieren matar estos moros!

—¡Hijo de mis entrañas—exclamó con acento indescriptible don Alfonso—; me holgara yo de meterte acá, porque si mal te viniera, pasara primero por mí, pero no puedo ahora!

Y se le anudó la voz en la garganta, y se le oprimió el corazón y se le salieron las lágrimas por los ojos al ver al hijo que más amaba en poder de sus enemigos y sin poderle valer.

El infante don Juan mandó á los moros se llevasen al niño, y entonces dijo don Alfonso:

—¿Qué es lo que me queréis hablar?

—Que me entreguéis esta villa de Tarifa, de la cual me ha hecho merced el rey Abu-Yacub, mi señor, hoy en todo el día—contestó el infante don Juan—, y si no me la entregáis, os mataré este vuestro hijo sin ninguna piedad.

Sombra de muerte y de horror y de sangre pasó por el alma del perinculto caballero, del leal entre los leales, del bravo entre los bravos: vaciló, tembló, pero acorrióle la fe de sus mayores, halló fuerzas en el sentimiento de su dignidad y de su honra, vió claramente que Dios le probaba con un inmenso sacrificio, y robusteciendo su corazón, dijo al infame don Juan:

Yo te daré por mi hijo los tesoros que me pidieres, pero la villa de Tarifa no, que es del rey don Sancho mi señor, y le hice homenaje por ella.

—¡La villa ó tu hijo!—gritó enronquecido por la cólera el infante.

—Porque no penséis que os tengo de entregar la villa por la muerte de mi hijo—exclamó con voz [sobrenatural, terrible—don Alfonso, ved que os echo el cuchillo para que lo degolléis.

Y arrancándose del cinto, en un movimiento sublime, imponderable, su puñal de misericordia, le arrojó al campo, y luego se volvió cerrando los ojos, se precipitó por las escaleras del adarve, y se fué á ocultar su dolor para que no amenguase la bravura de sus soldados.

Nada detuvo al bárbaro asesino, ni á su infame cómplice el caudillo Aben-Omír.

Don Juan, convertido en una bestia feroz, cogió el puñal del padre, degolló al inocente hijo; y tal horror causó este acto de suprema barbarie en los mismos moros que lo presenciaron, que no pudieron contener un alarido de espanto, que penetró siniestro en Tarifa, haciendo creer á sus defensores, que corrieron á las armas, que los moros acometían los muros.

Al escuchar el marcial tumulto, creyó lo mismo don Alfonso, y acudió presuroso; pero antes de que llegase á la muralla, le detuvieron sus soldados exclamando:

—No subáis, señor, que ese alarido que habéis escuchado es que han quitado la vida á vuestro hijo.

—¡Oh, cómo me alterasteis!—respondió Guzmán: temí que los enemigos hubiesen entrado en la villa.

Y se volvió y escondió su dolor, que nadie volvió á ver en su semblante.

Perdida toda esperanza, después de un horrendo crimen inútil, el infante don Juan, habiendo recibido noticias de que se acercaban al socorro de Tarifa muchas gentes del Andalucía, y á más el refuerzo que enviaba el rey don Sancho, mandó que durante la noche levantasen los

moros el campo y se recogiesen á las naves para volver al Africa.

El despecho y la rabia, que no el remordimiento, corroían el negro corazón de don Juan.

Se veía obligado á volver vencido por el heroísmo de Guzmán á la presencia de Abu-Yacub, y tembló, temió que irritado el bárbaro, cobrase en su cabeza el estrago sufrido por su ejército ante los muros de Tarifa, y aquella misma noche, con su escudero Ben-Tayde y con un puñado de cristianos que le acompañaban, constituyendo su servidumbre y su mesnada, mientras los moros que habían mandado recogían presurosos sus tiendas y bagajes y se retiraban á las galeras de Abu-Yacub, salió silenciosamente del campo, y en marcha violenta se alejó protegido por las sombras, tomando la vía del vecino reino de Granada.

Corrió veloz en alas de la fama el heroísmo de Guzmán, y llegó hasta el rey don Sancho, que se hallaba muy doliente de su última enfermedad en Alcalá de Henares.

Honda impresión causó á don Sancho la costosa victoria que había conseguido el heroico alcaide de Tarifa, y sin perder punto desde que llegó á sus oídos la grata y al par terrible nueva, escribió de su propia mano y envió á Guzmán la carta siguiente:

“Primo don Alfonso Pérez de Guzmán: hemos sabido lo que por servinos habéis hecho defendiendo esa mi villa de Tarifa, de los moros, habiéndoos tenido cercado seis meses y puéstoos en estrecho apuro: principalmente supimos y en mucho tuvimos dieseis vuestra sangre y ofrecieseis vuestro hijo primogénito, por nuestro servicio y el de Dios delante, y por vuestra honra: en lo uno imitasteis al padre Abraham, que por servir á Dios le daba su hijo en sacrificio, y en lo otro quisisteis imitar la buena sangre de donde vents, por lo cual mereceis ser llamado “el Bueno”, y yo así os llamo y así os llamaréis de aquí en adelante, porque justo es que el que hace bondad tenga nombre de Bueno y no quede sin galardón de su buena obra; porque si á los que mal obran les quitan su heredad y hacienda, á vos que tan gran ejemplo de lealtad habéis mostrado y habéis dado á nuestros vasallos y á los de todo el mundo, razón es que en mercedes nuestras quede memoria de las buenas obras y hazañas vuestras; y vos venid luego á verme, porque si malo no estuviera y en tanta postración de mi enfermedad, nadie me quitara que yo fuera á

socorreros; pero vos haréis con nos lo que nos podemos hacer con vos, que es venir vos luego á mí porque quiero hacer en vos mercedes que sean semejantes á vuestros servicios. A vuestra buena mujer nos encomendamos la mía y yo, y Dios sea con vos.—De Alcalá de Henares á 2 de Enero, era de 1313 (año del Señor 1295).—EL REY.”

Don Sancho hacía cuanto podía por premiar á Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, de la misma manera que aquel buen caballero había podido para servir al rey don Sancho.

Hemos traído á cuento el horror de Tarifa, para que se sepa por qué causa había ido á Granada á ponerse bajo el amparo de Mojammet-ben-Nazar-el Ansari, el infante don Juan, y además, para que se forme una idea de lo terrible, de lo sombrío, de lo infame de aquel funesto personaje, cuya historia es un tejido de crímenes y de traiciones.

Y no era ciertamente nuevo en don Juan el apelar al horror de la naturaleza para conseguir sus propósitos: ya en su juventud había hecho un ensayo de lo que llevó á ejecución delante de Tarifa.

Cuando se reveló el infante don Sancho contra su padre el rey don Alfonso envió al infante don Juan á levantar en favor suyo las ciudades y villas de León y de Galicia.

Obtuvo buen resultado el infante don Juan en la mayor parte de las ciudades, villas, lugares y castillos adonde llegó; pero el alcázar de Zamora, aunque rendida la villa, resistió, negándose quien le mandaba á faltar á la lealtad jurada al padre en beneficio del rebelde hijo.

Tenía el mando de la fortaleza una honrada mujer, esposa del alcaide Gutiérrez Pérez, merino mayor en Galicia; esta dueña era hermana de Payo Gómez Chirino.

A la intimación del infante á la honrada dueña de que le entregara el alcázar, aquella animosa hembra contestó que no lo entregaba, porque lo tenía por el rey Don Alfonso.

En vano fueron las amenazas de don Juan: la castellana se mantenía firme, avergonzando con su energía á muchos hombres que, atemorizados por el peligro, y sacando ejemplo de otras villas y castillos, opinaban debía entregarse el de Zamora.

Desesperado don Juan después de algunas inútiles embestidas á la fortaleza, como hubiese sabido que la brava castellana había dado á luz.



ocho días antes un hijo, halló traza de apoderarse de él, y haciéndole llevar á la puerta del alcázar, y llamando á su madre que apareció en el adarve, la intimó que mataría á su hijo si en el momento no le entregaba el alcázar.

La pobre mujer no tenía el temple de alma de Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, ó es que para las madres nada hay superior al hijo, nada que tanto amen ni por quien tanto sacrifiquen, y entregó el alcázar.

Así había empezado sus hazañas el noble infante don Juan.

La buena acogida que al infante hizo en Granada el rey Mojammet ben Nazar, es una mancha que empaña su buena memoria.

Don Juan era un scelerato, un maldito de Dios, y debía haber encontrado cerradas las puertas de todos los hombres.

La pasión y el odio contra Don Sancho de Castilla cegaron al rey de Granada, y acogió con júbilo y con grandes honras á aquel enemigo de su enemigo el rey castellano.

Y había en el barrio del Hajeriz, en la vertiente meridional del Albaicín, entre frondosos y odoríferos huertos, una casa de placer, á cuyos pies corría el humilde, pero ruidoso y cristalino raudal del Darro.

Alzábase enfrente con sus muros rojos y sus soberbias torres la Alhambra, y de una á otra parte del risueño valle campeaban como nidos de palomas, entre verdura, blanquísimas casas en que moraba la alegría.

Perdíanse á lo lejos entre los empinados cerros las poéticas angosturas, y por la derecha, á la parte del Occidente, deprimiéndose las dos colinas de la Alhambra y del Albaicín, se veía la ancha Vega con sus millares de matices, perdiéndose en el horizonte en las siluetas de las azules sierras.

Por encima de aquella casa en que habitaba el infante por concesión del rey moro, se extendían los fuertes muros de la Alcazaba Kadima, sobre los cuales asomaban las labradas torrecillas y los miradores de encaje del Palacio de los Mármoles.

Cuando el crepúsculo de la tarde poetizaba con su melancolía el risueño valle del Darro; cuando las luces que se veían á través de los ajimeces de los cármenes, acá y allá, por todas partes, parecían luciérnagas entre el follaje; cuando sobre el rumor de la corriente y el canto de millares de grillos se alzaba la voz del muhe-

dano aquí, allá, partiendo del alto alminar de la Alhambra ó de la mezquita de Al-Rhaman, ó de la de los Beni-Zeytum ó de otras ciento; cuando la luna asomaba sobre el cerro de la Silla del Moro, regio asiento de los soberbios Alijares; cuando allá del sombroso y fresco Djene-al-Arife partía el vago y armónico son de la zambra; cuando el aura embalsamada juguetaba en las flores y penetraba en las estancias por los calados ajimeces; cuando los ruiseñores gorjeaban celosos entre el follaje; cuando en las oscuras callejas los moros enamorados cantaban al son de sus guzlas romances de amor á las señoras de sus almas; cuando todo era poesía, y armonía, y frescura, y perfumé, el pensamiento de un demonio hervía febril en medio de aquel edén de delicias.

Quien hubiera penetrado en el oscuro pensamiento del infante, hubiera leído una larga historia de horrores y de traiciones, historia que tendríamos lugar de ir desentrañando en las páginas de este libro.

Con mucha frecuencia, en medio de aquella poética y riente naturaleza, cruzaba por delante de don Juan, para él solo visible, una sombra amenazadora.

La sombría figura de Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, que con los ojos centelleantes mostraba á don Juan la calveza de su hijo degollado.

Y no era el remordimiento el que de tal manera aterraba á don Juan; parecía imposible que aquel héroe, aquel guerrero probado en tantas lides, aquél ante el cual recejaban cobardes los más bravos, dejara sin venganza la muerte de su hijo, aquella muerte llevada á cabo por la cobardía, por la crueldad y por la más perversa de las infamias.

Si en medio de la noche un animal doméstico pasaba entre las tinieblas por la estancia de don Juan, al sentir éste los levísimos pasos se estremecía, se incorporaba erizados los cabellos, cubierto de sudor de muerte, y echaba mano al puñal que guardaba desnudo debajo de un almohadón de su lecho.

Si el viento hacía crujir una ventana ó una celosía; si zumbaba de una manera extraña entre los árboles, cualquiera, en fin, de esos ruidos indeterminados que brotan de entre el silencio de la noche, aterraba al infante, que suponía siempre un asesino enviado por Guzmán, ó acaso la aproximación de Guzmán mismo.

Porque el que es infame y traidor, no cree en nadie la dignidad y la lealtad; porque nadie atribuye á los demás lo que no siente ni comprende, y porque el hombre, en su egoísmo, no se rebaja nunca á sus propios ojos creyéndose inferior á otro.

Y es ciertamente muy extraño que don Alfonso Pérez de Guzmán, el terrible, el que había dominado por su solo esfuerzo con un puñado de jinetes cristianos las rebeldes, bravías y poderosas cabilas del Moghreb; el que había sabido dejarse despedazar las entrañas de su hijo antes que faltar á su honor y á su lealtad, no hubiese buscado, libre ya de su guarda de Tarifa, al miserable infante para cobrar, aunque insuficientemente, en su malvada persona, el dolor de su alma.

Aquí aparece una figura blanca y magnífica, un ángel de luz, de paz y de misericordia: la reina doña María.

Ella había comprendido cumplidamente cuánta era la sed de venganza que el buen caballero don Alfonso Pérez alentaba contra el infante don Juan, y salvaba al infante reteniendo á su lado al alcaide de Tarifa.

—¿Qué va á ser de mí—le decía—si en el duro trance en que se encuentra el rey mi señor, y á punto de muerte, no tengo á mi lado buenos amigos que me amparen? Ved, y os lo digo en confianza, que nuestro tío el infante don Enrique el Senador no es persona de quien podamos fiar en gran manera, porque le aqueja cobrarse con altos engrandecimientos de los veintiséis años que le ha tenido en prisión el rey de Nápoles; pues si volvéis los ojos á don Diego López de Haro, ¿qué confianza podremos tener en él? Señor de Vizcaya le hemos hecho, pero le viene pequeño el señorío, y aprovecharía cualquier revuelta para aumentarle á su medida. ¿Y qué os diré de don Juan Núñez de Lara, mal avenido con su vasallaje, y que no se encuentra bien sino cuando el rey es vasallo suyo? Si volvemos la vista á Aragón, nos amenazan perfidias; en Francia tenemos un enemigo á muerte, y en el rey don Dionis de Portugal un hombre que se mueve, como las olas, hacia la parte que le envía el viento más recio. Vos, buen don Alfonso, nos habéis probado vuestra lealtad con vuestra sangre; no os separéis ni un momento de nosotros; el rey doliente encuentra en vos un consuelo: cuando Dios le llame á sí, desgracia que debemos esperar de un momento á otro, padre ten-

drán en vos nuestros hijos, y ayuda y fuerte brazo la desdichada viuda de Sancho IV. No; no os separéis ni un solo momento de nuestro lado, buen amigo mío, buen don Alfonso.

Y con esta dulce, noble y honrosa manera, la inteligente, la perspicaz reina doña María, enfrenaba, sin que sintiese el freno, al terrible Guzmán, para que no corriese á Granada á hacer pedazos al asesino de su hijo.

A doña María la causaba horror la sangre.

Su noble alma no comprendía la venganza, y estaba siempre dispuesta al perdón.

Decía con todo el calor de su fe cristiana que la justicia debe dejarse entera á Dios, que ha hecho al hombre para probarle sobre la vida, para glorificarle ó condenarle después de la muerte.

Por otra parte, don Juan era hermano del rey, su último hermano, y ya más de una vez doña María había salvado á don Juan del justo furor de don Sancho.

La reina, y sólo la reina, era el escudo que protegía al infante don Juan de la justa venganza de Guzmán el Bueno.

Este se decía todos los días y á todas horas:

—Primero el rey y la reina, mis señores: ellos me quieren aquí, ténganme; tal vez amanezca un día claro en que yo, libre de mis obligaciones de vasallo y de caballero, pueda lanzar mi caballo por el camino al fin del cual se encuentre el buen infante don Juan.

Pero éste, que no creía ni en el buen corazón de la reina su cuñada, ni en la cobardía ni en el perdón de Guzmán el Bueno, se estremecía, creyéndole siempre encima.

Pasaba el mal pecador del infante don Juan una vida de perros, como suele decirse.

Mojammet ben-Nazar le festejaba, le atendía, le honraba, le llevaba á sus cacerías, le convidaba á sus zambras, le sentaba casi diariamente á su mesa, le tenía sobre sus ojos, le llamaba su hermano, le había dado una de sus más hermosas casas de placer, había puesto á su servicio sumisos esclavos y hermosísimas esclavas, le había rodeado de fausto y de esplendor; pero el receloso infante desconfiaba, y comprendía, sin engañarse, que el rey de Granada se alegraba de que don Juan se hubiese puesto en sus manos, que le tenía en rehenes, y que para ocultarle el cautiverio se lo doraba y se lo cubría de flores.

Estaba esto en la política del prudente Mojammet; tenía fija su mirada en Castilla; agonizaba el rey don Sancho; la falta de dispensa de

su casamiento con doña María Alfonso de Molina, hacía ilegítimos á sus hijos; una multitud de ambiciosos se agitaban alrededor del rey moribundo como cuervos hambrientos de carne humana. Aragón mantenía en su poder, en rehenes, á los hijos del infante don Fernando el de la Cerda; el rey de Francia extremaba su influencia en la corte romana para que los hijos de Sancho VI y de doña María de Molina no fuesen legitimados por la concesión de la dispensa del parentesco de los padres; el infante don Fernando, atento á todo esto, tenía fijos sus ojos en la corona de Castilla; los Haros y los Laras estaban en acecho para engrandecerse inmoderadamente á la primera ocasión, y la revuelta nobleza castellana, acostumbrada desde las turbulencias del reinado de Alfonso X á la rebeldía, amaba la guerra civil, porque en ella encontraba su medro, vendiendo sus servicios, su honor y sus mesnadas á quien mejor se los pagaba; el reino andaba mal regido y pobre; sin valor la justicia; sin ejercicio el derecho, y todo era confusión, desorden, caos.

La corona se veía obligada á humillaciones continuas que no podía evitar, porque estaba rodeada de traidores.

Y todo esto que el prudente y sabio Mojammet-ben Nazar veía claro en Castilla, le hacía apreciar en su verdadero valor á un infante hermano del rey, en quien muerto Sancho IV, dada la ilegitimidad de sus hijos y el mejor derecho que el infante tenía como hijo de Alfonso X sobre los nietos de aquel rey, los infantes de la Cerda, vendría á recaer la corona de Castilla á beneficio sin duda del deseo de paz del reino.

Porque las naciones se estremecen ante las revoluciones, que son el desquiciamiento, la inversión de todo, el secamiento de los veneros de la riqueza pública, el hambre, la inquietud, las luchas, la sangre, y por cúpula sombría de todo esto, la epidemia, la terrible peste negra (si nos refiriéramos á hoy diríamos el cólera), que de tres en tres años diezma á España, aterrándola como una maldición de Dios.

Si llegado un momento favorable, el infante don Juan rompía por la frontera granadina sobre Castilla, aliado de Mojammet, llevando tras sí un formidable ejército, á cuyos esfuerzos debiera sentarse sobre el trono de San Fernando su abuelo, llegado el momento de las indemnizaciones, era evidente que el monarca musulmán

podía recobrar lo que la victoriosa espada de San Fernando había arrebatado á los reyes sus predecesores.

No se ocultaban estos propósitos de Mojammet-ben-Nazar al infante don Juan; y si doblez había en el atecto y en las honras que el rey de Granada afectaba dispensar al infante don Juan, doblez y colmada había en éste cuando besaba las rodillas del rey de Granada, y le llamaba su padre, y se confesaba su vasallo.

A don Juan le apretaban los muros de Granada, le atormentaban, ansiaba verse libre de ellos.

Fácil le hubiera sido, porque era bastante astuto y disponía de un servidor tan astuto, tan sagaz y tan bravo como Aben-Tayde, y de otros inferiores que no lo eran menos, haber escalado con la sombra los muros, haber seguido adelante por entre el revuelto laberinto de las montañas, y haber salido atravesando la montañosa wailia de Guadix á tierras de Murcia, y haber adelantado con seguridad hasta la corte castellana, tanto más cuanto que poseía una real cédula de su hermano el rey don Sancho, en que aparecía que éste le llamaba á su lado por la gravedad de su dolencia.

Ya conocemos este documento; le hemos oído leer por un cuadrillero de la Santa Hermandad, bajo el arco de la primera torre del puente de San Martín de Toledo.

Pero lo que entonces no dijimos porque no venía á cuento, lo decimos ahora.

Aquella real cédula era falsa; el infante, desde Granada, había enviado un correo secreto á su mayordomo don Jonás, remitiéndole el texto de la cédula y mandándole hiciese falsificar de tal modo escritura y sello, que nadie pudiese dudar, ni aun el más conocedor de estos documentos, de su autenticidad.

Y como don Jonás tenía deudos y amigos entre los judíos de Toledo, y como los judíos eran en aquel tiempo, por su gran riqueza y por su afán de ganancia los receptores de los tributos, y por esta razón poseían muchos albalaes, cartas y cédulas reales, fácil les fué la falsificación de la letra de uno de los secretarios asiduos del rey, la de su firma, la de su signo, la de su sello de plomo.

A los tres días de haber llegado á la casa fuerte de los Cigarrales, el mensajero del infante se volvió, llevando al infante la real cédula, que éste guardó para usarla no pasado mucho tiempo.

El infante ansiaba verse libre del dominio del rey de Granada, desde que supo la gravedad mortal de la dolencia del rey; pero quería llevarse consigo algo que le sirviese de una poderosa influencia para con el rey de Granada.

Don Juan no quería la ayuda material de Mojammet-ben-Nazar; le estorbaba un ejército granadino, ejército al fin de infieles, que debían mirar con aversión los castellanos como miraron á los que llevó de Africa el emir Abu-Yusuf para socorrer á don Alfonso el Sabio.

Sabía demasiado el infante que en Castilla sobran soldados, bravos aventureros, dispuestos siempre á tomar un sueldo y á combatir por el sueldo, sin mirar á la justicia ni á la honra de la causa por que combatían.

Lo que se necesitaba, pues, eran t soros, y el rey de Granada los poseía inmensos.

La cuestión era obligar al rey de Granada á que soltase su oro.

Y daba vueltas á su malvada y fecunda imaginación el infante, y no encontraba medio que le llevase al logro de su objeto, y excitaba su imaginación, y siempre en vano; no hallaba manera de abrir para él las cerradas arcas de Nazar-el-Ansarí.

Pero un día en que rey é infante paseaban bajo una bóveda de laureles en el real Djene-al-Arife, el mismo rey de Granada procuró una inspiración á su buen amigo el infante don Juan.

Acababa de mirar desde aquella altura á sus pies la Alhambra, con su magnífico conjunto de torres y muros, con sus brillantes techumbres de tejas vidriadas, produciendo á la luz del sol que descendía los mil cambiantes del iris; á la derecha de Djene-al-Arife, las altas colinas del Monte Sacro, uniéndose al altísimo monte de Aynadamar; sobre su falda, los rojos muros y las fuertes torres, en cuyo centro, en la parte más alta, se elevaba la de Beni-Zeytum, puerta alta entonces del camino de Guadix; bajo-aquellas murallas, al otro lado del valle del Darro, el florido Albaicín con los cien alminares de reluciente techumbre de sus mezquitas; á la izquierda de la Alhambra el cerro de Al-Baúl con sus mazmorras donde gemían tantos cautivos cristianos, donde tantas almas fuertes habían alcanzado la palma del martirio, donde estaba aún fresca la sangre del obispo de Jaén, don fray Pedro Pascual de Valencia, á quien venera la iglesia con la advocación de San Pedro Mártir, y cuyo nombre lleva hoy una de las calles de

Granada; por encima, y después de un escalonamiento de montañas, la gigantesca punta de Muley-Hacen con su inmenso alquicel de nieve; en lo profundo, la extendida vega con su valladar de montañas, con sus innumerables acequias, con su claro Genil, que lo atraviesa como una cinta de plata, y que va á perderse por el puerto de Loja; lo diáfano de la luz, lo dulce del ambiente, lo maravilloso del efecto, y Mojammet había dicho lleno de complacencia al infante:

—Sidy Juan, mi buen hijo, ¿te parece que hay en el mundo nada tan hermoso como lo que estamos contemplando? ¡bendito sea Allah que lo crió!

—Verdaderamente, mi buen padre Sidy Mojammet, que tus alcázares, torres, jardines, ciudad y vega de Granada son la maravilla de las maravillas, recuerdo del Paraíso que destina Dios á los santos y á los justos.

—¿Y crees tú—contestó sonriendo, satisfecho Nazar-el-Ansarí—que Dios no ha creado en su infinita misericordia una hurí para este paraíso?

—Huríes son las hijas tuyas, según cuenta la fama—contestó el infante.

Y decía la verdad; porque de las hijas del rey Mojammet II decían maravillas los que las conocían.

—¿Y has oído tu hablar de Zayda Fatima, la mayor de mis hijas?—preguntó creciendo en complacencia el emir al infante.

—No, mi buen padre—contestó don Juan, posando una rápida mirada escudriñadora en los benévulos y nobles ojos del nazarita.

—No es extraño—contestó el rey—porque yo guardo á mi hija Zaáda Fatima como un tesoro, y muy pocos de mis leales caballeros la han visto.

—Por leal no me tienes—contestó el infante—porque no me has dejado conrempilar su hermosura.

—Zambra tendremos esta noche en estos jardines para celebrar las buenas hadas de un infante que me ha dado mi esposa la sultana Kairah; haré que mi hija Zayda Fatima asista á la fiesta y que baile la “xeiz” contigo; pero guárdate, mi buen hijo Sidy Juan, de poner en ella la mirada irreverente, porque tan hermosa es y tal merced me ha hecho Dios en dármele, y tan costosa me ha sido, como que su nacimiento mató á su madre, la que yo más amaba de mis

sultanas, que he consagrado á Dios su pureza: mírala con la limpidez de alma conqué mirarías á un arcángel del séptimo cielo.

—¡Oh, cuánto la amas, mi buen padre Sidy-Ben-Nazar!

—¡Que si la amo! ¿ves tú toda esa hermosa maravilla que tenemos ante los ojos? ¿sientes tú el fuerte corazón que alienta en mi pecho? (y el rey asió una mano del infante y se la puso sobre su costado izquierdo.) ¿Crees tú en las delicias del Paraíso que el potente y misericordioso Allah concede á los justos y á los mártires? ¡oh! no me castigue Allah por mi idolatría por mi hija: mi ciudad de Granada con sus alcázares, sus torres, sus jardines y su vega, mi hermosa Málaga, mi resplandeciente Almería, mi fructífera Ronda, mis bravas Alpujarras en que se crían los leones más feroces de mi ejército, mi corazón, mi parte del Paraíso, todo, todo lo daría yo sin vacilar por mi hermosa, por mi buena Zayda Fatima.

—¡Ah!—exclamó de una manera singular el infante, y para encubrir la intención de su exclamación, añadió —: en verdad, en verdad que amas mucho á tu hija, mi buen padre Sidy-Mojammet.

—Verás la esta noche, y te parecerá la noche radiante día iluminado por el resplandor de su hermosura.

En efecto, aquella noche, en una de las admirables salas de Djene al-Arife, entre la cadenciosa y melancólica armonía de la zambra, aspirando el suave perfume de esencias de Oriente, á la lánguida luz de lámparas de seda, alabastro y nácar, entre la magnificencia de una corte voluptuosa, el infante don Juan fué presentado por el rey Mojammet á su hija mayor la sultana Zayda Fatima, que en un estrado cubierto con un paño de tela de oro y piedras preciosas, sobre riquísimos alfamares, presidía la fiesta, teniendo junto á sí á su hermano, el pequeño infante recién nacido, á quien servía de cuna una concha de oro, rodeado de las hermosísimas doncellas que representaban las buenas hadas.

El infante se sintió subyugado por tanta hermosura, por la inmaculada pureza, por la altiva majestad de la joven sultana Zaida Fatima.

Vestía, completamente de blanco, tres vaporosas y sutiles túnicas de tela de plata y seda; ceñía su cintura un chal de la India del color del

cielo de la mañana; rodeaba su cabeza, en señal de castidad, una bella corona de nardos y siemprevivas, y sus largas y pesadas trenzas negras, brillantes como el ébano pulimentado, la caían por delante hasta anudarse en un joyel de perlas, tocando la orla de su túnica.

Era morena, con ese puro, encendido y delicado moreno de las hijas del Mediodía de España: la vista apreciaba la excesiva suavidad de su tez: los dos dulces arcos de sus cejas negríssimas coronaban sus ojos oscuros y profundos como la noche, melancólicos como el silencio, castos y puros, y al par iluminados con un fuego recóndito, dulce, que parecía emanar de un alma de ángel; y si la belleza, la gran belleza, es la grande armonía de las formas, del color, de la juventud, de la vida, en el conjunto de ese que se llama sér humano, nada tan hermoso, tan puro, tan resplandeciente, tan joven, tan embriagador, como la sultana Zayda Fatima.

Era la reina del sarao: y había allí enérgicas hermosuras que habían visto la luz en las montañas del Cáucaso; indolentes hijas de la Persia; nubias de ardientes ojos negros como el ébano; esa mujer incomparable que vive desconocida entre las breñas de las Alpujarras; la malagueña irresistible; la viva morena de Almería; las morileñas de traidores ojos; ese conjunto, en fin, de beldades que eran y son una de las excelencias de las ricas y bellas comarcas andaluzas.

Enamoróse, como podía enamorarse don Juan, cuyo único amor era la ambición.

Pero en cambio, la infanta Zayda Fatima sintió una viva repulsión, una poderosa antipatía á la vista del infante, y sólo habló y danzó con él obedeciendo á su padre.

Concluyó la zambra muy avanzada la noche.

Las sillas de manos, las literas, los palanquines se derramaron por las vertientes de Djene-al-Arife en dirección á la ciudad.

Un africano, un berebere de raza pura, envuelto en un ancho ropón de escarlata con capete dorado y armas doradas, Ben-Tayde, en una palabra, al-aide de los escuderos del infante don Juan, formaba parte del magnífico acompañamiento de una ostentosa silla de manos dorada, conducida por esclavos negros.

Dos largas hileras de jóvenes pajes vestidos con ricas preseas que llevaban en las manos gruesas hachas de cera olorosa, se extendían á los dos lados de aquel brillante acompañamiento, formado no sólo por los esclavos de la sulta-

na, sino también por altos dignatarios del reino y por renombrados caballeros que sabían cuán grato era al rey Mojammet se rindiese aquel homenaje á su hija predilecta.

Djene-al-Arife no estaba separado entonces del real alcázar de la Alhambra por ese pedregoso y pendiente barranco flanqueado de una parte por altas cortaduras, y de otra por los muros de la Alhambra, y que hoy sirve principalmente de lúgubre camino para su última morada á los que han cumplido su destino sobre la tierra.

Entonces, por la parte que hoy se llama la Puerta de Hierro, corría un ancho pasaje que ponía en comunicación á Djene-al-Arife con la Alhambra, penetrando en ésta por encima de la hoy llamada Torre de los Picos, porque conserva las almenas reales que en otro tiempo orlaban todo el recinto de la Alhambra de Djene al-Arife, de los Hijares, del Haza de la Escaramuza, viniendo á cerrarse pasando por el castillo de Torres Bermejas y por la puerta del Leuxar en la alta torre del Homenaje de la Alcazaba, que hoy se llama la torre de la Vela.

Por el pasaje que hemos dicho ponía en comunicación á Djene-al-Arife con la Alhambra, por los jardines de la parte alta del alcázar, por la Puerta Judiciaria, por las frondosas avenidas que conducían á la de Leuxar, por la calle y plaza de los Gomeres y por las estrechas callejas del barrio del Hajeriz, llegó la sultana Zayda Fatima á la ferrada puerta de la Alcazaba Vieja ó Kadima, y penetrando en lo que propiamente podía llamarse Albaicín, y cerca de la grande Aljama ó mezquita mayor de aquel barrio, entró por la puerta dorada de un magnífico palacio, de cuyos muros bruñidos y alicatados arrancaban vivísimos destellos las hachas de los pajes.

Una numerosa guardia de bravíos zenetes defendía la puerta por la que entró acompañada únicamente de sus pajes, de sus esclavos y de sus doncellas, que eran conducidas en otras sillas menos ricas, la sultana Zayda Fatima.

Cerráronse apenas pasaron la infanta y su servidumbre las puertas de bronce dorado ricamente labradas, y quedóse fuera el acompañamiento de honor, dispersándose en seguida cada cual en su dirección los magnates y caballeros que le habían formado, precedidos por sus pajes, provistos de hachas, para hacer posible la marcha entre la oscuridad á través del laberinto de

las estrechas y altísimas callejas del Albaicín.

La casa ó el palacio donde había entrado la sultana Zayda Fatima era el conocido por Casa de los Mármoles, á causa de la riqueza de los que se habían empleado en su construcción.

El barranco de San Juan había sido despojado de gran parte de sus alabastos, de sus jaspes, de sus serpentinas; las crónicas árabes parece que se ocupan de un palacio encantado de las *Mil y una noches* cuando hacen la descripción de esta maravilla, de la cual no quedan hoy ni aun vestigios.

En aquella casa inmensa y enriquecida en el interior por extensísimos jardines, moraba la encantadora hija del rey Mojammet ben-Nazar, recluida casi en clausura, de la cual no salía sino con suma repugnancia rara vez, y obedeciendo el mandato de su padre y señor para asistir á alguna de las grandes solemnidades de la corte.

En aquella reclusión la acompañaban veinticuatro doncellas nobles, hijas de los principales caballeros del reino y hermosas á maravilla, que, como ella, habían ofrecido á Dios su castidad.

Ningún hombre podía pasar en aquel alcázar de cierto límite vedado, so pena de la vida, y el sólo hecho de observar por fuera las celosías, siempre cerradas, de los ajimeces y miradores del palacio, traía sobre el imprudente que era sorprendido en aquel atrevimiento un severo castigo.

Sin embargo, Ben-Tayde, que se había quedado solo delante del palacio después de que se cerró su puerta y se dispersó el séquito de honor de la sultana, protegido por la oscuridad, reconoció como pudo el recinto del palacio, y se detuvo audazmente junto á un pequeño postigo que daba á una estrecha callejuela, medianera por aquella parte entre la casa de los Mármoles y la grande Aljama.

Vió que sobre este postigo había un arco que servía, sin duda, para poner en comunicación la mezquita con el palacio; tanteó la madera del postigo y vió que era alerce viejo, claveteado con estrellas de hierro.

Esperó embebido en el hueco del postigo durante una hora, y vió que por allí no pasaba nadie.

Salió del hueco, siguió reconociendo, encontró las embocaduras de dos callejas, y cuando estaba en una de ellas sintió pasos, se retiró al interior de la calleja, y á poco vió pasar por su estrecha desembocadura un kaid viejo con un

farolillo en la mano, al que seguían cuatro ballesteros zenetes.

—La ronda—murmuró Ben-Tayde—no importa; mi señor se ha enamorado de la hermosísima sultana; sus treinta escuderos y yo somos bastantes para robársela al poderoso rey de Granada.

Y tras estas palabras, Ben-Tayde tomó el camino de la casa de su señor.

Pero como ésta se encontraba situada fuera de la Alcazaba Vieja, la cerrada puerta de ésta le detuvo, y por más que declaró era alcaide de los escuderos del señor rey de Castilla don Juan, que este título se daba en Granada el infante, el kaid de la guarda de la puerta no consintió en franqueársela, y todo lo que supo hacer en obsequio de un tan alto servidor de un tan respectable príncipe, fué consentirle que pasase lo que quedaba de noche al abrigo de la intemperie en el aposento que en la torre de la puerta tenía el kaid.

El infante don Juan se desesperaba entre tanto, esperando la llegada de su fiel servidor.

El no había querido formar parte del cortejo de honor de la sultana, no fuese que llegando esto á oídos del rey sospechase, y temía que el jefe de sus escuderos, á quien había enviado para informarse de la morada de la sultana, hubiese sido reconocido como servidor suyo, inspirado por estas sospechas y caído en prisión.

Don Juan se había obstinado por Zayda Fatima.

Era su más próxima esperanza, la perspectiva de un tesoro en buenas y sonantes doblas de oro cendrado.

Lo que tardó en llegar el día, y con él Ben-Tayde, fué para el infante un tormento infinito.

Recelaba que su proyecto hubiese fracasado en el principio; sabía que los kadies moros no perdonaban género de brutal tormento para arrancar á un preso una confesión.

Don Juan había sido explícito con Ben-Tayde, y si éste, por haber inspirado sospechas, había sido preso y puesto en tortura, doblegado por el sufrimiento, había vendido el secreto que se le había confiado, el infante debía temblar por su cabeza, ó á lo menos por su libertad.

La llegada de Ben-Tayde y una explicación de éste tranquilizaron al infante.

Una vez tranquilo, se empezó entre señor y vasallo la elaboración del proyecto que debía dar

por resultado el rapto de la sultana Zayda Fatima.

Don Juan era audaz hasta lo infinito, y no era por cierto la primera vez que había jugado su cabeza por su ambición.

Ben-Tayde era una especie de tigre africano, fiel á su señor como un perro, y al que nada aterraba.

Maduróse entre el amo y el escudero un proyecto que espantaba por el atrevimiento, y como quince días después el infante hubiese recibido una carta de Castilla enviada por su mayordomo don Jonás, por un correo de confianza, llamó á su fiel escudero, se encerró con él y le dijo, mostrándole un pergamino enrollado:

—He aquí una carta de tu buen amigo don Jonás; óyela.

Y desenrollando el pergamino, leyó lo siguiente:

“Señor: vuestro hermano, á vueltas de un mes que hace llegó á Alcalá, donde está con su mujer y con el infante don Enrique, vuestro tío, y con vuestro primo hermano el infante don Juan Manuel y con vuestro amigo, que Dios confunda, don Alfonso Pérez de Guzmán, ha llegado á tal extremo en su enfermedad, y á tal postración y á tal peligro, que ya es forzoso que, rompiendo por todo, os vengáis á estas tierras de Castilla, no sea que cuando vengáis os hayan ganado por la mano, y lleguéis tarde. Dios sea con vuestra señoría. De esta vuestra casa fuerte de los Cigarrales de Toledo, á 24 de Febrero de 1295, vuestro fiel esclavo.—*Don Jonás.*”

—¿Qué dinero tenemos, Ben-Tayde?—preguntó á su escudero el infante don Juan enrollando el pergamino y guardándolo en su seno.

—Mil doblas—contestó Ben-Tayde.

—Basta para comprar lorigas y capacetes y ballestas y adargas y hachas de armas; cuanto es necesario para que todos nos armemos como los golfinos de Muradal; se necesita también una litera y dos fuertes mulas; que todo eso esté preparado en una quebrada de los montes de la parte de abajo del camino de Guadix, lo más tarde, dentro de dos días por la noche; que salgan para esto cuatro de mis escuderos dentro de dos días con cualquier pretexto: embriagarás á estos malditos escuchas de que nos tiene cercados dentro de la casa que nos da el señor rey de Granada; á esos perros, cuando nadie los ve, les gusta á perder el vino, y como no están acostumbados, se embriagan con facilidad. No es-

taría demás que echases en el vino algo de opio; es necesario que duerman como los Siete Durmientes.

—Bien, señor, así se hará—contestó Ben-Tayde—; repusad en los cuidados de vuestro fiel servidor, que no escasea por vos los peligros: pero pensad bien en que un solo punto que falte á lo que tenemos intentado nos puede costar la cabeza.

—¿Acaso no la he puesto á peligro gravísimo una y otra vez?

—Vuestro buen destino os protege.

—O Satanás—murmuró sonriendo de una manera sombría el infante.

Dos días después, por la tarde, entraron en el Albaicín por la puerta de la Alcazaba Vieja, por la Monaita, por la de Alkibla y por la de Guadix, uno después de otro, para no ser conocidos, veintiséis de los escuderos del infante don Juan, y éste mismo, distraído de juglar, y entretuvieron el tiempo hasta que hubo cerrado bien la noche, asistiendo á la oración de Alajá en varias mezquitas.

Después fueron confluyendo todos al Palacio de los Mármoles por diferentes callejas.

Algo más avanzada la noche, debía salir del palacio la primera ronda.

El plan del infante era de esos, para la realización de los cuales es necesario se embriague la fortuna en favor de quien los pone en práctica.

Delante del pórtico del palacio había una pequeña plaza, en la cual desembocaban tres callejas.

Dentro de la plaza, y cerca de la desembocadura de cada calleja, se habían colocado cuatro de los escuderos, armados de espadas, puñales y ballestas.

A los dos lados de las puertas del palacio estaban pegados al muro, á ambos lados, los otros catorce escuderos con el infante don Juan.

El objeto era detener á todos los que penetrasen en la plazuela ó saliesen de alguna de las casas que á ella daban.

La orden que don Juan había dado, tenía la fórmula siguiente:

Una puñalada certera.

Era el mejor medio de detener y de enmudecer al que, por una mala aventura, se le ocurriese entrar en la plazuela ó salir de ella.

No tardó en ser detenido un desdichado.

Al caer, herido en el pecho, se oyó un gemido sonoro.

Aquel hombre llevaba un laud que, al chocar contra el suelo, había producido aquella queja armoniosa.

No pasó en mucho tiempo nadie más, y esto era de suponer.

Con arreglo á las ordenanzas reales y á las costumbres de los moros granadinos, éstos se encerraban en sus casas después de la segunda oración de la noche, y no salían de ella sin un gravísimo motivo.

Contravenían, sin embargo, las ordenanzas, exponiéndose á una multa y algunos días de prisión los enamorados que iban á dar música á la señora de su pensamiento.

Había además otra costumbre, que ha quedado en herencia á los pueblos de Andalucía, y con la cual había contado el infante.

Si á una dama rondaban dos enamorados, favorecido el uno y celoso por de-afiado el otro, y se encontraban y reñían y se mataban, aconteciendo á veces que no iban solos, sino acompañados de sus deudos y amigos, por más que las voces, los denuestos, las imprecaciones, el estridor de las armas y algún lúgubre grito de agonía despertasen á los vecinos, no se movía ninguno ni abría una ventana, contentándose los más piadosos con exclamar, cuando oían un grito de muerte:

—¡Allah te recoja en su misericordia!

Nuestros lugareños de Andalucía dicen, cuando oyen algo de esto, desde la cama:

—¡Dios te haya perdonado!

Rezan un Padrenuestro y un Avemaría por el difunto, y vuelven á dormirse.

El kaid recogía al muerto en aquellos tiempos, y hoy le recoge una autoridad que trae su origen y denominación de aquélla: el alcalde.

Se preguntaba entonces, como hoy se pregunta, á los vecinos si habían oído algo.

Los vecinos contestaban, entonces como hoy, que nada habían oído.

Se les dejaba en paz, y se buscaba la prueba por otra parte.

Con esta costumbre había contado don Juan, que conocía mucho las costumbres de los moros, como quien tanto tiempo había vivido entre ellos.

Dado caso que su intento sobre el Palacio de los Mármoles produjese algún ruido, los vecinos

debían permanecer tranquilos en su lecho sin causar una alarma.

En aquel tiempo, aunque los moros conocían ya la pólvora, invención de los árabes, no se había inventado el medio de introducirla en un tubo de hierro para causar la potente expulsión de un proyectil mortífero.

La guardia del palacio no podía producir el alarmante estruendo de la detonación de un arma que aún no se había inventado, y el ruido de las espadas y de las voces no era bastante para hacer producir una alarma á los vecinos.

Avanzó la noche, y la impaciencia del infante llegó á su colmo.

El cielo se había cerrado en lóbreguez, zumbaba ronco y terrible el viento entre las estrechas callejas, y llovía copiosamente.

En Marzo, estas noches de tempestad, son muy crudas en Granada.

El infante temió que, acobardado por la mala noche el viejo caído del palacio, no saliese á hacer su ronda, cumpliendo con la vigilancia que le tenía encomendada en guarda de su hermosa hija el rey Mojammet.

Pero, en fin, cuando ya aquí, ya allá, entre los zumbidos del viento y el monótono ruido de la lluvia, se oyó el canto del gallo madrugador, marcando la media noche, el infante oyó el crujir de los cerrojos y de las llaves en la puerta del palacio, y se previno.

Se abrió un pequeño postigo, tan bajo, que para entrar ó salir por él, había necesidad de inclinarse.

Se vio el reflejo de una luz, y poco después asomó una cabeza cubierta por un capellar blanco y ceñida por una toca.

El puñal del infante hirió la nuca de aquella cabeza, y un hombre cayó desplomado como la res herida por el carnicero.

El infante, espada en mano, se lanzó por el postigo, hollando aquel cadáver.

Tras él se lanzó Ben Tayde, y tras Ben Tayde, y en un momento, los catorce escuderos que estaban junto á la puerta.

Cuatro ballesteros zenetes que encontraron detrás de ella fueron degollados antes de que, recobrados de la sorpresa, pudiesen ponerse en defensa.

El resto de la guardia dormía, y fué sorprendida y degollada también.

Si el infante hubiese acometido aquella empresa terrible para arrancar una fortaleza á los

implacables enemigos de Dios y de Castilla, hubiérasele celebrado como una grande hazaña.

Había empleado para el crimen un valor maravilloso.

Pero aquello no podía llamarse hazaña; era el mal hecho de un bandido que penetraba feroz y astuto en la casa ajena para robarla después de haberla cubierto de sangre.

Se metió adentro el cadáver del caído que había quedado de bruces en el postigo, se cerró éste, y el infante y los suyos se esparcieron por las avenidas del interior del palacio.

Pero se encontraron con las fuertes puertas de hierro del recinto vedado; es decir, de la especie de clausura en que vivía con sus doncellas nobles la infanta Zayda Fatima.

Don Juan blasfemó; no había contado con aquel obstáculo.

Las puertas eran demasiado fuertes para que pudiesen ser forzadas.

Una doble coraza defendía á la hermosa hija del rey Mojammet.

—No te impacientes por esto, señor—dijo Ben-Tayde—; si el hierro de estas puertas nos impide romperlas, fuera, ahí, en una calleja excusada hay un postigo que yo desencajaré con mi hacha de armas: nadie puede inquietarnos, porque de seguro que los muertos que hemos dejado en el vestíbulo no saldrán á hacer la ronda, y noche sobrada nos queda para llevar á cabo nuestro intento.

Un cuidado mortal devoraba al infante.

Se hallaba en una de esas situaciones supremas en que un traidor, dado el primer paso determinante de su traición, se encuentra con que el éxito no ha correspondido á sus esperanzas, perdida la cabeza que había jugado audazmente, y sin más que esa vaga esperanza de salvación que no se pierde sino con la vida.

Pero don Juan no era uno de esos traidores cobardes que fracasado el primer golpe se aterran y huyen.

Don Juan engrandecía su valor en relación con el peligro.

—¡Ah! y bien—dijo—, ¡cuida que con mis veintiseis no dé yo una mala noche al señor rey de Granada! ¿¡qué salir y vagar y buscar otras entradas cuando éstas tenemos delante? Dame tu hacha de armas, Ben Tayde.

—No sabemos, señor, si cerca de estas puertas habrá otra guarda interior, y por eso aun me parece imprudente el que hablemos cerca de

ellas: retirémonos, si os place, á hablar de lo que debe hacerse donde no podamos ser oídos más que de los muertos.

El infante don Juan y sus escuderos se volvieron al vestíbulo, donde acá, allá, inmóviles sobre charcos de sangre, estaban los cadáveres de los ballesteros zenetes que tan mal habían hecho su guardia.

—Y bien—dijo una vez allí el infante—; ¿no encontraremos los mismos inconvenientes cuando queramos romper ese postigo de que me has hablado?

—En primer lugar, señor—contestó Ben-Tayde—, ese postigo da á los jardines, porque está al pie de una alta tapia, y no es de presumir que en ese postigo haya guardas; en segundo lugar, la otra pared de la larga callejuela, en medio de la cual está ese postigo, es la de la gran mezquita; no hay vecinos que oigan el ruido que nos obligue á hacer el desencajar el postigo: cuatro escuderos por cada parte pueden asegurar las dos entradas de la callejuela, y confío en Dios (impía confianza en la ayuda de Dios para favorecer un crimen) en que antes de una hora tendremos en nuestro poder á la hermosa infanta Zayda Fatima.

El infante cedió al fin al consejo del alcaide de sus escuderos, salió con los que le habían acompañado, quedóse encajado el postigo, tomaron la vuelta de la calleja donde el otro postigo se encontraba, y llegaron á él después de haber asegurado las dos entradas de la calleja.

Todo, fuera del zumbir del viento y del caer de la lluvia, era silencio en derredor.

Un puñado de hombres audaces acometieron como saltadores el corazón del rey de Granada, en el mismo corazón del Albaicín, que á una señal de alarma, al primer toque de rebato de la campana de la Alcazaba podía arrojar á la calle cien mil bravos combatientes.

La lobreguez de la noche y el estruendo de la tempestad favorecían el crimen.

Nada tenía que temer Granada, y los caídos, temerosos del frío y de la lluvia, habían terminado muy pronto sus rondas.

Ben Tayde introdujo el fuerte astil de hierro de su hacha de armas por debajo del postigo, y ayudado por dos ó tres fornidos escuderos, alzó, primó, y rechinaron goznes y cerrojos.

Resistió, sin embargo, el postigo, se rindieron los cuatro que trabajaban para desencajarle, y los relevaron otros cuatro.

Al fin, y al cabo de media hora de esfuerzos, media hora que fué una eternidad para el infante, violentando el postigo, torcidos sus cerrojos, ofreció una abertura entre su marco y su hoja.

Cinco minutos después, el postigo violentado dejaba el paso franco, y el infante, devorado por la impaciencia, atravesaba un jardín tenebroso, marchando sobre los largos charcos que en las ondulaciones de su terreno había causado la lluvia. Vefase al fondo, más negra que el negro celaje, la gran masa del palacio.

En medio de aquella masa de sombra se veía el reflejo de una luz dibujando el gracioso contorno de un ajimez al través de una vidriera de colores.

Aquel reflejo fué una especie de faro que guió el infante.

Adelantó seguido siempre de Ben-Tayde y de seis escuderos, y llegó á una galería cuyos grandes arcos y cuyas esbeltas columnas se distinguían apenas entre la sombra.

Una vez dentro encontraron una puerta franca por la cual se veía una magnífica arcada, una de esas arcadas festonadas, matizadas, doradas, que se ven aún en la Alhambra.

Una lámpara de seda, pendiente de la parte media de la rica techumbre de esta galería, la alumbraba languidamente.

De improviso se vió brillar una luz que adelantaba viniendo del fondo de aquella magnífica arcada.

Una sombra blanca traía en la mano aquella luz y se acercaba descuidada, sin haber reparado en ellos, á don Juan y á sus escuderos.

Aquella sombra esbelta, gentil, que respiraba juventud, dejó ver, cuando se hubo acercado, una niña como de quince años, con las largas trenzas rubias tendidas por delante sobre su blanco traje.

De improviso se vió rodeada por el infante don Juan y sus bravos escuderos, arrojó un grito ahogado, dejó caer la lámpara, y pálida como un cadáver, se quedó mirando espantada á don Juan.

—Recóbrate—la dijo en buen árabe el infante—; ningún daño te haremos; pero si no me obedeces, la eterna sombra será contigo.

La joven cayó de rodillas, y exclamó cruzando sus manos y levantándolas en un movimiento de inmensa súplica hacia el infante.

—¡No me matéis! ¡ah, no me matéis, por el misericordioso Allah!

El infante la levantó.

La pobrecilla temblaba como una gacela acorralada por los perros.

—Ningún daño te haré—la contestó con toda la dulzura de que era capaz el infante—si eres dócil á lo que yo pretendo de ti.

—¡Ah!—exclamó la joven reconociendo á pesar de su terror á don Juan—; yo te he visto en el Djene-al-Arife la noche en que se celebró la fiesta de las buenas hadas por el nacimiento del infante Ismail, mi señor; llevabas telas de oro y plata y rica pedrería: yo era una de las doncellas que hacíamos de buenas hadas junto á la cuna del infante. Yo pregunté á un buen caballero quién era aquel señor que el señor rey nuestro amo llevaba de la mano, y me dijo que tú eras el rey de castilla: un rey no puede ser perverso, señor, si no quiere que Dios le maldiga y se apodere de él Satanás.

—¡Ah, no! yo no soy malo—dijo el infante—, pero me cegó la luz de la hermosura de la sultana Zayda Fatima, y como el rey no quiere darla á nadie por esposa, yo vengo por ella, porque la sultana me ama.

—¡Qué te ama la sultana mi señora!—exclamó con asombro y ya más repuesta de su terror la joven.

—Sí—contestó el infante—; ¿no viste que dancé con ella?

—Se lo mandó su padre; tú eres, señor, el primer hombre que con la sultana Zayda Fatima ha danzado.

—En la danza la pedí amor, y la sultana me lo concedió; pero me dijo: mi padre ha consagrado á Dios mi castidad, yo no puedo ser tu esposa sino huyendo contigo; y la sultana me envió la llave de una de las entradas de este palacio.

El asombro de la joven doncella crecía, estaba muda, no podía comprender lo que la decía el infante.

—Ayúdame á cumplir los deseos de tu señora—la dijo éste—; llevame adonde está.

—En su cámara acabo de dejarla—dijo la niña—, consagrada á la lectura del Libro de la Ley.

—Guíame—dijo el infante.

Pronunció de una manera tan imperativa esta palabra, que la joven se volvió en la dirección que antes había traído, y emprendió su marcha, pero vacilante y como ebria.

De la arcada salieron á un bello patio cuyas galerías estaban iluminadas por lámparas.

Ningún obstáculo encontró el infante.

Aquellos lugares tan bellos, tan poéticos por el voluptuoso carácter de su soñada arquitectura, estaban completamente solitarios.

La joven doncella torció un ángulo de la galería de aquel patio, en cuyo centro, sobre un estanque, se desplomaba la lluvia, y se detuvo en el centro de otra galería delante de un arco magnífico iluminado por una lámpara de alabastro que pendía de la caprichosa ensambadura de la techumbre.

Una gran puerta de ébano incrustada de nácar, marfil y metales preciosos, cerraba aquel arco por la parte interior: un postigo de aquella puerta estaba entreabierto.

La joven le empujó y entró en una sala cuadrada maravillosamente labrada con una cúpula de estalactitas, semejante á una gruta de genios y de hadas, y alumbrada por una gran lámpara de nácar.

Al fondo había otro grande y magnífico arco, cubierto por su parte interior con un tapiz de oro y seda.

Cuatro braseros de plata y de preciosa forma, colocados en los ángulos de aquella sala, exhalaban el blanco humo de olorosas resinas, y templaban gratamente la atmósfera.

—Allí está la sultana—dijo con voz trémula la joven, señalando con una mano trémula también el tapiz de oro y seda.

Don Juan hizo una señal á los hombres que le seguían para que apartasen de allí á la joven doncella, y cuando esto fué hecho, adelantó rígido y sombrío hacia el tapiz.

Llegó á él, le alzó un tanto y miró al interior.

Era un retrete octógono de alta cúpula, sustentado en dos órdenes de columnas de alabastro, delicadamente labrado, pintado, dorado.

No le alumbraba más que la luz de una lámpara de oro puesta sobre una mesa redonda de precioso mosaico, y tan baja, que podía apoyarse en ella una bellísima joven sencillamente vestida, que estaba echada en unos almohadones.

La joven estaba abismada en la lectura de un gran libro que estaba abierto sobre la mesa, manuscrito en pergamino, con preciosos caracteres africanos en tinta azul y bellísimas miniaturas.

Aquel libro dejaba ver en los bordes de sus gruesas cubiertas filetes y broches de oro profusamente cincelados.

Las trenzas negras de la hermosa joven caían a plomo sobre el libro.

Una toca de finísimo cendal rojo adornaba de una bella y elegante manera aquella hermosa cabeza.

Una túnica roja también de anchas mangas perdidas venía a ser como un sobretodo, bajo el cual se veía otra túnica azul.

Este tocado y estas túnicas, a pesar de la riqueza de su materia, eran sencillísimas, y no tenían otros adornos que bordados negros formando arabescos en sus bordes.

Pero contrariando con la sencillez del traje se veían medio cubiertas por las trenzas que caían descuidadas, unas magníficas arracadas de oro y rubíes encendidos, de los que en aquel tiempo se llamaban carbunclos, piedra preciosísima y muy rara que centuplicaba el valor del diamante.

En la bella garganta tenía en múltiples vueltas una cadena de gruesísimos carbunclos ó rubíes intensos que valían un tesoro.

Por último los brazaletes, las pulseras que se veían en sus magníficos brazos desnudos, estaban también guarnecidos de gruesas piedras del mismo género.

La luz arrancaba de ellos destellos vivísimos.

Y todo aquel conjunto, la soberbia estancia apenas alumbrada por la luz de la lámpara, acreciendo su efecto por grandes penumbras, la actitud elegante é indolente de la joven, su bellísima cabeza, su encantador y melancólico semblante iluminado de lleno por la luz de la lámpara, un brazo admirable en que se apoyaba aquella cabeza, otra pequeña mano cargada de sortijas, que asta una de las hojas de vitela de aquel libro, pronta á volverla, la mesa de menudo brillante y delicado mosaico, el blanco humo de un pebetero redondo, todo esto, en fin, determinaba un cuadro de un efecto poderosamente ideal bello y fantástico.

El zumbir del viento por fuera y el continuo son monótono de la caída de la lluvia aumentaban aquel efecto mágico.

Pudiera decirse que el infante arrojaba su mirada avara en el misterioso apartamento de una hada que abstraía su pensamiento en la lectura del libro de su ley.

Tan hermosa parecía la infanta, tan en armonía con su hermosura su poético apartamento.

El infante se mantuvo algunos minutos absorbiendo este espectáculo.

Por un momento se olvidó de su ambición, y

sólo tuvo alma para aspirar la sensación voluptuosa, y pura á la par, que emanaba de la sultana Zayda Fatima.

Al fin, lanzando un hondo suspiro, [que demostraba que su corazón, desecado por la ambición, había sido galvanizado un momento por la belleza, levantó más el tapiz, y pasó y adelantó hasta colocarse muy cerca de la sultana, que no le sintió, porque la muelle alfombra de Persia había apagado el ruido de las pisadas del infante.

Este se encargó de que la sultana reparase en él, poniendo sobre la mesa la acerada punta del hacha de armas, en cuya ancha cuchilla, manchada de sangre, aún fresca, reflejó fatídicamente la luz de la lámpara.

Este objeto siniestro fué lo primero que la infanta vió al levantar su vista de sobre el Koran, excitada por el ruido desapacible que había producido al chocar sobre la mesa la terrible arma.

La sultana se incorporó, alzó su mirada, vió por completo al infante, y le reconoció.

Pintóse en su semblante una expresión de altivez y de desprecio infinitos, y dijo con voz firme y severa:

—¿Y eres tú ese que llaman rey de Castilla?

—Yo soy.

—¿Por qué estás aquí?

—Por ti, sultana.

—¿Qué sangre es esa que tiñe tu hacha?

—La de tus guardas—contestó sombríamente el infante.

La sultana se incorporó más.

—¿Conque no estás aquí por permiso de mi padre?—dijo.

—Aquí me han traído mi valor, mi fortuna y tu belleza.

La infanta se puso gravemente de pie.

—¿Y qué quieres?—preguntó.

—Sígueme.

—¡Que te siga!—contestó con un acento supremo, inmenso, la sultana; con una expresión tan universal, que en ella palpitaban el reproche, el desprecio, la protesta, el reto, la indignación, cuantos nobles movimientos puede tomar el alma de un sér digno, al sentir un incalificable ultraje.

—Si no me sigues de buen grado, me seguirás por fuerza—dijo el infante dando un paso hacia la sultana.

—¡Detente!—dijo ésta—no me toques, te sigo; pero ten en cuenta...—y desnudó un pequeño y

agudo puñal que tenía á la cintura—que en el momento en que tú ó uno de los tuyos se atreva á tocarme, me hiero.

El infante retrocedió como repelido por la sublime fuerza que emanaba de la altivez, de la mirada, del acento de la sultana.

—Al acometer alevosamente este palacio de mi padre—dijo la sultana—porque sólo por alevosía tuya ó por traición de mis esclavos has podido llegar hasta aquí, te has declarado enemigo de mi padre, y soy tu prisionera, en mala guerra, en una guerra digna de ti, avezado á las traiciones, acostumbrado al crimen, y ennegrecido por la sangre inocente que ha salpicado los muros de Tarifa.

El infante rugió como un tigre irritado.

—¿Qué puede importarle al traidor y al asesino—exclamó profundamente conmovida por su irritación Zayda Fatima—que le arrojen á la cara su alevosía, su infamia, su crimen! Silencio, don Juan, silencio! Una nueva traición tuya me ha puesto sin defensa en tu poder: te advino; necesitas tesoros por el rescate que de mí te dará mi padre; espéralos, pero respeta á la prenda de esos tesoros, porque si no, la prenda se destruirá á sí misma, y se habrán anegado en su sangre tus esperanzas.

—Yo te amo, sultana—exclamó el infante procurando dulcificar su acento áspero, frío, acorado;—te he pedido á tu padre, que se ha enojado conmigo por la petición, y me he visto obligado á hacer lo que hago para no morir al rigor de mi desdicha.

—¡Amor! ¿tú amor? Es el amor una pasión harto sublime para que puedas sentirla tú: ¡amor! ¿tú amor! tú no amas otra cosa que la sangre y la destrucción; tú no amas más que los cadáveres, de los cuales pretendes hacerte una escala para subir á un trono horrible: ¡amor! ¿tú amor! ¿ha querido Dios, por ventura, que amen los lobos? Ve, marcha, ya te sigo.

Y la infanta, recogiendo un magnífico haïque de cachemir á listas blancas, rojas y azules que estaba á los pies de los almohadones de donde se había levantado, se envolvió en él.

¡Ay de ti, sultana—dijo el feroz infante—si al atravesar por las calles de tu ciudad, hasta llegar á su muralla, apellidas socorro!

—Ve, marcha, te sigo—dijo la sultana—toda resistencia sería inútil, y me entrego confiada en la misericordia de Dios á mi suerte: marcha, ve, gufa.

Y la sultana sacó de debajo del haïque un brazo, y le extendió con tal energía, que el infante, como dominado por un poder magnético, se puso en marcha.

Y así, él delante y ella detrás, salieron del apartamento, atravesaron la magnífica antecámara, llegaron al patio, y encontraron á los siete escuderos, entre los cuales estaba la joven doncella á quien habían encontrado poco antes.

—Amina, mi pobre Amina—exclamó profundamente conmovida la sultana—¿tú también! ¡dejadla libre; ella no es hija de mi padre, y no puede servir de prenda.

—Atadla, tapadla la boca para que no pueda dar la alarma, y seguidme—dijo el infante.

Esta operación fué hecha en un momento, y abandonada Amina en el solitario patio, el infante delante, provisto de la lámpara que había dejado caer Amina, y que habían vuelto á encender los escuderos, desandaron el camino que habían traído, y entraron en el jardín.

La lluvia y el viento apagaron la lámpara; pero á pesar de la oscuridad, podía distinguirse el bulto de la sultana Zayda Fatima.

El infante temió se prevaleiese de la sombra para evadirse, y se detuvo bruscamente.

La sultana advinó su intento, y exclamó:

—Si uno de vosotros me toca, muero. Sigue, don Juan, sigue; no temas que tu prisionera procure librarse de ti: la es imposible; sigue, Dios vela por ella.

El infante continuó su marcha buscando el postigo, que al fin encontró, más que con la vista, con el tacto.

Salieron.

El infante replegó los escuderos que había apostado á la entrada de la calleja que correspondía al postigo, y atravesó, seguido de la sultana, la plazuela irregular que se extendía delante del Palacio de los Mirmoles.

Al ir á entrar por la calleja del centro, la infanta tropezó en un objeto abultado, y estuvo á punto de caer.

—Era aquel objeto el cadáver del pobre enamorado que en tan mala hora había entrado aquella noche en la plazuela.

—¡Oh, cuánta sangre cae sobre tu cabeza, don Juan!—exclamó Zayda Fatima.

Y siguió al infante, que se había aventurado por la calleja.

Detrás iban los veintiséis escuderos.

Ben-Tayde, delante del infante, guiaba en di-

rección al próximo muro de la puerta de Guadix, que debían ya haber escalado los otros cuatro escuderos que estaban fuera.

Ni una sola persona encontraron durante el camino.

Los granadinos dormían harto ajenos de que un cristiano robaba á su señor su joya más preciada.

Llegaron al fin al pequeño espacio descubierto por la ronda interior de la muralla.

Ben-Tayde silbó tenuemente.

Otro silbido tenue contestó en lo alto.

Se oyeron furtivos pasos que descendían por una escalera de las que de trecho en trecho conducían al alto andamio ó banqueta de las almenas.

—Y bien, Garcerán—dijo Ben-Tayde en voz baja á uno de los hombres que había descendido—: ¿tenemos seguro el momento? ¿Hace mucho que ha pasado la ronda de la guarda?

—Acaba de pasar, mojada y mohina, y no volverá tan pronto.

—¿Y la escala?

—Está asegurada á las almenas por la parte de afuera.

—Pues pronto—dijo el infante, que había escuchado aquel breve diálogo—; si no quieres que te obliguemos á seguirnos, síguenos, señora.

—Continúa—respondió Zayda Fatima.

Los cuatro que allí habían esperado á Ben-Tayde, el infante, la sultana y los restantes escuderos, subieron silenciosamente la escalera del adarve, y se vieron las sombras de los cinco primeros que se perdían por entre el claro de dos almenas.

El infante se detuvo junto á aquel claro.

—Y bien—dijo—, señora, ¿no permitirás que yo te baje en mis brazos?

—No—contestó la infanta.—Mi puñal está en mi mano: abajo, al pie del muro, tus escuderos; yo descenderé.

Y con un valor superior á su sexo, la infanta puso el pie entre las dos almenas, se volvió, buscó á tientas la escala, encontró la primera traviesa, y descendió.

El infante temblaba avanzado entre las dos almenas, sacando la cabeza, en la que, á ser de día, se hubiera visto una expresión de espanto, y que pretendía esclarecer con su candente mirada la sombra para seguir el bulto de la infanta.

—Cuando pasó un espacio de tiempo, el infante

para que la infanta hubiese bajado, don Juan se volvió y bajó á su vez.

Tras él bajaron los otros veinticuatro.

La escala quedó abandonada.

Se había puesto con mucho riesgo, y no era posible quitarla.

La marcha siguió, atravesando por el quebradísimo terreno, por el cual se extiende hoy el camino que conduce al Seminario del Sacro Monte.

A la media hora de marcha dieron en una profunda quebrada, en la cual había una litera sostenida por dos mulas.

La infanta entró en la litera, y don Juan la cerró.

Desde aquel momento la marcha fué apresurada.

Una hora después, habiendo pasado por la falda del Cerro de Aynadamar, y atravesado el camino de Guadix por bajo de El Fargue, y llegado al pie de la vertiente del monte á una cueva abierta en un profundo barranco, don Juan y los suyos se armaron con lorigas, capacetes, adargas, ballestas, espadas y venablas de golfines.

Luego continuó, á través de la sierra, por hondos barrancos y por horrendos bordes de precipicios, la marcha hasta el día.

Entonces se emboscaron en un lugar solitario, y esperaron la noche.

La infanta no quiso comer.

Temió la diésen en la comida algo que la adormeciese, y declaró que no comería más que huevos frescos.

—¡Huevos frescos!—murmuró el infante.—¿Y cómo buscarlos en tierra de moros, en que nos tendría por sospechosos el primer montañés que nos encontrase? ¿Cómo ir á las alquerías? Y bien; mañana al amanecer habremos llegado al Muradal: allí estamos en salvo, y encontraremos algunos bravos aventureros que tomar á sueldo. Dos días de ayuno no matan; adelante.

Y aquella noche, caminando á gran paso, atravesaron lo que les quedaba de tierra de Guadix y parte de la de Murcia, y al amanecer trepaban por las vertientes de la alta sierra del Muradal, frontera por aquella parte del reino de Castilla y del de Granada.

Habían hecho una marcha maravillosa, una marcha de gigantes.

Es verdad que el infante con Juan y sus escuderos eran hombres de hierro.

En el Muradal, habiendo tropezado el infante

con los golfines, tomó á sueldo cuatro jinetes armados, que eran los mismos que hemos visto precediendo y siguiendo á la litera en los Cigarrales de Toledo.

Una vez en tierras de Castilla, la infanta comió huevos frescos, que tomaba por sí misma en las alquerías de los nidos de las gallinas, y leche que veía ordeñar.

Tres días después llegaron á la casa fuerte de los Cigarrales de Toledo.

He aquí que la dama mora que hemos presentado en el retrete árabe de la casa fuerte de los Cigarrales era la sultana Zayda Fatima.

CAPÍTULO VIII

DE CÓMO ESCAPÓ ZAYDA FATIMA
DE LA CASA FUERTE DEL INFANTE DON JUAN

Conocía la infanta la historia de don Juan, aunque personalmente no le había conocido hasta el día de la fiesta de las buenas hadas de su hermano el infante Ismail.

Su padre se la había contado.

La sultana, con una perspicacia que hubiera podido llamarse presentimiento, había dicho á su padre:

—¿Y para qué tienes en tu reino á un tan mal caballero? Haz con él lo que hubiera hecho tu enemigo el rey de Marruecos: mátales; á los animales feroces y astutos se les debe matar dondequiera se les encuentre.

Si Mojammet-ben Nazar-el-Ansarí hubiera escuchado el consejo de su hija, hubiera ahorrado muchas desgracias futuras para sí, para la noble reina doña Maria y para los reinos de Castilla.

El rey Mojammet veía al infante á través de la política, y desatendió en mal hora los buenos consejos de su hija, que poseía un alma recta y se había horrorizado con la historia del infante.

Conociéndole pues, creyendo al infante capaz de todo, al verle delante de sí en el vedado interior del guardado Palacio de los Mármoles, comprendió que no tenía otro recurso que doblegarse á la situación ó morir.

La muerte no la espantaba por sí misma.

Pero le espantaba el dolor desesperado que su muerte causaría á su buen padre.

Por otra parte, imaginó, y no se engañó, que lo que más importaba á don Juan era tener una prenda tal del rey de Granada que bas-

tase para obtener á cambio de ella un inmenso tesoro.

—Aún no me amenaza la deshonra—pensó Zayda Fatima—; cuando me amenaze moriré. Ese infiel no podrá afrentar por mi medio las canas de mi padre.

Y bajo este pensamiento siguió al infante, amenazándole con darse la muerte en el momento en que se la hiciese la más leve injuria.

La infanta no comía más que como hemos visto: no dormía; no reposaba.

Exigía se la diese la llave de la habitación á que la llevaban, y obstruía por la parte interior, con los muebles que encontraba, la puerta, á fin de que el ruido la avisase si el cansancio la rendía.

En el retrete árabe de la casa de los Cigarrales, donde la hemos presentado por primera vez, estaba encerrada por dos puertas, y en la anterior había puesto una mesa y dos sillones que había encontrado en la antecámara.

Zayda Fatima velaba, como siempre, cuidadosa.

Un profundo silencio la envolvía, interrumpido solamente por el zumbir del viento.

Su bella frente parecía como nublada por un pensamiento profundo, por un proyecto atrevido.

Sus hermosos ojos negros se fijaban de tiempo en tiempo en el ajimez del retrete, y un ligero temblor la estremecía, vacilaba: al fin, como sucede á todas las almas enérgicas, después de la vacilación, sobrevino la resolución.

Durante el camino, la infanta había tenido motivo bastante para aterrarse.

Había visto el fuego de un amor impuro, único que podía sentir don Juan, en la sombría mirada de éste.

¿Con qué defensa más que con la de Dios podía contar aquella pobre joven?

Durante el camino y durante las paradas, había podido intentar una fuga; pero, ¿qué hacer una vez lograda aquella fuga en un país enemigo de su padre, en el que podía dar al primer paso con un nuevo señor, acaso más peligroso que el infante don Juan?

Entonces era distinto; sabía que estaba muy cerca de Toledo; que en él moraba una noble reina, enemiga, es cierto, de su padre, pero generosa y leal.

Por esto las miradas de Zayda Fatima se fijaban irresolutas en el ajimez del retrete.

Al fin, cuando se resolvió, cuando una firme decisión medió á las vacilaciones, se levantó y abrió el ajimez.

Una fuerte ráfaga de viento que penetró en el retrete retorciéndose en él, apagó la luz de la lámpara.

—¡Ah!—dijo la infanta—; el viento es más previsor que yo: he debido apagar la luz antes de abrir este ajimez, por temor de que la casa, como es posible, esté guardada por fuera; pero no, no lo está, no se siente nada: la noche es muy obscura, no se puede apreciar la profundidad. ¡Oh poderoso Allah! ¿Qué haré? ¿cómo la apreciaré? ¡Ah! la lámpara, sí, la lámpara que ya no sirve para nada.

Y se retiró del ajimez, buscó á tientas la lámpara de hierro que había alumbrado antes el retrete, la encontró, la tomó, se volvió al ajimez, esperó uno de los intervalos en que cesaba el viento, y cuando sobrevino dejó caer la lámpara y escuchó con atención.

La lámpara produjo un leve ruido hueco á poca profundidad.

—¡Ah!—dijo con alegría la infanta—, mi haïque, mi haïque basta.

Y le buscó en el lugar adonde había estado sentada.

Un haïque era una ancha tela más ó menos rica de seis ú ocho varas de largo, en que se envolvían las moras y se envuelven aún las bien acomodadas de las ciudades de Marruecos para salir á la calle, no dejando libres más que los ojos.

La infanta partió por la mitad á lo largo su haïque, que era muy ancho.

Retorció la una mitad y la ató por un extremo á la columna del ajimez.

La otra mitad la conservó para envolverse con ella una vez fuera.

Luego montó el alféizar del ajimez y se dejó caer á lo largo de la parte del haïque retorcida, llegando al suelo sin más accidente que haberse quemado las manos con el roce.

Una vez en el suelo ganó rápidamente la vuelta de la casa fuerte y vió al otro lado la masa informe del monte en que se asienta Toledo, y las luces en que se veían acá y allá á través de las ventanas de la ciudad.

La noche, aunque era obscura, no lo era tanto que no se pudiese distinguir el sondero que se tendía por la vertiente.

El Tajo dejaba ver un claro blanquecino cortado en un punto estrecho.

Aquel punto estrecho era el puente de San Martín.

Por el arco de su primera torre, se veía el débil reflejo de la luz que alumbraba la imagen colocada en el nicho de que ya hemos hecho mención.

La sultana, estremecida de frío y de ansiedad, que no de miedo, se envolvió en su medio haïque, y descendió rápidamente, llegando en pocos minutos al puente de San Martín.

Uno de los de la guarda, al reconocer en ella á una mora, la detuvo.

Zayda Fatima había contado con esto.

Afortunadamente hablaba el castellano, aunque mal.

Debía este conocimiento á una cautiva cristiana, que el rey, su padre, la había dado por esclava.

—¿De dónde vienes tú, hija del diablo?—la preguntó el zafio soldado que había sido su primer tropiezo, y que como todos los castellanos, sentía un odio á muerte contra los moros.

—Llévame á tu reina—contestó Zayda Fatima.

—Y es verdad—dijo el soldado—¿á quién hemos de llevar una mora que se nos viene encima más que á la reina? Pero deja que avise á mi capitán.

—¡Ah! ¿hay con vosotros capitán?—dijo Zayda Fatima—llévame á él.

El soldado introdujo á la infanta en el estrecho y negro aposento destinado al capitán de la guarda de la puerta.

Era éste un viejo y francote soldado, que al ver á la infanta, y al reconocerla por mora, abrió enormemente los ojos y la boca.

—¡Ah, pardiez, esto por aquí!—dijo—¿de dónde has salido, mora?

—Vengo de Granada,—contestó Zayda Fatima—porque allí he tenido noticias de vuestra reina, y he querido conocerla: llévame á ella.

—¡De Granada! ¿Vienes tú de Granada, y sola?

—Sola.

—¡Y sin tropiezo!

—Sin tropiezo.

—Y pareces mora principal.

—No sabes cuán principal soy y que si no me llevas al punto á la noble y buena reina de Castilla, podría venirte mal.

Afortunadamente, Zayda Fatima tenía cubiertas por completo con el haïque sus riquísimas alhajas, que eran las mismas que dijimos tenía sobre sí la sultana cuando la sorprendió el infante don Juan.

Y por más fortuna, el no sé qué de majestuoso y de imperativo, que como una cualidad de su sér se desprendía de la princesa, impusieron respeto al capitán, que no se atrevió ni aun á pedirla que se descubriese.

De otro modo, de tal manera habían corrompido y desmoralizado las continuas guerras civiles, las continuas traiciones á aquellos aventureros sin honor y sin fe, siempre dispuestos á servir al que mejor les pagaba, sus alhajas hubieran matado á la sultana.

El Tajo corría silencioso bajo el puente, y se le podía confiar un cadáver.

Pero el capitán se sintió puesto en respeto por la actitud, por el acento, por la grandeza que se desprendía de la sultana, y dejando encargada la guarda á un segundo, se encaminó con la infanta al alcázar viejo.

Apenas habían entrado en él, cuando un caballero, como de treinta y cinco años, hermoso, grave, y con rico traje y ricas armas, en armonía con su linaje, al parecer esclarecido, se encontró al pie mismo de las escaleras con Zayda Fatima, y casi tropezó con ella.

—¡Ah! ¿qué es esto, capitán Ruidarias?—dijo el caballero—¿qué mora es ésta?

—Yo, no lo sé, mi señor don Alfonso Pérez de Guzmán—contestó Ruidarias.

—¡Ah!—exclamó con vehemencia Zayda Fatima, interrumpiendo bruscamente al capitán—¿eres tú, señor, el buen alcaide de Tarifa?

—Sí—contestó Guzmán el Bueno—¿y tú quién eres, señora?

—Yo soy—contestó la infanta—la sultana Zayda Fatima, la hija más querida del rey de Granada.

—¡Tú, tú hija del rey de Granada!—exclamó con asombro Guzmán.

—¡Sí! ¡yo!—exclamó Zayda Fatima—yo, desdichada, robada por el traidor que te mató á tu hijo.

—¡El infante don Juan!—exclamó palideciendo mortalmente y dejando ver una expresión terrible en un relámpago sombrío de sus negros ojos Guzmán el Bueno—¡el infante don Juan! ¿y dónde está?

—En Toledo—contestó Zayda Fatima.

—¡En Toledo! Ven, ven, señora, este lugar no es digno de ti, ni á propósito para la conversación que tenemos. Id, capitán Ruidarias, y gracias por el buen servicio que habéis hecho á la señora infanta, hija del rey de Granada, trayéndola al alcázar.

Tales eran las creencias de aquellos tiempos, que hasta en los reyes enemigos é infieles se respetaba la dignidad real.

—Espera, espera un momento, capitán cristiano,—dijo la sultana—no quiero que te acuerdes de que has hablado conmigo, de que me has servido y amparado, sin que acompañe á tu recuerdo una memoria mía.

Y sacó de debajo de su medio haïque sus manos, dejándolas ver cargadas de riquísimos anillos, y dió uno de ellos, con un grueso diamante de gran valor, á Ruidarias.

Este se inclinó, besó la mano á la infanta como en acatamiento de su estirpe real, saludó reverentemente al héroe de Tarifa, y se alejó murmurando:

—¡Ah, simple de mí! ¡y he tenido en mi poder un tesoro, y le he traído á ciegas al alcázar!

Guzmán asió de la mano á la infanta y subió con ella las anchas escaleras de mármol.

En la mano de Guzmán, en aquella robusta mano acostumbrada al peso de la lanza, no se sentía movimiento alguno que revelase la más leve conmoción, á pesar que se revolvía terrible su espíritu por la noticia de que el infante don Juan, el asesino de su hijo, estaba en Toledo.

Por el contrario, la pequeña y mórbida mano de la infanta, de aquella valiente joven que hemos visto imperturbable en situaciones terribles, ardía y temblaba.

A causa de la gravísima situación que encerraba en aquellos momentos el alcázar, situación que amenazaba resolverse de un momento á otro con la muerte del rey don Sancho, había en el alcázar un gran tráfico; subían y bajaban por las escaleras; discurrían por galerías y antecámaras, soldados, pajes, escuderos, caballeros, próceres, prelados.

Nadie, sin embargo, aunque todos los que encontraban á Guzmán el Bueno y Zayda Fatima, miraban con extrañeza á esta última, detuvieron ni un solo momento á Guzmán para preguntarle.

Rodeaba al heroico alcaide de Tarifa una majestad imponente, que todos respetaban; le rodeaba la aureola esplendorosa de sus grandes

hazañas, y circula su cabeza la roja aureola del martirio del corazón del padre, antes que padre caballero, que había acrisolado su lealtad y su altivo valor con la sangre de su hijo en servicio de su señor natural.

Guzmán el Bueno había llegado á hacerse para todo el mundo una especie de ser fantástico, sobrenatural, terrible, admirable, respetable.

El rey le hablaba con veneración; los demás no le hablaban sino cuando él preguntaba.

Era una majestad de hecho. había asombrado á su generación, sobreponiéndose á ella.

La reina doña María veía en él su esperanza y su espada.

Los ambiciosos le miraban con sobrejo y con odio: era la roca que encontraban á su paso.

Sin que los detuviesen un solo momento, como hemos dicho, pero causando el asombro de todos, Guzmán llegó por intrincadas galerías, llevando siempre de la mano á la sultana Zayda Fatima, á la antecámara de la reina doña María.

Ni guardias ni camareros le atajaron el paso.

Pero cuando se dirigió á la mampara de cuero de Córdoba que cerraba la cámara de la reina, el balletero hidalgo de maza que, armado de los pies á la cabeza, daba la guardia, le atajó respetuosamente:

—No podéis pasar, señor don Alfonso—dijo—: su señoría la reina ha mandado que no se deje pasar á nadie.

—Yo soy algo más que nadie—contestó gravemente Guzmán, pero sin altanería.

—No soy yo quien os detiene—repuso el balletero—, sino la reina mi señora.

—Esperemos—dijo Guzmán—; pero es extraño se cierre para mí la cámara de su señoría: ¡qué será!

Y Guzmán el Bueno llevó á un sitio á la sultana Zayda Fatima, que se sentó en él quedando inmóvil y profundamente pensativa, y Guzmán se puso á pasear delante de ella, abismado también en hondos pensamientos.

Veamos por qué la reina doña María había dado orden á sus continuos de que nadie, absolutamente nadie, penetrase en su cámara, ni aun sus damas.

Esto consistía en que la reina había recibido, con grande asombro suyo, al infante don Juan.

Al verle se inmuto; no podía esperar nada bueno de la presencia del infante en el alcázar, en los momentos en que agonizaba el rey.

El infante había llegado encubierto hasta la

cámara de la reina, habiendo exigido secreto bajo juramento al capitán que le había introducido y anunciado.

El infante estaba armado de todas armas y de una manera extraña, como los golfines del Muradal, ante la reina doña María, en los momentos en que el expirante rey don Sancho tenía su última y dolorosa plática con su primo el joven infante don Juan Manuel.

—Vengo á veros, hermana—dijo el infante don Juan, sin doblar la rodilla ni aun besar como dama la mano á la reina—, para que me abráis paso hasta el lecho de mi hermano moribundo.

—¡Yo!—contestó la reina mirando severamente y sin asomo de temor al infante.—¡Que os lleve yo hasta el lecho de mi esposo y mi señor para que amarguéis su ya dolorosísima agonía! ¡Y para que os lleve junto á él se me os presentáis de improviso, ceñida la loriga, la adarga á la espalda, el capacete en la cabeza, empuñada el hacha; en una palabra: en son de guerra! ¡Ah, que sois bien temerario, infante don Juan! ¿Cómo os habéis atrevido á llegar hasta aquí, cuando rebelde al rey, vuestro hermano mayor, vuestro señor natural, os creíamos todos, y el mismo rey, perdido allá entre los moros, vuestros buenos amigos?

—Mirad, hermana—dijo tranquilamente el infante sacando de entre su loriga la real cédula que ya conocemos.

Doña María la leyó y dudó.

Tan perfecta era la falsificación.

—Ya lo veis, señora—dijo el infante—: mi hermano y señor el rey vuestro esposo, que antes que padre de sus hijos es padre de sus reinos, me llama viéndose cercano á la muerte.

—¡Ah—exclamó la reina doña María—, y cómo abusáis, hermano, del buen corazón que para vos he tenido y tengo! ¿Cómo sabéis que doña María Alfonso de Molina no levantará la voz para llamar á los suyos, á sus leales caballeros, y haceros prender para castigaros! ¡Ah, esto es inconcebible! No tenéis ni corazón ni entrañas; parece que la sangre que os alienta no os ha venido de ninguna parte. Vivís con vos y para vos solo; os habéis propuesto llegar á vuestro intento, y nada perdonáis, nada: yo no puedo miraros sino con compasión; vos no estáis en vuestro juicio, infante don Juan. Dios ha levantado de sobre vos su mano, y corréis ciego por el camino de vuestra perdición.

—Os escucho tranquilo, hermana, ya lo veis

—contestó el infante, en el que, á pesar de sus protestas de tranquilidad, se sentía hervir su siniestra cólera—; me llamáis rebelde, y vos sois, perdonadme que os lo diga, la que en estos momentos ejecutáis la rebeldía contra los mandatos del rey vuestro señor y mío: ¿por qué entretenernos en inútiles disputas, cuando el señor rey mi hermano agoniza, cuando llamado por él estoy aquí? Os ruego, señora, me franquéis las puertas de la cámara de mi hermano moribundo.

—¿Qué pensamiento infernal se revuelve en vuestra cabeza, infante, que así os hace atropellar por todos los miramientos y aun por vuestra propia seguridad? ¡Ah, sí! Venís audazmente á pesar sobre la debilidad, sobre las angustias de un rey moribundo; venís con las manos crispadas por la ambición á arrancar la corona de las sienes de vuestro hermano, como si esto fuera una empresa fácil, como si doña María Alfonso de Molina no estuviera resuelta, confiando en Dios, para arrostrarlo todo, todo, hasta el martirio, cumpliendo con sus sagrados deberes de esposa y de madre.

—¡Madre! ¡Esposal!—exclamó el infante—: ¡madre! ¡esposal! Sí; pero madre de hijos bastardos que no pueden ser llamados á la sucesión de la corona.

Pasó una agonía infinita por los ojos de la reina; palideció, é instantáneamente se enrojeció su semblante, no por la vergüenza, sino por el sentimiento de la injuria: se puso la mano sobre el corazón, como si hubiera temido que se le rompiese; alzó con una expresión sublime sus hermosos ojos al cielo, como buscando su fortaleza en Dios, y exclamó con voz opaca en que se revelaba la fatiga del alma:

—¡Acabo de escuchar la primera terrible voz de la guerra civil que ha de levantarse sobre el cadáver de mi esposal! ¡Y es su hermano quien me deja escuchar esa horrenda voz! ¡Bastardos mis hijos! ¡Bastardos, Dios mío! ¡Y yo, yo la mujer ilegítima, la mancebal...! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Sí, sí! ¡Es cierto: sobrina soy del santo rey don Fernando; cuyo espíritu me acorra en estos terribles momentos de prueba! ¡Nieto es mi esposo de aquel santo rey: es mi sobrino! Nuestro Santísimo Padre no ha dispensado el parentesco, cierto; pero estas dispensaciones son comunes entre reyes, y aun entre los que no lo son: ¿que no se ve en esto la mano del rey de Francia, tío de los infantes de la Cerda, que oprime al Papa y le amenaza y le impide por la fuerza de una

manera sacrílega nos otorgue á mi esposo y á mí la dispensación del parentesco que se ha otorgado á todos los reyes? ¿Y creéis que Castilla sea tan injusta que se sujete, para un asunto tan grave como la sucesión á la corona, á dificultades promovidas por nuestros comunes enemigos? No, infante, no: haceos atrás; la corona que buscáis no está aquí. Id, buscadla en el campo, levantad en abierta rebelión vuestro estandarte; yo lanzaré contra él el mío, confiando en Dios y en el derecho de mi hijo, y el Altísimo dará ó quitará la victoria á quien fuere su voluntad. Venid, infante, venid; voy á daros un salvoconducto y á abrir os una salida por la que podáis poner os en salvo: no será la primera vez que esto sucede, ni os pido un agradecimiento que no os he debido, cuando una y otra vez he salvado vuestra cabeza.

—Señora—contestó el infante, trémulo ya de cólera—, mi lugar está al lado de mi hermano moribundo; hacedme plaza.

—¡No!—contestó con una imponderable firmeza la reina, cubriendo la puerta por donde se podía pasar á la cámara del rey.

—Por última vez, señora, os ruego que no me impidais el paso; oído bien: por última vez; de no, pasaré.

Y el infante, frenético, blandió su hacha de armas, olvidándose de que estaba ante una dama, ante una esposa cuyo esposo moría, ante una madre que defendía los derechos de su hijo.

Don Juan confiaba en la división de los bandos, en las ambiciones de los grandes señores, con cuya parcialidad contaba, porque no pudiendo ser reyes, no podían aspirar todos á la tutela del joven rey, dado caso que se proclamase al infante don Fernando.

Contaba de otra parte con el horror que los trabajados pueblos castellanos debían tener á la guerra civil, y lo esperaba todo de la debilidad de su hermano moribundo.

¿Qué importaba que tuviese que desmembrar su corona, engrandeciéndola con pingües señoríos á su tío el infante don Enrique, á los Haros, á los Laras, y que Aragón le arrebatase una buena parte, por mantener imposibilitados de demandar todo derecho con las armas á los infantes de la Cerda?

Lo importante era cefir la corona, aunque desmembrada: después había tiempo de arrancar á los coadjutores de aquella traición el precio de la traición.

El infante don Juan no encontraba ante sí más que un obstáculo que creía muy débil: la reina, y estaba dispuesto á pasar por encima.

La falsificación de un llamamiento del rey don Sancho de nada había servido: la reina había hecho respecto á él lo que hacían nuestras antiguas ciudades respecto á los ordenamientos reales que atacaban sus fueros, sus derechos ó sus conveniencias: le guardaba y no le cumplía.

El infante, pues, se veía obligado á usar de la violencia, y había llegado el momento.

Pero la reina se alzó inmensa, impávida, formidable, alentada por su gran corazón, y en el momento en que el infante enfurecido, olvidado de todo, blandía su hacha de armas, gritó con voz potente:

—¡A mí, mis caballeros! ¡a mí, mis leales!

Aún no había acabado de pronunciar la reina estas palabras, cuando se abrió de improviso la puerta de la cámara y aparecieron y se precipitaron dentro las tres únicas personas que había en ella: Guzmán el Bueno, la sultana Zayda Fatima y el ballestero hidalgo de maza.

Don Juan lanzó un rugido de fiera cogida en trampa; revolvió en torno suyo la feroz mirada; vió á don Alfonso Pérez de Guzmán, y retrocedió aterrado.

Guzmán reconoció al infante, le vió armado en la cámara de su señora, y palideció de furor. Toda la sangre de su hijo don Pedro pasó por delante de sus ojos, tiró de la espada, y se fué mudo y terrible como el león irritado sobre don Juan, á tiempo que el ballestero armaba un venablo en su ballesta.

—¡Teneos, caballeros, teneos!—dijo con sobrealiento la reina, cubriendo el cuerpo del infante; ¡no le mateis!

Guzmán el Bueno se detuvo, dejó caer desalentado la punta de su espada, y el ballestero desarmó la ballesta.

Otra vez salvaba la reina á su cruel enemigo, al rebelde, al miserable; otra vez era bueno Guzmán el Bueno, dejando de vengar la muerte de su hijo por lealtad, por veneración á la reina.

La infanta Zayda Fatima, enrollado su háique, ostentando su severa y magnífica hermosura, fijaba una mirada de asombro y de amor á un tiempo en aquella noble reina.

Guzmán el Bueno temblaba.

Se pasó la mano por la frente, y envainó la espada.

—Retiraos á vuestra guardia—dijo la reina al ballestero, que se inclinó y salió.

—Esperad—continuó la reina.

Y fué á su mesa, tomó un pergamino, escribió, selló el pergamino, lo enrolló, y lo dió al infante.

—Tomad—le dijo—y atravesad libremente los reinos de vuestro hermano.

El infante, dominado por la presencia de Guzmán el Bueno, tomó el pergamino maquinalmente.

—Don Alfonso Pérez de Guzmán—dijo la reina—sacad fuera de Toledo el infante, y juradme por vuestra fe de cristiano y vuestra honra de caballero que se apartará de vos libre y salvo.

—Lo juro, señora—contestó Guzmán.

—Pues bien, salid, salid, y que Dios os toque al corazón, hermano.

El infante salió siguiendo á Guzmán, después de arrojar una mirada de reto y de amenaza á doña María, y otra indescriptible á Zayda Fatima al pasar junto á ella.

Aún no se habían perdido las pisadas de Guzmán y del infante, cuando la reina se dejó caer desalentada sobre un sillón, exclamando:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, dadme fuerzas!

Zayda Fatima había quedado como olvidada en la cámara.

Se acercó á la reina, é inclinándose junto á ella, la dijo:

—Confía, señora, en el Dios altísimo y misericordioso: él protege á los reyes, él protege á las madres.

La reina alzó la cabeza, vió á la infanta, y exclamó:

—Vos sois extranjera: ¡ah! vos sois mora; ¿quién sois?

—Sí, y la infanta Zayda Fatima, hija, y la más querida, del rey de Granada.

—¡Vos! ¡una infanta mora!

—Sí, una infanta mora que te ama y te venera, y que se alegra al fin, porque te conoce, de la traición que la ha traído hasta tu corte y hasta tu cámara.

—¡Traición! ¡traición! ¡siempre esa palabra terrible retumbando en mi oído!—exclamó la reina; ¡y á vos también os han traicionado?

—Sí, sí, señora: el que nace traidor lo es para todo el mundo.

—¡El! ¡el infante!

—Sí, sí, señora: el que se llamaba en Grana-

da rey de Castilla; ¿pero qué importo yo? estás demudada, llorosa, agitada, muriendo, señora: el buen alcaide de Tarifa me lo ha revelado todo en esa estancia inmediata; tu esposo muere; los traidores pretenden robar á tu hijo su corona: ¡ah! ve, ve al lado de tu esposo moribundo; yo aguardaré rogando por tu esposo, por ti, por tus hijos al Altísimo: la infanta Zayda Fátima te ha visto generosa y grande, y te ama.

La reina no contestó, rompió el llanto que se agolpaba á sus ojos, asió con ambas manos la hermosa cabeza de la infanta, y la besó en la frente.

En aquel momento se levantó el tapiz de la puerta que ponía en comunicación la cámara de reina con la del rey, y apareció profundamente conmovido el joven infante don Juan Manuel.

—Prima y señora—dijo acercándose á ella, doblando una rodilla y besándola la mano—, el rey, mi señor, os llama; llama á su hijo el infante don Fernando; acudid, acudid pronto, porque el rey muere.

La reina se alzó de una manera nerviosa y se dirigió vivamente á la puerta por donde había entrado el infante don Juan Manuel.

Pero se detuvo; no olvidaba nada.

—Primo infante—le dijo—, haced que mis dueñas y mis doncellas acomoden y sirvan á esa señora infanta, hija del rey de Granada.

Después de esto, entró desolada, estremecida, por la puerta que conducía á la cámara del rey.

La reina encontró gravemente postrado á Don Sancho; había agotado sus fuerzas y su sentimiento en su conversación con el infante don Juan Manuel.

Una tos débil ya, porque las fuerzas del moribundo concluían, pero penosísima y terrible, le agitaba.

El rey estaba solo.

La reina, temblando, llorosa, llena de una amargura y de un desconsuelo imposibles de describir, se acercó al lecho y sostuvo al moribundo por algún tiempo.

El rey no podía hablar.

Se asió con sus manos trémulas á la reina y permaneció con la cabeza reclinada sobre su seno y agitado siempre por aquella tos de muerte.

—¿Y mi hijo, y mi hijo?—exclamó al fin, pronunciando mal sus palabras, entrecortadas por el a tos.

—Reposad, reposad tranquilo, señor; en cuan-

to á vuestros hijos, su madre velará por ellos; su madre combatirá, luchará y vencerá con la ayuda de Dios.

—¡Dios! ¡Dios!—exclamó el moribundo—; Dios está irritado contra nosotros; Dios ha maldecido nuestra raza; mi agonía es terrible, señora; me parece que sobre mí pesa la mano vengadora del Señor.

—¡Ah! no; confiad en su misericordia—dijo la reina conteniendo sus lágrimas por no afectar más al real moribundo.

—Confío—exclamó Don Sancho—en que Dios oirá vuestra plegaria, en que Dios os acorrerá y os dará fuerzas para pelear contra los traidores; no os fiéis de mi tío el infante don Enrique; sus veintiséis años de prisión no le han corregido; es siempre el ambicioso sin freno; le he nombrado tutor de mi hijo al par vuestro, por ver si de este modo satisfago en alguna manera su ambición; pero sed cauta para con él; no os fiéis de él, que es un miserable; desconfiad de los Haros y los Laras, pero apoyaos con toda vuestra confianza en don Alfonso Pérez de Guzmán; él es nuestra única esperanza, señora; él combatirá por mi hijo como combatió por mí en Tarifa; en cuanto á mi hermano el infante don Juan...

—Vuestro hermano está en tierra de moros—contestó la reina—, y bien guardado, según noticias. Además, vuestros reinos no le quicren; no es temible.

—Guardad, señora, guardad; nuestros reinos están dominados por traidores; la rebelión no nace de los pueblos, sino de los próceres; la pobreza de nuestros vasallos les inclina á servir al que más les paga; el infante don Juan es nuestro más terrible enemigo; él no reparará en nada por ocupar el trono que yo dejo vacío. Oidme, oidme, aunque sea terrible que un moribundo que va á comparecer dentro de poco en la presencia del Señor os aconseje la destrucción, la sangre; Dios sabe cuál es mi intención; como padre, como rey, tengo el derecho de aconsejaros todo lo que es necesario para asegurar mi herencia á mi hijo primogénito; como rey, además, debo velar aún para después de mi muerte por la felicidad que no he podido ¡desdichado! dar á mis pobres reinos, sentenciados por mí á una continua guerra civil; matad al infante don Juan, señora, matadle, porque matándole habréis ejercido justicia, porque matándole habréis asegurado la corona de vuestro hijo y habréis evitado las desgracias de mis reinos; no os mue-

va vuestra piedad; tened en cuenta que la misericordia no puede ejercitarse con menoscabo de la justicia; tened en cuenta que los que hemos nacido para gobernar á los hombres, tenemos la obligación de fortalecer nuestra alma, de afrontar la sangre cuando la sangre de los que se rebelan puede evitar nuevas rebeliones, nuevos trastornos, nuevas desgracias á los reinos que Dios nos ha confiado para que los gobernemos; mirad, señora, que la clemencia puede ser y es muchas veces funesta; no detengáis nunca la espada de la justicia; que caiga sobre los que la han ofendido, y de esta manera, aunque hayáis amargado vuestra alma, aunque la sangre os haya cegado, habréis cumplido con el sagrado encargo que habéis recibido de Dios.

—¡Sangre, siempre sangre!—exclamó llorando doña María.

—¡Sí, sangre, siempre sangre de traidores! Yo he debido morir bajo el cuchillo del verdugo; yo, que he dado el mal ejemplo de una rebeldía horrenda á mis vasallos; yo, que ahora me estremezco pensando en una rebeldía de los traidores contra mi hijo, contra vos... ¡Ah!, sí, sí, herid, herid sin compasión con la espada de la justicia, que mientras la espada de la justicia niera y no la del odio ni la de la tiranía ó la de la venganza, habréis servido como reina al Señor.

La tos del rey se hizo mucho más penosa.

El hervidero de su pecho era horrible.

Tuvo algunos minutos de penoso silencio; parecía como dominado por un deseo; la reina sentía correr su frío sudor.

—Don Alfonso Pérez de Guzmán—dijo al fin el rey—; que venga, quiero hablarle, quiero despedirme de él, quiero confiar, de él para mí, la tutela de mi hijo, el amparo de mi esposa á su espada; él no necesita de pomposos títulos, él no ansía riquezas, él es el mejor caballero que ha sido vasallo de rey.

La reina fué á una pequeña puerta situada detrás del lecho, llamó, acudió un camareño y recibió la orden de buscar á Alfonso Pérez.

La reina volvió al lado del rey.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—dijo Don Sancho, con una fatiga inmensa—; yo me ahogo, María, me falta la respiración; acaso Dios no me concederá tiempo para que yo hable con ese buen caballero; ¡mi hijo, mis hijos, mi corte, que vengan todos aquí!

Y un nuevo acceso de tos cortó la palabra del rey.

Doña María fué á otra puerta de la cámara, llamó y dió algunas órdenes.

Poco después entraron con sus ayos el infante don Fernando, el infante don Felipe y la infanta doña Isabel, los prelados de Toledo, de Sevilla, de Avila, de Segovia, el confesor del rey, el infante don Enrique, don Diego López de Haro, don Juan Núñez de Lara, el infante don Juan Manuel, los altos dignatarios de la corona, los altos oficiales de la casa del rey, y el último, Guzmán el Bueno, que se quedó sombrío, pálido, pensativo, en el fondo de la cámara y como ocultándose de todo el mundo, mientras que la mayor parte de los cortesanos procuraban hacerse ver del rey, como esperando que el rey se acordase de ellos en sus últimos momentos.

Así es la corte: los que menos sirven se ponen más frente á los reyes buscando sus favores, mientras que los leales se esconden en la sombra.

El rey procuró en vano dirigir algunas palabras á los infantes, á los prelados y á los ricos hombres.

Al fin, haciendo un violento esfuerzo, dijo con la voz entera, como si Dios para solo aquello le hubiera devuelto sus fuerzas:

—Mis primos, infantes y ricos hombres, mis buenos padres los prelados, mis buenos servidores, mis caballeros, yo encomiendo á vuestra lealtad á mi buena esposa la reina doña María; yo os encomiendo al rey, mi hijo, á mis hijos los infantes; yo os bendigo por vuestra lealtad si á ella fuéreis fieles, y os maldigo si á ella faltareis; primo don Juan Núñez de Lara—añadió el rey, cuya voz era á cada momento mas débil, dirigiéndose á aquel magnate—; bien sabéis que llegasteis á mí mozo, sin barbas, y os hice mucha merced, primero dándoos un muy buen casamiento y después tierras y caudal; ruegocos, pues yo estoy en tan mal trance como me veis, que nunca de vos se vea desamparado el infante don Fernando, mi hijo, hasta que tuviere barbas; y si así lo hiciéreis, Dios os lo premia, y si no, os lo demande en el punto en que más necesidad tuviéreis.

—Señor—respondió don Juan Núñez de Lara;—yo conozco que todo lo que me pedís es justo, y os hago pleito homenaje por ello, y si no, Dios me lo demande, amén.

—Dios me llama—dijo el rey—; respetad y

temed la vez de los moribundos... ¡Mi hijo, mi hijo el infante don Fernando! ¿Dónde está?

El rey tenía ya los ojos turbios.

Sus manos trémulas se extendían hacia el lugar donde suponía á su hijo.

El infante, que apenas tenía diez años, asustado, conmovido, pálido, lloroso, se arrojó é hincó una rodilla en un escabel que estaba junto al lecho.

La reina doña María sostenía al rey.

Este puso sus manos trémulas sobre la cabeza de su hijo, y exclamó:

—Infante don Fernando, mi hijo, yo os doy toda la bendición que puedo daros.

Luego hizo que trajesen á sus hijos, y los bendijo también.

Después, como si hubiera agotado sus fuerzas, cayó sobre los almohadones del lecho.

La corte se fué retirando.

Sólo quedaron el infante don Enrique, don Juan Núñez de Lara, don Diego López de Haro y la reina.

Guzmán el Bueno había salido el primero de la misma manera que había entrado el último.

El rey lanzó en torno suyo una mirada turbia.

—¿Dónde está—dijo—mi buen defensor de Tarifa? Llamadle.

El infante don Enrique, don Juan Núñez de Lara y don Diego López de Haro, no pudieron contener un movimiento de impaciencia.

—Llamadle, mi buen tío—dijo el rey al infante don Enrique—; os dejo en Guzmán el Bueno una valiente espada y un noble corazón para que os ayuden á defender de traidores á mi mujer la reina y al rey mi hijo, que vuelvo á encomendaros. ¡Id, mi noble tío, hacedme la merced de traer junto á mí á don Alfonso Pérez de Guzmán.

El infante salió.

Poco después entró seguido de Guzmán el Bueno.

—Acercaos—le dijo el rey—; acercaos más, que yo os vea por la última vez; vuestra mano, don Alfonso; no se despiden de vos vuestro rey, sino vuestro amigo.

—¡Ah, señor!—exclamó Guzmán arrojándose á los pies del lecho, asiendo las heladas manos del rey y besándolas.

Y algunas ardientes lágrimas del caballero cayeron sobre las manos del rey.

—Don Alfonso—exclamó Sancho IV—, velad por mi esposa, velad por mis hijos.

Y al acabar estas palabras, para las que había hecho un violento esfuerzo, cayó.

La reina dió un grito espantoso.

La manera de desplomarse el rey sobre los almohadones, la había aterrado.

En efecto, Sancho IV había muerto en el mismo momento en que acababa de confiar á Guzmán el Bueno su esposa y sus hijos.

Guzmán se alzó terrible y exclamó:

—Descansa en paz, buen rey; yo guardaré la corona de tu hijo como te guardé tu villa de Tarifa.

LIBRO PRIMERO

Zayda Fatima.

CAPITULO PRIMERO

EL CABALLERO DEL ÁGUILA ROJA

Era la caída de una apacible tarde de Abril del año 1293.

Estamos en el centro de la selva del Abrojo, como á dos leguas de Valladolid.

Los seculares pinos se elevan gigantescos, y el aura de la tarde produce en sus copas un ruido triste que aumenta la solemnidad pavorosa de aquellos lugares.

El terreno está cubierto de un musgo espeso; una senda poco hollada se retuerce entre el pinar, y un pequeño y ruidoso arroyo serpentea cruzando y recruzando la senda y como enredándose con ella.

En una pequeña eminencia entre cuatro pinos, levantada como dos metros del terreno, y sirviendo de apoyo á los maderos que forman su base los troncos de los pinos, hay una gran choza cubierta de retama, á la que se sube por una rústica escalera portátil.

Esta choza tiene en uno de sus lados una puerta en que se apoya la escalera: en cada uno de los otros lados una ventana.

Cada una de estas tres ventanas está resguardada por una vidriera ordinaria, lo que no deja de ser extraño en una choza.

Los maderos que forman las traviesas y la armadura de esta construcción selvática, así como la empinada techumbre, afectan la forma gótica de una manera ruda.

Las paredes se componen de brazos de pino.

unidos entre sí por fuertes ligamentos, y están revestidos de una argamasa gredosa.

Subamos por la escalera portátil, empujemos la rústica puerta y entremos.

Nos encontraremos en un espacio como de diez varas en cuadro por otras tantas de altura en las paredes, y otras tantas hasta la vértice del ángulo agudo de la techumbre.

Mirando hacia este vértice veremos un cruzamiento de maderos que constituyen la armazón.

En el centro hay un hogar cubierto por una gran campana.

Tanto el pavimento como las paredes están revestidos de una argamasa fuerte.

El humo del hogar ha dado á aquellas paredes y á aquella techumbre un tinte demasiado oscuro.

Hay en un ángulo, á la izquierda de la puerta, un lecho compuesto de una tarima, de un jergón, de dos mantas de lana y de un cabezal ordinario.

Junto á la cama hay colgado de un escarpia un arnés de guerra de punta en blanco; sobre el arnés, pendiente de la misma pared, una grande adarga; á la derecha, colgadas de escarpas más pequeñas, una pesada hacha de armas y una larga espada de dos manos; á la izquierda, en un astillero, una lanza; más allá de la cama, en el suelo, apoyado contra la pared, un caparazón de hierro de caballo y una silla de madera y baqueta con planchas de acero en sus borrenes; un gran freno y unas riendas de acero están colgados encima; más allí se ven también, colgados en la pared, una sobrevesta de paño rojo, una gorra con pluma de águila y una tabardina de paño burdo.

Lo que puede llamarse el menaje, lo componen un grande arcón, algunas banquetas y una mesa de pino.

Sobre la mesa hay un velón de hierro y un tintero de piedra; algunas tablas en la pared con platos ordinarios, ollas y otras vasijas de cocina y mesa.

Un hombre con tabardo, gorra de piel, abarcas, venablera y ballesta, alto, fornido, como de cuarenta años, apareció por el sendero, trayendo sobre sus hombros un cervato, que aunque de bastante magnitud, llevaba con la misma ligereza que si hubiera sido una pequeñísima carga.

Este hombre estaba curtido por la intemperie, pero tenía una gran regularidad de facciones; unos enormes ojos negros, de mirada profunda

y serena, y lo que más se hacía reparable en él era una larguísima y crespa cabellera y una no menos larga y revuelta barba de un rubio rojo cobrizo.

Este hombre llegó al pie de la escalera portátil que se apoyaba en la puerta de la choza, y produjo con la lengua un chasquido tal que debieron oírle en el interior, porque inmediatamente se abrió la puerta y apareció en ella una especie de oso, pero oso humano.

Tan feroz era el aspecto de aquel hombre.

De su semblante no se veía otra cosa que una estrecha frente, dos pómulos vigorosamente marcados, y una nariz ancha y roma; lo demás lo ocultaban una cabellera crespa y una barba espesísima, ambas negras, pero con un negro impuro que tenía tonos grises, sin que las canas causasen este efecto; los hombros anchísimos, un pecho reelevado, unos brazos hercúleos, unos miembros, en fin, de gigante enano, si se nos permite esta frase, constituían en este hombre á uno de esos seres que vistos en descampado causan espanto, porque no puede atribuirse á ellos nada bueno, nada benévolo.

—¡Ah! ¡eh! ¡Ciervo-veloz!—dijo el que estaba en la puerta al que acababa de llamar con su chasquido lingual—; ¡tan pronto de vuelta?

—Quítate para que pueda entrar—dijo Ciervo-veloz, trepando por la escalera—; pero toma antes este choto, que con él acuestas no podré pasar; debías haber hecho más ancha esta puerta.

El de arriba, como estuviese ya cerca de él, Ciervo-veloz, tomó el cervato con la facilidad con que hubiera podido tomar una liebre y se entró para adentro.

—Pues recoge la escalera—dijo el de la choza á Ciervo-veloz—, que ya es hora de recogerlos; porque creo que pasarás aquí la noche.

—Si Dios no lo remedia—dijo Ciervo-veloz— pienso pasarla á la luz de las estrellas, y tú y los otros la pasaréis conmigo.

—¿Vamos a ponernos en apostadero?—dijo con una alegría salvaje el de la choza.

—Puede ser—contestó Ciervo-veloz.

—¿Y se ofrece buena ganancia?

—Sí, vive Dios; con lo que ha sacado de su reino de León el infante don Juan, anda ahora rico y paga bien.

—¡Yal!—dijo el de la choza, después de haber sacado las entrañas á tributos á los leoneses, viendo que la cosa no anda muy segura y

que la gran reina doña María puede darle un mal rato, ha venido á ponerse á su homenaje, apeándose otra vez de rey para volver á infante: no me gusta ese señor; pero en fin, si nos paga bien...

—¿Qué te parece de esto, Farfán?—dijo el montero sacando de su bolsa de piel otra bolsa y sonándola.

—¿Es oro?—dijo con codicia Farfán.

—Toma, lobo—dijo Ciervo-veloz arrojando á Farfán la bolsa, que la cogió en el aire—; ahí tienes cincuenta maravedises de oro.

—¿Y por qué ese oro?—dijo desde el ángulo donde estaba el lecho una voz infinitamente más culta que la de los otros dos, y que revelaba á un joven—; ¿qué nueva infamia quiere el infante don Juan?

Y se oyó un crujimiento de hierros, como si un hombre armado hubiera dejado el lecho y se hubiera puesto de pie.

—¿Quién es ése?—dijo con recelo Ciervo-veloz: —ya aquí es de noche; no se ve.

—¿Que quién es ése? Ese es el capitán, y no más que el capitán, porque su nombre no se sabe.

Oyóse el crujir de un arnés.

El hombre que había dejado el lecho se acercó á Ciervo-veloz á Farfán.

—Enciende luz á fin de que nos veamos las caras y sepamos con quién tratamos—dijo Ciervo-veloz.

—Sí—contestó Farfán—; denle las tinieblas á quien las quiera, cuando no sea para dormir; y ras á ver un buen mozo, vive Dios; y que lo es tanto, que una dama le envidiaría la cara.

Y á todo esto, Farfán arrancaba chispas de un pedernal.

—¿Tú vienes de Valladolid?—dijo la voz del llamado capitán, dirigiéndose á Ciervo-veloz.

—De Valladolid vengo—contestó éste.

En aquel punto lució una débil claridad azul, la de una pajuela de azufre, y Ciervo-veloz dió un paso atrás: había visto un semblante lívido, aunque hermosísimo.

Su lividez provenía del reflejo de la llama azul del azufre.

Inmediatamente apareció una luz rojiza.

Farfán había encendido los dos mecheros del velón de hierro que estaba sobre la mesa.

—¿Y qué pasa por Valladolid?—dijo el capitán.

Pero suspendamos el diálogo para describir á este personaje.

Era de buena estatura, gallardo en la actitud, bien conformado y dotado al parecer de agilidad y de fuerza.

Tenía la cabeza deseubierta, dejando ver una gran cabellera negra como el ébano y rizada, que le caía ondulante sobre los hombros, partida en dos mitades por una estrecha raya que se extendía por medio de su cabeza; la frente era serena, amplia, de una forma bellísima; sus grandes ojos negros estaban coronados por dos anchas y negrísimas cejas; la nariz era aguileña, la boca correcta, el contorno del semblante oval, la color morena, la tez suave; la garganta musculosa, pero mórbida, excesivamente bella, garganta más que de hombre de mujer.

Y sin embargo, no se encontraba afeminación en la perfecta armonía de aquel semblante, armonía que determinaba una grande hermosura.

La mirada era tranquila, firme, una de esas miradas que no se bajan ante nada, una de esas miradas que imponen respeto por su gravedad, que magnetizan por su fijeza, que por su nobleza seducen.

La edad de este joven podría suponerse entre los veinte y los veinticuatro años.

Vestía una sobrevesta ó camisote de paño negro, sobre el cual, bordaba con seda y en un tamaño que ocupaba la tercera parte por lo menos de la extensión del camisote, se veía un águila rapante roja.

Este camisote de anchas mangas perdidas, no tenía adorno alguno; sobre él, en los hombros y alrededor del cuello del joven, se veía una gola de acero bruñido y redoblado.

Por bajo de las mangas aparecían unos brazos redoblados también y bruñidos, cuya fuerza estaba en inarmonía con la pequeñez y la morbidez de las manos del caballero del Águila Roja, á quien llamaremos así en adelante hasta que descubramos su nombre.

Aquellas manos ofrecían además otra singularidad; estaban cargadas de sortijas, y éstas eran de gran precio.

Las piernas del caballero, hasta cuyas rodillas llegaba la ancha vesta de paño negro, estaban cubiertas por fuertes pernales redoblados también como el resto del arnés.

Debía ser pesado éste, y sin embargo su dueño le llevaba con facilidad, lo que demostraba fuerza.

Farfán había buscado entre el menaje de cocina un gran cuchillo y se había puesto á deso-

llar el cervato de una manera tal, que revelaba en él la gran práctica de un montero.

Ciervo-veloz miraba profundamente al caballero del Aguila Roja, que le contemplaba á su vez con una grave y dominadora fijeza.

Reanudemos el diálogo.

—¿Y qué pasa por Valladolid?—había dicho el capitán.

—Pasa que dicen que se casa la reina.

—¡Miente quien lo dice!—contestó severamente el caballero del Aguila Roja.

—¿Y para qué viene á Valladolid después de haberse separado del infante don Enrique el Senador que está allá en las Andalucías en frontera de moros, el infante don Pedro?

—¿Qué infante don Pedro es ése?—preguntó el caballero.

—¿Quién ha de ser más que el hermano del rey de Aragón?

—¿Y á quién habéis oído decir que la reina doña María se casa?—preguntó el del Aguila Roja sentándose en un escabel de pino junto á la mesa, apoyando en ella un brazo y la cabeza en la mano.

—A todo el mundo: dicen que como la reina es joven y hermosa, lleva á mal su viudez.

—¡Miserables!—exclamó el caballero—; ¡y lo creen todo, y pudiendo tocar con la mano la verdad, ciegran los ojos á ella y dan fácil oído á la calumnia! Ya se ve, los traidores, los rebeldes, los que dividen en bandos al reino, no pudiendo vencer la firmeza, la grandeza, la inteligencia de la reina, pretenden hacerla poco respetable á sus reinos.

—La reina es mujer.

—La reina es noble y grande, y sobre todo madre; la reina luchará para sostener en la cabeza de su hijo la corona; la reina no vive más que para esto y para el bien de sus pueblos; la reina es una santa y la protege el poder de Dios.

—¡Diablos! ¿conocéis vos de cerca á la reina, caballero?—dijo de una manera irreverente Ciervo-veloz.

—La conozco mucho—contestó el caballero fijando una mirada tal, tan profunda, tan terrible en Ciervo-veloz, que éste se estremeció y sintió por primera vez en su vida algo parecido al miedo.

—Perdonad—dijo—, yo no quiero ofender á su señoría; pero los reinos padecen, hay hambre, no se ve un maravedí por el mundo, la pes-

te negra corre por Castilla, dejando yermos los pueblos...

—Y de todo tiene la culpa la reina, hasta de la peste; ¿no es verdad?—exclamó con un sarcástico desprecio el caballero.

—Ello es—insistió Ciervo-veloz—, que si no fuera por la reina no habría guerra civil.

—¡Ah! es verdad—contestó con el mismo acento sarcástico el del Aguila Roja—: si reinara el infante don Juan, todo iría bien.

—Reinaría un hombre que no vale menos que su valiente hermano el rey don Sancho.

—Es verdad; una mujer y un niño no imponen respeto á nadie; para respetar el derecho y la virtud es necesario ser buenos, honrados y caballeros, y apenas si hay hoy en todos los reinos del señor rey don Fernando el IV un solo hombre honrado, noble y caballero; á alguno de esos hombres lo tiene alejado generosamente de la corte la buena reina doña María, allá en las fronteras del reino de Granada.

—Allí está don Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno—dijo Farfán tomando parte en el diálogo—, el de Tarifa.

—Sí, el de Tarifa—contestó el del Aguila Roja.

Y exhaló un ardiente suspiro.

—¡Eh, diablo!—dijo para sí Ciervo-veloz—; ¿por qué habrá suspirado éste al nombrar á Guzmán el Bueno? ¿será su hijo de ganancia?

—Abreviemos—dijo el del Aguila Roja—; dejémonos de si sus vasallos quieren bien ó mal á la reina; peor para ellos: vengamos á lo que importa. ¿Por qué habéis ido vos á Valladolid?

—Os encuentro en la cabaña de Farfán—dijo Ciervo-veloz—, y supongo que Farfán os lo habrá dicho todo.

—Yo no me he acordado de ti cuando he encontrado al capitán—contestó Farfán, ocupado siempre en aviar la res.

—¿Capitán de qué?—preguntó Ciervo-veloz.

—Capitán nuestro.

—¡Nuestro capitán! ¿Pues y qué ha sido de Pero Rojo?

—Encomiéndale á Dios; allá se ha quedado en el altozano de los peñascales, atravesado de parte á parte de una lanzada.

—¿Y quién ha hecho eso?

—El capitán.

—¡Vos!—exclamó Ciervo-veloz mirando con una incrédula fijeza al caballero del Aguila Roja.



—Me dais licencia para que cuente á éste lo que ha sucedido mientras enciendo fuego y pongo la sartén para hacer con este cervato un cochifrito que nos vendrá muy á punto, porque la gente no ha comido hoy en todo el día?

—Contad—dijo el caballero del Aguila Roja. Y levantándose, se dirigió de nuevo al lecho y se echó en él.

CAPÍTULO II

EN QUE FARFÁN CUENTA CÓMO SE HIZO CAPITÁN DE UNA BANDA DE AVENTUREROS AMBIGUOS EL CABALLERO DEL ÁGUILA ROJA.

Descolgó Farfán una descomunal sartén y unas trébedes no menos descomunales, las puso en el hogar, y después, tomando leña de un ángulo, la puso debajo; echó en la sartén la grasa del cervato, y mientras hacía esto, puesto en cucilllas junto á la sartén, empezó del modo siguiente:

—Hace cuatro días amaneció muy mal para nosotros. Pero Rojo había acabado con sus últimos maravedises, y ni tenían pan, ni vino, ni gracia de Dios que llevar á la boca.

Inútil era recurrir á la montería; las reses han sufrido un tal mate, que no se ve una por el mundo; y lo que es á los frailes de la Abadía del Abrojo es inútil ir á pedirles nada, porque en cuanto ven asomar gente extraña, como están ya tan escarmentados, y como en estos tiempos no se sabe quién es el que se presenta á caballo con la loriga á cuestras, embrazada la adarga y terciada la lanza, levantan el rastrillo, coronan de ballesteros los adarves, se ponen de uñas, y es mucho más fácil pescar un ballestazo que una limosna.

No había que pensar en los padres benitos; y á más, que como les hemos hecho algunas malas pasadas, nos tienen con razón ojeriza, y se alegrarían de que nos acercáramos á las murallas de su abadía y nos dejáramos acribillar.

A las villas inmediatas es inútil ir; se han armado hasta los dientes; no había, pues, salida, como no nos aplicáramos á comer hierba ó bellotas, porque ni ganados quedan: los de Lacerda, como pasaron por aquí, arramblaron con todo.

Yo dije á Pero Rojo:

—Vámonos á otra comarca, ya hemos abrasado ésta; lo que nosotros no hemos abrasado, lo han abrasado otros; todos sus habitantes es-

tán resueltos á defenderse; somos pocos para vivir por la fuerza, y vamos á perecer aquí de hambre. Además, que los que hacen camino, como saben que andamos por aquí, vienen bien resguardados.

—¿Y adónde iremos que no acontezca lo mismo?—dijo Pero Rojo—; hagamos un esfuerzo, y vámonos sobre Renedo, que con la peste que se ceba en ella y con la gente que ha enviado á Valladolid á la reina, y por ser villa abierta, y con un castillejo de mala muerte, no puede resistir á veinticinco buenos mozos como nosotros.

Detúvose Farfán, porque derretida ya la grasa, estaba á punto de recibir el despedazado cervato.

—Pues señor—dijo Farfán volviendo con tajajos de carne que arrojó en la sartén—, todos aprobamos la determinación de Pero Rojo, porque ya sabes que nunca hemos rehuído el peligro, nos echamos encima las lorigas y las armas, nos fuimos al barracón de los caballos, los sacamos, los encubertamos y partimos.

Salió el sol cuando salíamos de la selva, y hete aquí que á lo lejos, sobre el camino, nos hirieron la vista vivos destellos como los del sol que da en las armas bruñidas.

—Caballeros noveles tenemos—dijo Pero Rojo—, porque no han usado bastante los arneses para que se les empañen. Estos tales no salen al campo sin dineros; vámonos sobre ellos, que puede ser que nos excusemos la empresa de Renedo.

Picamos largo á los caballos, y salimos como una tempestad.

A medida que nos acercábamos descubríamos mejor al enemigo.

Este era pequeño en número: cinco hombres de armas.

Al vernos se detuvieron.

Pero Rojo, cuyo caballo era mejor que los nuestros, y que se embravecía como sabes á la vista de una presa, nos llevaba mucha delantera.

De improviso, uno de los jinetes contrarios se lanzó al encuentro de Pero Rojo á rienda suelta, y le tomó de tal manera, que falseándole la adarga, las fajas de acero y la loriga, le arrojó por la grupa del caballo, y no se levantó más.

Nosotros, que habíamos visto aquello á una buena distancia, ansiosos de venganza aguijamos los caballos.

El que había matado á Pero Rojo, que había perdido la lanza, que se quedó sujeta en el cuer-

po de nuestro capitán, descolgó de su arzón una hacha de armas, y auxiliado por sus cuatro jinetes, se lanzó sobre nosotros.

—¿Y qué sucedió?—dijo Ciervo-veloz.

—Nada—contestó Farfán—, porque al verle de cerca, no sé cómo fué, pero todos refrenamos los caballos, y aun creo que recejamos; nos dieron miedo los ojos del capitán.

—En verdad, en verdad, que el capitán tiene en los ojos algo del otro mundo—dijo Ciervo-veloz.

—Yo no sé si lo que tiene en los ojos cuando mira como nos miraba entonces, es cosa del otro mundo ó de este; lo que sé es que yo, que no he temido ni temo á un rayo, me espanté, y lo mismo debió suceder á los otros; me pareció que no podía con el capitán; no sé por qué me pareció esto, pero así fué.

Al ver que nos deteníamos, el capitán se detuvo, y al detenerse se detuvieron los suyos.

—¿Quiénes sois?—nos preguntó tranquilamente.

—Somos los Hermanos de la Selva—contesté yo.

—¿Era vuestro capitán ese que he muerto?

—Sí—le respondí.

—¿Adónde ibais?

—A Renedo.

—¿A qué?

—Por dinero.

—¿Os paga sueldo la villa de Renedo?

—No.

—¿Ibais, pues, á entrarla?

—Sí.

—Volveos; si tenéis hambre y queréis dinero, tomad.

Y echando mano á unas alforjas que llevaba á la grupa, arrojó á los pies de mi caballo algunos puñados de oro.

Figúrate tú lo que pasaría por nosotros al ver relucir buenas doblas de oro de las viejas.

Nos convenía un capitán, que más valiente ó más fuerte ó más afortunado que Pero Rojo, le había despenado con un solo bote de lanza.

Antes de apearme para recoger el dinero, le dije:

—¿Vais vuestro camino?

—Yo no tengo camino—me contestó—; duermo donde me coge la noche; si no en mesón ó pueblo, porque á ellos no haya llegado, bajo un árbol; en amaneciendo caballo, y con estos cua-

tro escuderos camino á la ventura; no tengo patria, y tanto me da estar aquí como allá.

—Pues caballero aventurero sois—dije yo—y nosotros también lo somos.

—Yo no salteo á los que van por su camino, ni enristro mi lanza sino contra quien me acomete.

—¿Y á quién servís?—dije yo.

—Ahora me sirvo á mí mismo.

—¿Andáis huído?

—Puede ser.

—¿Queréis, en vez de tener cuatro escuderos, tener veintiocho?

—Quiero gente brava y honrada.

—Si somos bravos, ya tendréis ocasión de conocerlo, y si nos queréis honrados, con tal de que nos deis buen sueldo, no tendremos que buscar lo que nos falte.

—¿Dónde paráis?

—En la selva del Abrojo.

—Pues guiad á la selva.

—¿Y nuestro pobre capitán difunto?

—Enterradle, cobrad su caballo y poned en él sus armas.

En muy poco tiempo concluímos.

Desnudamos á Pero Rojo, le enterramos en el altozano, rezamos por él y rezó por él quien le había muerto un Padrenuestro y un Ave María, y nos vinimos con nuestro nuevo capitán.

Ahí está el arnés de Pero-Rojo y junto á él la lanza que le mató, y allá la cobertura de su caballo, y su tabardo, su sobrevesta y su gorra, que es lo único que de él ha vuelto á entrar en su cabaña.

—¡Diablo!—dijo Ciervo-veloz—; espera.

Y tomando del fuego una tea, se levantó y se acercó adonde estaba colgado el arnés.

Al acercarse vió al caballero del Aguila Roja reclinado en el lecho sobre uno de sus brazos, y encontró su mirada fija y lúcida.

—Perdonad—dijo—; pero si mirábais así cuando veníais hacha en mano contra los compañeros, entiendo lo que ha sucedido; y aunque Farfán no se acordó de mí para ponerme á vuestro sueldo, sin duda porque para Farfán no hay ni muertos ni idos, yo me ofrezco por vuestro escudero; y ahora dejadme ver por dónde le entró la muerte á Pero-Rojo.

Y alzó la tea.

En el costado derecho del coselete, en medio de una de sus fajas, había una abertura triangular.

En la adarga había otra abertura semejante. La moharra de la lanza no relucía, estaba cubierta por una capa de color rojo oscuro.

—Pues algo más que su arnés y que la cobertura de su caballo y que su sobrevesta ha entrado aquí de Pero-Rojo; ha entrado parte de su sangre seca en el hierro de esa lanza; y perdonad otra vez, capitán, pero parece mentira que con una mano tan pequeña hayáis falseado una adarga y un arnés tan fuertes. Estoy dispuesto a contaros todo lo que pasa.

Y se volvió al hogar, arrojó la tea al fuego y se sentó.

Farfán, con el aplomo de un cocinero consumado, revolvía en la sartén que chirriaba los tasajos del cervato.

CAPITULO III

EN QUE SE SABE EL ENCARGO QUE HABÍA TRAÍDO DE VALLADOLID CIERVO VELOZ, Y EL CABALLERO DEL ÁGUILA ROJA CUENTA LA HISTORIA QUE VERÁN NUESTROS LECTORES

Levantóse el caballero, se acercó al hogar y se sentó.

—Hablad—dijo á Ciervo-veloz.

—Pues habéis de saber—dijo éste—que nosotros somos unos buenos hombres que preferimos el oficio de aventureros libres, dispuestos á servir á quien mejor nos pague, á estar echando el alma sobre el terruño para no sacar más que miseria.

Cada uno de nosotros ha servido sabe Dios á cuántos señores, y por último, como ahora parece que se han avenido con la reina el infante don Juan y el señor de Vizcaya y el señor de Lara, y que va á haber paz, nos encontramos con que el infante don Juan, á quien habíamos servido, dijo á Pero-Rojo en Valladolid:

—Ya no soy rey, me someto á mi sobrino el señor rey don Fernando; no os necesito, y os dejo en libertad para que sirváis al que os necesitare.

Esto era lo mismo que decirnos: id, y buscáos la vida.

—Pero—añadió el infante don Juan—si podéis manteneros cerca de Valladolid mientras yo esté en él, ó cerca del lugar donde estuviese la corte, os lo agradeceré, porque puede ser que os necesite.

Esto era lo mismo que decirnos: manteneos

robando cerca de mí, no os doy sueldo, podrá suceder que os lo dé mañana, esperad.

Nos vinimos á la selva del Abrojo, que está sobre el camino, y hemos vivido merodeando los contornos.

No nos habíamos de morir de hambre; así vive mucha gente en Castilla.

Pues viniendo á la causa de haber yo ido á Valladolid, por lo cual no pude encontrarme en la muerte del otro capitán, sabed que éste recibió aquí, en esta misma choza, una carta del infante, la leyó y me dijo:

—Ciervo-veloz, recobra por algún tiempo tu vestido y tus armas de montero, es necesario no inspirar sospechas; vete á Valladolid y espera en el Esgueva, cerca del Molino de las Palomas; allí irá á encontrarte una persona; toma la mitad de este pergamino.

Y le partió.

—Y cuando esa persona llegare—continué—y te preguntare si tienes algún pedazo de algo que mostrarle, le presentas el pergamino. Después haces lo que esa persona te mandare.

Partí, y llegué en muy poco tiempo, en una carrera, porque por algo me llaman á mí Ciervo-veloz.

Había salido á puestas del sol, y llegué al Molino de las Palomas al oscurecer.

Poco después llegó un hombre á caballo.

Al verle le reconocí.

Era el Alcaide de los escuderos del infante; un africano bravo como un león que se llama Ben-Tayde.

Me preguntó si era de las cercantías y le dije que no.

Me pidió que si tenía algo que mostrar á alguien se lo mostrase, y le enseñé la mitad del pergamino, en que había algunos garrapatos partidos.

—Sígueme—dijo Ben-Tayde.

Y yo le seguí.

Metíome en Valladolid y en una casa cerca de San Pablo, en donde había mucho boato y mucha servidumbre.

Al entrar, vi que bajaba por las escaleras una dama muy hermosa, aunque ya de años, seguida de pajes y dueñas.

—¿Quién es esa princesa?—pregunté á Ben-Tayde.

—Tienes razón—me dijo—; princesa es, porque es doña María de Haro, esposa del infante don Juan, tu antiguo señor y mío.

—¿Conque en casa del señor infante estamos?

—Sí, y voy á aposentarte en ella: en Valladolid permanecerás hasta que te se necesite.

—¿Y adónde va á estas horas la señora esposa del señor infante don Juan?

—¿Adonde ha de ir, sino al Alcázar Viejo, á pasar parte de la velada con la reina?—me contestó Ben-Tayde, á quien me pareció incomodaba mi pregunta.

No pregunte más.

Ben-Tayde me llevó á una gran cuadra en el patio donde había muchos lechos de servidores del infante.

Mandó que pusiesen otro para mí, que me diesen de comer y de beber, y se fué.

En Valladolid he estado cinco días, vagando, ocioso y atisbando todo lo que pasaba y oyendo todo lo que se decía en los corrillos de la Plaza y del Ochavo y del atrio de Nuestra Señora de la Antigua.

Había allí y hay gente de todos colores, quiero decir, de todos los bandos, y no se ven por todas partes más que armas y arneses, que no parece sino que Valladolid es villa cercada, y que nadie se quita la loriga temiendo á cada momento un rebato.

En el Campo Grande tienen sus tiendas los jinetes y los peones de don Juan Núñez de Lara, y junto al Puente Largo las suyas don Diego López de Haro; el infante don Juan no las tiene en ninguna parte, porque como he dicho ya, las despidió al venirse para Castilla cuando nos despidió á nosotros.

La gente anda cuidadosa porque nadie se fía del avenimiento con la reina de los señores que tanta guerra la han dado.

Se murmura de la ausencia del tutor del rey don Enrique el Senador, y se dice que si se ha ido á la Andalucía no ha sido con otro objeto que con el de vender al rey de Marruecos por algunos cuentos de maravedises la villa de Tarifa, y con estos maravedises tomar gente á sueldo, la bastante para que no puedan hacerle sombra los otros señores, cada uno de los cuales quiere ser él solo que mande.

Pero dicen que la reina, que siempre está al cabo de todo, ha enviado allá á la frontera de moros con buen golpe de gente á Guzmán el Bueno, que hace como se entretiene sobre la frontera del rey moro de Granada, y que no está sino para impedir la traición del infante, si,

como se murmura, pretende vender á Tarifa.

—¿No decís que se dice también que la reina se casa con el infante de Aragón don Pedro, y que el infante viene con ese propósito de la Andalucía, donde estaba con don Enrique el Senador? Si don Enrique quiere hacerse dueño de todo por la fuerza, ¿cómo es que no impide que el infante de Aragón venga á casarse con la reina doña María?

—Lo uno no quita á lo otro; por el contrario, lo otro debe servir para lo uno, esto es, que como dicen que la reina doña María no quiere casarse con el infante, don Enrique el Senador quiere obligarla á que se case con él; y para obligarla necesita más gente que la que tienen los otros señores, que ayudarían á la reina por sacarla mercedes; y como para tener mucha gente á sueldo se necesita mucho dinero, y no teniéndole don Enrique, porque no hay judío que se lo preste (tan mal ha pagado sus deudas anteriores), quiere sacarlos de la venta de la villa de Tarifa al rey de Marruecos.

—¿Y qué interés tiene don Enrique en que el infante de Aragón se case con la reina doña María?

—Cosas son ésas que se han tratado entre el rey de Aragón y el infante don Enrique. El rey de Aragón tiene puesto el ojo en algunas villas y castillos de estos reinos, los cuales tendría fácilmente si su hermano se casase con la reina, y de estas villas y de estos castillos se daría alguno al infante don Enrique.

—¿De qué círculos tan miserables se vale la traición—dijo el caballero del Aguila Roja—y qué insensata y qué necia es la ambición que engendran los traidores! ¿Pues no ven que los otros poderosos señores castellanos no dejarían engordar de tal manera al infante don Enrique, y que tomando pretexto del casamiento de la reina de Aragón se irían al bando de los infantes de la Cerda?

—Pero los infantes de la Cerda no tienen más que lo que les da el rey de Aragón, porque el rey de Francia se contenta con oprimir al Santo Padre, para que no conceda á la reina la dispensación de su parentesco con su difunto marido el rey don Sancho.

—Se me antoja—dijo Farfán—que dentro de poco va á venir el asunto á lanzada limpia.

—Venga cuanto antes—dijo el caballero—; que Dios dé el triunfo á quien tiene la razón y el derecho; acabemos de una vez.

—Me parece—dijo Ciervo-veloz—que las lanzadas están ya encima, y que los primeros que las demos hemos de ser nosotros, porque como el infante don Juan ve que con el casamiento de la reina con el infante de Aragón no le queda otro medio que someterse ó irse á tierra extraña, y ya que no es rey quiere como tío carnal la tutela del rey, ha pensado ganar el negocio por la mano, y para esto y no más que para esto escribió á Pero Rojo le enviase uno de sus hombres de más confianza, y para eso fuí yo á Valladolid sin saberlo, y no lo he sabido hasta esta tarde en que Ben-Tayde, me dijo:

—El señor infante te llama, ven.

Y me llevó á una cámara donde el infante estaba.

Conocióme porque me había visto muchas veces cuando yo le serví á sueldo, y me dijo:

—Me alegro de que te haya enviado Pero Rojo mejor que á otro, porque eres hombre que vales. Ahora bien, dime, ¿no habéis encontrado por los alrededores de Valladolid á una dama muy hermosa que anda errante con algunos caballeros?

Como no habíamos visto tal dama, le respondí que no.

—¡Ahl!—dijo el caballero:—ésa debe ser la sultana Zayda Fatima, hija del rey de Granada, que vino á Castilla hace tres años, se cristianó, y la reina la hizo su dama, y más que su dama su amiga; ya os contaré la historia de esa señora; pero continuad vos.

Pues el infante me dijo:

—Es posible que esa tal dama se haya ido á la Andalucía á ampararse de Guzmán el Bueno, de quien malas lenguas dicen andaba grandemente enamorada.

—Puede ser—dijo el caballero—; porque Guzmán el Bueno es digno de respeto de todos los hombres y del amor de todas las mujeres. Pero yo se bien, porque conozco mucho á la sultana Zayda Fatima ó doña María de Granada y de Molina, que así la llamaron al bautizarla, porque María se llamó la reina, porque la sultana era de Granada, y lo Molina porque la amadrinó la reina. Doña María de Granada, repito, por mucho que amase á Guzmán el Bueno, no se lo diría nunca, porque Guzmán el Bueno es un hombre casado.

—Mucho fiais en esa mora—dijo Farfán.

—No tanto como merece se fie en ella; pero continuad.

—Parecióme—dijo Ciervo-veloz—, que según hablaba el infante de la dama fugitiva, estaba tan enamorado de ella como ella puede estarlo de Guzmán el Bueno. En fin, después de respuesta de que no habíamos visto á la tal señora, el infante, dejando de hablarme de ella, me dijo:

—Toma estos cinco maravedises de oro, como muestra de lo que os daré si cumplís con el encargo que voy á haceros: esto no es más que daros á probar el oro para que hagáis boca; la recompensa será muy grande si me servís como deseo: ya sabéis cómo el infante don Juan cumple las palabras que da á sus buenos servidores: es necesario que á la media noche todos vosotros, bien armados y dispuestos á todo trance, os apostéis junto al camino real, á la salida de la Selva del Abrojo, y espereis á que pase un escuadroncillo de jinetes con los cuales viene el infante don Pedro de Aragón.

—¿Y qué hemos de hacer?—pregunté.

—Matarle.

—¿Y es ese el encargo que traéis á Pero Rojo?—dijo el caballero.

—Ni más ni menos, capitán.

—Pero como Pero Rojo ha muerto, ese encargo me lo traéis á mí.

—Cierto, pues sois nuestro capitán.

—Conque ha de pasar después de mediar la noche por el camino real de Valladolid el infante de Aragón, que viene con propósito de solicitar de la reina se case con él.

—Sí.

—Pues bien, esperaremos al señor infante de Aragón: ahora mismo llamad á la gente.

Ciervo-veloz se levantó, abrió la ventana de la cabaña que correspondía al Norte, y llevándose á los labios la bocina que pendía de su cintura, la hizo sonar por tres veces de una manera prolongada.

Los ecos de la selva repitieron la robusta y vibrante voz de la bocina.

Después de esto, la bocina dejó oír un toque diferente.

Luego, Ciervo-veloz cerró la ventana y vino á sentarse de nuevo junto al hogar.

—¿Qué significa ese toque diferente que habéis dejado oír después de los primeros?

—Ese toque quiere decir que se armen, que encuberten los caballos y que vengan con ellos.

—Supongo que traerán también el mío.

—Indudablemente.

—Estoy ansioso—añadió el caballero— por veros puestos en empresa: en mis escuderos confío, porque los he probado; pero esta es la primera ocasión que se me presenta de probaros á vosotros.

—Quedareis contento—dijo Ciervo-veloz—: ahora, dadme licencia para que vaya á mi cabaña á armarme y á cobrar mi caballo.

—Id en buen hora, pero no tardéis; acordaos de que os he ofrecido contaros la historia de la hija del rey de Granada, y os la contaré mientras cenemos: id.

Ciervo veloz salió.

Poco después se oyó ruido de muchas voces y relinchos de caballos alrededor de la choza.

—A tiempo llegan—dijo Farfán—: ya está el cochifrito á punto: voy á apartar para nosotros y á entregarles la sartén para que la limpien, en lo cual no tardarán mucho tiempo.

Y tomando de sobre un vasar un dornajo de madera, echó en él una buena parte de cervato.

Después cogió la sartén por el mango, y yéndose á la puerta, dijo.

—¡Ehl ¡muchachos! ¡uno aquí! Se os presenta un cervato en adobillo; pan no le hay, vino por las nubes, y debéis dar gracias á Dios de que haya carne abundante; os encargo que no os comais la sartén.

Y Farfán se metió para adentro con las manos libres, señal clara de que la sartén había pasado á otras.

—¿Y vos no os armáis, Farfán?—dijo el caballero del Aguila Roja—: tengo deseo de probaros.

—Yo me armo pronto—dijo Farfán—; toda mi armadura se reduce á un camisote de mallas, un coselete, una adarga y un almete, porque no quiero cargar con mucho hierro; nunca uso lanza; embaraza más que sirve; me atengo á mi maza de armas con su bola de puntas, que no hay arnés que lo resista si sobre él cae: no me acuerdo de haber usado nunca otra arma, y he matado mucha gente bien armada, y de un solo golpe: pero mi hacha de armas es tal, que no sirve para nadie más que para mí. Vos, y cuenta que sois bravo y fuerte, no podríais herir con ella.

—Mostrad—dijo el caballero.

Farfán se levantó, fué al gran cofre de madera que había en un ángulo, y le abrió.

En una parte de él tenía sus armas; en otra, pan, queso y algunos comestibles.

Aquel gran cofre era al mismo tiempo su armería y su despensa.

Cuando tenía dinero le ponía también allí, y entonces tenía un triple empleo el arcón.

Sacó Farfán de la parte destinada á armería una maza de armas.

Se componía ésta de un grueso astil de hierro como de tres cuartas de longitud: al fin de este astil había una cadena de una longitud igual, y en la punta de la cadena una enorme bola de hierro erizada de puntas de acero.

Farfán adelantó, levantó el arma, y moviendo su astil, hizo girar de una manera violenta la bola de hierro, que produjo un ronco zumbido: tal era la fuerza con que manejaba la maza Farfán.

Se comprendía que no hubiese un casco, por bien templado y fuerte que fuese, que pudiese resistir un golpe dado con aquella maza por Farfán.

—Y bien—dijo el caballero—; herid el suelo, á ver si abríis un agujero.

—¡Ahl la madera es muy correosa; hay sobre ella una capa de tres dedos de yeso recocado que se ha convertido en piedra, y las traviesas son muchas y están muy juntas; sin embargo, veremos.

Y Farfán, acreciendo el impulso de rotación de la maza, la dejó caer sobre el suelo.

Se rompió el revestimiento de yeso y crujió poderosamente la madera; pero la pesada bola botó, como hubiera botado una pelota.

—Dadme acá, dijo el caballero.

—Una apuesta—dijo Farfán—: si no hacéis más que lo que yo he hecho, me dais veinticinco doblas; y si hacéis más, mandáis que me den veinticinco azotes, que yo los recibiré.

—Pues daos por azotado—dijo el caballero haciendo girar sobre su cabeza la pesada bola de una manera mucho más rápida que lo que la había hecho girar Farfán.

Descargó un golpe tan terrible, que roto el revestimiento y la tabla, desapareció por el agujero la enorme bola.

—¡Jesucristo!—exclamó Farfán, con asombro y con miedo hacia el capitán—; ¡el diablo os ayudad!

—Me ayuda Dios; tomad vuestra maza y no volváis á decir que no hay nadie más que vos

que la maneje; en cuanto á los azotes, os los perdono.

Y después de esto, se inclinó sobre el suelo y miró por el agujero que había practicado, lo que había debajo de la choza, que, como ya sabemos, estaba levantada sobre cuatro pinos.

Al reflejo de una hoguera se veían algunos hombres, cuyo número sería el de veinticuatro, y de cuyos arneses empañados, verdaderos arneses de aventureros, arrancaba la roja luz de la hoguera reflejos mates.

Estos hombres estaban en círculo á un lado de la hoguera, teniendo en el centro la sartén. de cuyo contenido daban buena cuenta.

Charlaban, reían alegremente como buenos camaradas.

Entre ellos había cuatro hombres con arneses uniformes, y que relucían mucho más.

Estos debían ser los primeros escuderos del caballero del Aguila Roja.

En cuanto á los demás, no se encontraba un arnés que se pareciese á otro ni una espada semejante á otra.

Se conocía que cada cual se había armado como había podido, y como el hierro es resistente, había allí capacete anterior al de fecha más moderna en un siglo y aun más.

Lo mismo acontecía respecto á las lorigas y á los petos ó fajas de acero, que entonces aún no se usaban los arneses completos de punta en blanco con yelmo de encaje y visera, que empezaron á usarse en el siglo xiv, importados de Francia por los gendarmes de Beltran Duguesclin.

Los arneses del siglo xiii eran rudos, pesados, sin afectar en nada la forma artística, acomodados únicamente á la defensa, y más pesados y más fuertes por más rudos que los posteriores arneses de punta en blanco.

Pero si en los arneses no se parecían aquellos bravos aventureros, en cuanto á los semblantes, tenían lo que podía llamarse aire de familia ó de casta.

Todos eran fornidos, de gran estatura, ateizados por la intemperie, con larga cabellera, con larga barba y con la mirada hosca y dura, en que estaba estereotipado su oficio.

Eran, en una palabra, el tipo perfecto del aventurero de la segunda mitad de la Edad Media, contenido cuando servía á sueldo del rey ó de un señor severo, y maleante y ladrón cuando campaba por su respeto, sometido por conve-

nencia á las órdenes de un capitán de aventuras, que tanto podía llamarse capitán de bandidaje.

Al fragor que había producido la ruptura del suelo de la choza que á ellos les servía de techo. levantaron la cabeza, y como si nada les hubiera extrañado aquello, y comprendiendo que era un entretenimiento del enano gigantesco Farfán, volvieron á inclinar la vista á las tajadas, y sin hacer la más ligera observación acerca de lo que acababa de suceder, continuaron comiendo, charlando y riendo.

El caballero del Aguila Roja continuó mirando por algún tiempo á su gente con la fijeza de un general que examina el aspecto de sus soldados un momento antes de entrar en batalla.

—Es buena gente—se dijo—; con ella se puede ir á todas partes.

Y se levantó.

Encontróse á Farfán cubierto con un carrisote de mallas tan largo, que le servía de túnica talar, encajado un fuerte casco, completamente esférico, y ceñida una larga espada que le arrastraba.

En aquel momento se ajustaba sobre el pecho y sobre los hombros unas fajas de acero fuertemente claveteadas.

—Con embrazar la adarga, montar á caballo y colgar del arzón la maza, estoy listo; pero cuánto tarda Ciervo veloz; tengo hambre. voy á poner la mesa; el capitán, su primer escudero y su portaestandarte no pueden comer como la demás canalla.

Y se fué al arcón, tomó un gran pan medianamente moreno, una gran limeta cuadrada de vidrio ordinario llena de vino y un cuchillo, y los puso sobre la mesa.

Después partió en pedazos el pan.

Luego puso sobre la mesa el dornajo de madera lleno de tasajos de cervato.

El guiso tenía un aspecto rojo y olía fuertemente á vinagre, pero con un aroma apetitoso.

En aquel momento apareció en la puerta, armado de los pies á la cabeza, Ciervo-veloz.

Traía en la mano una larga pica, y pendiente de ella un estandarte acabado en punta, barreado de negro y rojo.

Esto indicaba que el alférez ó portaestandarte de que había hablado Farfán, era Ciervo-veloz.

—¡Eh, cuidado!—le dijo Farfán—; detente, mira no vayas descuidado á meter el pie por el

agujero y te rompas una pierna, que será lástima.

—¿Quién ha hecho esto?—preguntó Ciervo-veloz.

—El capitán con mi maza—contestó Farfán.

—¡Jesucristo!—dijo Ciervo-veloz—; os suplico, capitán, que si os enoja no me dejéis sentir vuestra maza.

—Cenemos—dijo Farfán—; y para hacer boca empinaos el frasco, capitán.

—Yo no bebo más que agua—respondió el caballero.

—Pues parece mentira—contestó Farfán—, porque teneis una sangre que parece criada con vino.

Y tomando con ambas manos el frasco que tan grande y tan pesado era, se lo embocó, es. tuvo cinco minutos mirando á la techumbre, y después entregó el frasco á Ciervo-veloz, que le hizo una merma no menor que la que le había hecho Farfán.

Inmediatamente después fué acometido el dornajo.

Las pequeñas y bellas manos del caballero asían la carne del mismo modo que las rudas y callosas de sus comensales, y como ellos comía con apetito, y aun pudiéramos decir que con delicia, aquel áspero y negro pan.

Porque como dice un adagio vulgar, no hay salsa mejor que la de San Bernardo (San Bernardino podríamos decir nosotros).

Pasados esos primeros momentos en que sólo se atiende á calmar el hambre, el capitán dijo:

CAPITULO IV

EN QUE SE DICE LO QUE POR SER LARGO NO SE HA DICHO EN EL ANTERIOR

—Os he prometido contaros la historia de la sultana Zayda Fatima, como se llamaba, ó de doña María de Granada y de Molina, como se llama ahora. Yo he conocido á esa dama en la casa de la reina doña María, porque yo he servido á la reina, y tan lealmente, que por servirla mejor me veo sin patria y sin deudos, vagando de acá para allá y sin saber cuándo tendrán fin mis trabajos.

—¿Y qué hicisteis, capitán, con la reina, que en el aprieto que estáis os puso?—dijo Ciervo-veloz.

—Os he prometido contaros la historia de doña María de Granada, pero no os he prometi-

do contaros la mía; me irrita el que se me pregunte acerca de lo que no quiero contestar; oid:

—Tenía el rey de Granada Mojammet-ben-Yusef-ben-Nazar-el-Ansari...

—¿Por qué han de ser tan largos los nombres de estos reyes moros—dijo Farfán—, que yo he oído el de algunos que tienen legua y media?

—También me irrita el que me interrumpen—dijo el caballero.—Tenía el rey de Granada Sidy-Mojammet-ben-Yusef-ben-Nazar-el-Ansari una hija, y digo que tenía, porque ya, aunque su hija no ha muerto, ha muerto para él, porque la ha maldecido, y los hijos malditos mueren para sus padres desde el momento de la maldición.

Bien quisieran Farfán y Ciervo-veloz preguntar al caballero por qué había maldecido el rey de Granada, el del largo nombre, á su hija; pero les causaba tal respeto su joven capitán, respeto de miedo, que se abstuvieron.

El capitán continuó satisfaciendo por acaso la curiosidad de sus oyentes.

—Y no había maldecido el rey de Granada á su hija porque hubiese sido mala, sino porque había sido desgraciada.

—¡Ahl ¡yal el amor—dijo el incorregible Ciervo-veloz, que era muy charlatán—; el amor es el tropiezo de todas las mujeres, el mal tropiezo que para beneficio de los hombres les pone delante Satanás.

—La hija del rey moro no tropezó, no amó por lo menos cuando involuntariamente dió ocasión á que la maldijese su padre; amó después, y amó con toda su alma; amó á un hombre que merecía bien ser amado.

La sultana Zayda Fatima desapareció con un hombre de Granada; aquel hombre era el infante don Juan, huésped del padre de la sultana; miserable que pagó los beneficios que del padre había recibido robándola á su hija y trayéndosela á Castilla, donde, y cerca de Toledo, la encerró en una casa fuerte; pero no conocía bien á la sultana; la sultana había heredado el alma y el corazón de su padre, que es un león bravo, y la sultana burló al infante descolgándose por un ajimez de la casa fuerte y metiéndose en Toledo.

Ciervo-veloz miró profundamente al caballero al oír aquello de que la sultana Zayda Fatima era un león bravo como su padre el rey de Granada y había tenido valor para descolgarse por un ajimez y huir; pero la sospecha que Ciervo-

veloz había contraído, se desvaneció al ver la mirada con que el caballero contestó á la suya.

—No, no, imposible—dijo para sí Ciervo-veloz—; ninguna mujer, aunque tenga más entrañas que un lobo, puede mirar así; y luego, quien ha falseado el arnés de Pero Rojo, el que ha abierto el boquete ése en la madera, no es una mujer.

Y deglutió un enorme pedazo de carne que había masticado mal, distraído con su pensamiento.

El caballero continuó:

Una vez en la puerta de la muralla de Toledo, la sultana se hizo conducir por un capitán cristiano al alcázar; la sultana se hizo entender porque hablaba el castellano; había perdido su madre al nacer, y la había servido de madre su nodriza, una cautiva cristiana que enseñó á la hija del rey moro el habla de su patria, y que alguna vez la hacía repetir bellas oraciones á una santa virgen, madre de un mártir divino, en quien los musulmanes creen, pero considerándole, no como le consideramos los cristianos, como el Verbo Encarnado, sino como uno de sus profetas menores.

El caballero se detuvo un momento, inclinó la cabeza, sostuvo la frente en su mano, y luego, alzando de nuevo la cabeza, continuó:

—Al pie de la escalera del alcázar encontró la sultana á Guzmán el Bueno, y le reconoció por el nombre que al saludarle había pronunciado el capitán que la guió.

El heroísmo de Guzmán había hecho que la fama llevase su nombre á todo el mundo.

Le habló la sultana, le dijo quién era, y Guzmán mismo la llevó á la Cámara de la buena, la excelente reina doña María, en un momento terrible; el infante don Juan amenazaba á su reina; el rey don Sancho moría en la cámara inmediata.

El asesino de Tarifa estaba frente al héroe de Tarifa.

¡Oh! no murmuréis de vuestra buena reina, no maldigáis de ella; en aquel momento pudo haber dejado á Guzmán el placer de la venganza; pudo libertar á su hijo, que empezaba á ser rey junto al lecho de su padre moribundo, de un enemigo terrible, como después se ha visto, de un alto traidor que tiene bastante prestigio con su nacimiento para que á él se acerquen y le rodeen y le sirvan otros traidores ambiciosos, para los cuales no hay más ley, más razón ni

más justicia que el logro de sus bastardas ambiciones.

Y la reina fué noble y grande.

Vea en aquel traidor al hermano de su esposo moribundo; sabía, porque la reina tiene un gran corazón, una grande inteligencia y conoce harto bien á los hombres y á las cosas, sabía, digo, cuánto le importaba cobrar aquella cabeza para bien de su hijo, para bien de sus reinos, y sin embargo respetó la sangre del hermano de su esposo, del tío de su hijo; le dió un salvo-conduto, y mandó á Guzmán le pusiese sano y salvo fuera de Toledo.

—¡Y Guzmán no le mató!—dijo con ímpetu Farfán.

—Guzmán es la flor de los caballeros; Guzmán es un héroe; Guzmán, antes que á su justa venganza, obedeció á la reina, obedeció á su honor, contuvo su coraje, se venció bravamente y salvó al infante don Juan, al verdugo de su hijo.

—¡Qué hombre!—exclamó con asombro Ciervo-veloz.

—Es una gloria de Castilla, es el hidalgo, el invencible, el cristiano, el caballero de los caballeros.

La sultana Zayda Fatima, que no había podido verle sin sentir por él algo nuevo, algo desconocido, acabó de enamorarse de él; pero la sultana Zayda Fatima ha nacido con malas hadas: sobre la sultana Zayda Fatima pesa una maldición; ella se enamoró de un imposible al enamorarse de Guzmán, y al mismo tiempo encontró una contrariedad en el amor de otro hombre, mejor dicho, en el amor de un niño, porque aquel hombre era el joven infante.

—¿El joven infante don Juan Manuel?—exclamó Farfán—; pues tuvo suerte esa sultana.

—El infante don Juan Manuel es un gallardo mozo, muy bizarro, muy alentado, que ya es mucho, y que con el tiempo será mucho más.

—La infanta Zayda Fatima no ha nacido para amar á dos hombres—dijo el caballero del Aguilón Rojo—: sus amores por Guzmán el Bueno eran imposibles; imposibles los amores por ella del infante don Juan Manuel, porque Zayda Fatima amaba ya.

—¿Y á quién amaba esa infanta mora?—dijo Ciervo-veloz.

—Ya os lo he dicho—contestó el caballero—: amaba y ama á Guzmán el Bueno.

—Pero don Alonso Pérez de Guzmán es un hombre casado—dijo Ciervo-veloz—, y tan ca-

ballero y tan cristiano y tan enamorado de su mujer, que por todas las moras del mundo, aunque fuesen más hermosas que el lucero de la tarde, no la haría ofensa.

—No le amaría la sultana Zayda Fatima si le creyese capaz de hacer una traición á su esposa; porque el que vende un amor, venderá otro; porque el que falta á la fe jurada, será siempre perjuro; porque el que abandona á una débil mujer que no puede vengarse, incurre en villanía, y la infanta de Granada no puede amar ni á un perjuro, ni á un traidor ni á un villano.

—¿Y qué espera entonces esa infanta?—dijo Farfán.

—Vive con su amor, ocultándolo, recatándolo de todo el mundo.

—No le recata mucho cuando le conocéis vos, capitán.

—Yo lo he adivinado: era paje de la reina doña María, no ha todavía un año; veía todos los días á la infanta Zayda Fatima ó doña María de Granada, que era dama de la reina y muy querida de ella; algunas veces sorprendía en los ojos de la infanta una profunda tristeza, una de desesperación profunda, que daba á su mirada una melancolía infinita: á veces, cuando oía el nombre de Guzmán, lo que era muy frecuente, ardía en sus ojos por un instante una llama intensa que se apagaba, sucediendo al vivo color que había encendido las mejillas de doña María de Granada una palidez densa; por último, un día entró de improviso en la cámara de la reina en ocasión en que estábamos en ella doña María y yo, Guzmán el Bueno: no tuve ya duda; tembló la infanta, se puso mortalmente pálida, y miró de una manera ansiosa á Guzmán el Bueno; pero aquella mirada pasó tan rápidamente, que no tuvo tiempo de verla el que había sido objeto de ella; es verdad que Guzmán no tenía ojos mas que para la reina.

—¡Ah!—dijo Farfán—; ¿será verdad lo que dicen?

—¿Y qué dicen?—exclamó el caballero del Aguila Roja, volviéndose y desplomando una mirada tal y tan terrible sobre Farfán, que éste se estremeció.

—Dicen—contestó tartamudeando Farfán—que don Alfonso es el mejor vasallo de la reina doña María.

—Y dicen bien—contestó el caballero—; el mejor vasallo, el hombre leal que tiene toda su sangre al servicio del rey y de la reina, su ha-

cienda, su familia y aún me atrevo á decir que su alma. Pero ¡á caballo!—añadió poniéndose de pie.

—Qué, ¿no nos acabáis de contar la historia de la infanta mora?

—Otro día—respondió el caballero—; la noche avanza, y, según habéis dicho, el infante de Aragón debe pasar por el camino real al mediar la noche. Vamos.

Ciervo-veloz y Farfán se levantaron.

Tomó el uno su adarga y su estandarte, el otro su adarga y su naza de armas, y siguieron al capitán, que yéndose á la puerta, bajó por la escalera portátil.

Farfán, que salió el último, cerró la puerta y guardó la llave en la bolsa de gamuza que llevaba pendiente de la cintura; luego descendió.

—¡Ah de mis bravos!—dijo el capitán con voz energética—: ¡á caballo!

Oyóse un múltiple crujimiento de armas, que se repitió al montar los jinetes.

Uno de ellos trajo un magnífico caballo blanco al caballero del Aguila Roja.

Otros dos soldados habían traído sus caballos á Ciervo-veloz y á Farfán, que montaron.

—Las lanzas en las cujas—dijo el caballero—, y en marcha.

Y la rompió el primero.

Los aventureros siguieron á su capitán sin saber adónde iban. ¿Y qué les importaba?

Todo lo que necesitaban saber consistía en que su joven capitán era valiente y fuerte.

Atravesaban el espeso pinar enlugarbrecido y horrible por las sombras de la noche.

Los pins presentaban formas caprichosas y grupos fantásticos.

Las pisadas de los caballos se apagaban sobre el musgo.

Los arneses de los aventureros crujían acompasadamente de una manera desápacible.

Cantó uno un romance de su tierra, ó mejor dicho, empezó á cantarle, y se oyó la voz del capitán, que dijo:

—¡Silencio! Las águilas, cuando van en busca de la presa, no graznan.

Se apagó la voz del cantor.

Pusiéronse á hablar dos de ellos, y de nuevo resonó la orden de silencio.

—A algo duro vamos—pensaban todos, y todos pensaron también:—Pues mejor; habrá buena ganancia.

Ciervo-veloz y Farfán iban, el uno á la dere-

cha, el otro á la izquierda del caballero; pero sin hablar una sola palabra.

La orden de silencio les comprendía á ellos también.

El caballero llevaba algo avanzado su caballo y continuaba al paso sobre una especie de pradera estrecha y sinuosa que se perdía á lo largo entre terrenos accidentados, cubiertos de espesos pinos.

Esta marcha duró dos horas; al cabo de ellas terminó la Selva del Abrojo, y después de haber recorrido una extensa pradera descubierta, los aventureros llegaron al camino real junto á una magnífica cruz de piedra, pendiente de la cual había una caldereta llena con una estopa empapada en aceite y encendida.

De aquella luz cuidaba un buen hombre que tenía su ermita entre las primeras espesuras de la selva.

Una vez allí, el caballero mandó echar pie á tierra á su gente, y que permaneciese inmóvil junto á sus caballos.

Entregó á un escudero el suyo, se fué á la cruz, se arrodilló en sus gradas y oró.

Para esto se había separado algún tanto de Farfán y de Ciervo-veloz.

—Estoy reventando—dijo éste en voz muy baja á Farfán—por decirte una cosa que se me ha ocurrido; pero cuándo se me ha ocurrido? mucho tiempo después de haber salido de la cabaña.

—¿Y qué idea es ésa?

—¿Qué idea es ésa? que este caballero no es caballero.

—¿Pues qué es?—dijo Farfán.

—Dama.

—¡Estás loco! ¿Pues qué hay dama en el mundo capaz de atravesar de parte á parte de una lanzada la adarga y el arnés que llevaba encima Pero Rojo, ni de romper como ha roto de un golpe de maza el suelo de la choza?

—Dama y muy dama—dijo con acento de convicción Ciervo-veloz.

—Vamos, la hermosura de este caballero te hace pensar en eso.

—No, me lo han hecho pensar sus ojos; cuando hablaba de Guzmán el Bueno, los ojos le relucían como carbunclos, y Dios me perdone si no se le asomaba el color á las mejillas unas veces, y otras se ponía pálida.

—¡Pálida el caballero! Pálido dirás; lo de relucir los ojos y lo de ponerse pálido ó encarnado

puede ser que consista en que esté enamorado de la infanta mora y le irrite los celos el pensamiento de que la infanta ama á Guzmán.

—Te digo que ese caballero es la infanta mora, la sultana Zayda Fatima.

—¡Mora, y mira cómo reza al pie de la cruz!

—Ya sabes que la infanta mora se bautizó y que tomó el nombre de doña Maria.

—El caballero se llama Gutierre de Silva—dijo Farfán.

—Un nombre se toma de cualquier parte, porque no hay necesidad de ir enseñando á todo el mundo la partida de bautismo—dijo Ciervo-veloz.

—Hace cuatro días que vivo con el capitán sin separarme de él, y en él no he visto nada de mujer.

—¿Le has visto desnudarse?

—No, porque no se ha quitado el arnés en todo el tiempo que le conozco; con él come y con él duerme.

—Se lo habrá impuesto por penitencia.

—Yo te apuesto la parte de presa que me corresponda en la primera ocasión, á que el capitán es hombre y muy hombre—dijo Farfán.

—Y yo te apuesto toda la parte mía contra media parte tuya á que es mujer y muy mujer.

—Silencio, que se levanta y viene hacia nosotros.

—Dos á caballo—dijo el caballero.

Montaron dos de los más inmediatos.

—Al camino—dijo el capitán—y en marcha, como quien sale de Valladolid: cuando sintais á lo lejos gente armada, volved á toda brida y avisadme.

Los dos jinetes salieron al camino y se alejaron por él.

—Vosotros—dijo el caballero dirigiéndose á todos, id á la espesura y ocultaos en ella, estad listos para en el momento en que oigais mi bocina.

Los aventureros, incluso Farfán y Ciervo-veloz, se alejaron, llevando sus caballos de la mano hacia el comienzo de la selva.

El caballero del Aguila Roja se acercó á la cruz, se sentó en su grada mas alta, y apoyada la espalda en el pedestal de la cruz, permaneció inmóvil como una estatua.

CAPÍTULO V

DE CÓMO EL CABALLERO DEL ÁGUILA ROJA NO ERA CABALLERO, Y DE CÓMO UNA DAMA PUEDE SER TAN FUERTE COMO BERNARDO EL CARPIO

—¡Oh, mi buena reina, mi buena madre!— exclamó el caballero cuando se hubo alejado su gente—. ¡Qué estarás pensando de mí, de mí que me alejé de tu lado huyéndol ¡Y de qué! ¿Por qué has sido débil? ¿Por qué has perdonado al infante don Juan otra vez? ¿Por qué sigues mirando en él al hermano de tu esposo, al tío de tu hijo? El infante don Juan no ha renunciado á su ambición. ¿No te usurpó, ayudado, sostenido por vasallos traidores, tus reinos de León y de Galicia? ¿Cuándo ha venido a someterse á ti? Cuando puesto de tu parte el rey Don Dionís de Portugal por el casamiento de su hija la infanta doña Constanza con el rey tu hijo, amenazaba entrar por Galicia contra el infante don Juan á la cabeza de un poderoso ejército; cuando habiendo comprado la lealtad infame de don Diego López de Haro con el Señorío de Vizcaya, se ha venido á tu bando como el aventurero que sirve á sueldo; cuando Lara se ha venido á ti pensando en tu Señorío de Molina; cuando, en fin, el rey de Aragón abandona á don Alonso de la Cerda, quitándole soldados y obligándole á salir de tus reinos, porque alienta el ambicioso pensamiento de casar á su hermano el infante don Pedro contigo. ¡Ahl, esto es el infante don Juan: insolente y tirano cuando se cree fuerte, y sumiso y cobarde y servil cuando se siente débil. ¡Ahl, has abierto tu casa á la serpiente; confías demasiado en tu corazón y en la providencia de Dios; yo confío también y, sin embargo, he tenido miedo al amor impuro, á la malvada astucia de ese hombre. Ese hombre siente por mí una pasión del infierno; ese hombre ha traído sobre mí la terrible maldición de mi padre.

Como ven nuestros lectores, Ciervo-veloz no se había equivocado.

El caballero del Aguila era la sultana Zayda Fatima.

¿Quién había hecho fuerte á la sultana? ¿Quien hizo fuerte á Juana de Arco y á otras tantas heroínas.

¿Quién la había transformado de delicada dama en bravo caballero? Su corazón y la necesidad.

¿Dónde había encontrado las fuerzas necesarias para resistir el peso de la armadura, para regir un corcel de batalla y para el formidable encuentro lanza en ristre contra otro caballero armado? En la educación varonil que le había dado su padre.

Los moros españoles, cuya cultura, al leer sus códices, al examinar sus leyes, al ver la delicadeza, la belleza de monumentos tales como la Alhambra, refinamiento del lujo, del buen gusto y de la belleza, asombra; aquel pueblo galante, romancesco, hidalgo, simpático, por más que fuese invasor de otro territorio y enemigo irreconciliable de nuestros abuelos; aquel pueblo brillante como un meteoro, y que con la rapidez de un meteoro pasó por el inmenso espacio de la historia, dejando tras sí rastros de luz que aún brillan; aquel pueblo que no ha tenido semejante, que no ha dejado en la bárbara Africa más que su religión y sus costumbres, en la parte social, había conservado, sin embargo, á pesar de la cultura de su civilización, toda la rudeza de las montañas del Mogrheb, de donde había salido.

El enamorado caballero, el poeta, el refinadamente culto, el que parecía una delicada dama en el fondo de los encantados apartamentos del harén, el que parecía que no podía vivir sin aspirar los fragantes aromas de los pebeteros, el que se envolvía en sedas, el que suspiraba su amor al son de su guzla, cantando con la dulzura de una tórtola, el que adormecido por el opio hacía velasen su sueño encantadoras esclavas, el que parecía nacido para vivir durmiendo en un ensueño del jardín de Hirán, en el momento en que retronaban llamando á la lid el añafil fibrante y el atabal sonoro, sacudía su pereza, trocaba la seda por el hierro, empuñaba la fuerte lanza, cabalgaba sobre el bridón indómito, se convertía, en fin, en el león hambriento de matanza y de estrago de los ardientes arenales de donde habían salido sus abuelos; y una vez sobre el campo, á caballo, aspirando el aire de la campaña, era sobrio, sufrido para la fatiga, para las inclemencias, para todas cuantas privaciones, para todos cuantos trabajos trae consigo la guerra.

Aún todavía, cuando os acercáis á Granada, veis sobre la altura las macizas torres, los fuertes muros rojos que parecen labrados en granito, coraza impenetrable del ya viejo é inútil centinela que velaba sobre Granada.

Y aquellas torres, aquellos muros, aquellos cubos, aquellas puntiagudas almenas, os dan la idea de la fuerza ruda, resucitan por analogía para vosotros aquella tremenda época de rudeza y guerra continua, en que el labrador frontero llevaba la ballesta sobre la mancera de su arado, dispuesto siempre á resistir como un héroe una imprevista algarada.

¡Cómo presumir á la vista de aquellas para su tiempo formidables defensas lo que ocultan dentro de sí! Pero entráis en la Alhambra y os maravillan, os arroban, os enamoran aquellos bellísimos patios de galerías afiligranadas, sustentadas por columnas de alabastro; aquellas cámaras maravillosas que arrojan de sí torrentes de languidez y de voluptuosidad, y la hada de la molicie y del amor que aún vive allí, estampa en vuestros áridos labios su húmedo y suspirante beso; estáis dentro del símbolo de la religión, de las costumbres y de la civilización mora, y tenéis que asomaros á un ajimez, tocar el áspero muro, ver debajo de vos los bastiones almenados, para comprender que tanta belleza, tanta delicadeza, tanta afeminación, están tan inmediatamente unidos á tanta fuerza, á tanta rudeza, á tanta amenaza.

Parece como que la Alhambra, al que penetra en su interior, le dice: Vive, goza con tu materia, con tu espíritu, con tu ser entero. Y que su exterior, trasladándonos á otros tiempos, intima altivo y feroz la muerte al que se atreva á acercarse á los muros con intención de escalarlos ó aporillarlos.

Cuando nosotros nos hemos puesto en esta situación, en medio de un sueño de lo pasado, han herido nuestros ojos los vivos destellos del sol sobre bruñidos arneses; hemos visto tras cada almena el fantasma de un feroz guerrero; hemos oído el chasquido de la ballesta, el fragor del combate, el golpe en los muros de la pelota de piedra lanzada por la catapulta; hemos visto bambolear la larga escalera, y caer con horrendo espectáculo á la profunda cava los soldados que cargaban la escala; hemos comprendido, en fin, lo formidable, lo inexpugnable de la vieja y mutilada Kasbá granadina, la que tiene por entrañas jardines y estanques, y galerías y retretes que realizan las soñadas descripciones de las leyendas orientales.

Y así era también la dama mora: idilio del amor y de la hermosura, preciosa joya viviente, hechura de Dios, guardada, velada, secuestrada

para el misterioso amor de un hombre celoso, enriquecida con la púrpura, las perlas, el oro y la pedrería; indolente, sumisa, delicada, resignada á su jaula magnífica y á la monotonía de un amor sin celos, sin pruebas, sin combate.

Pero esta dama soñada, esta dama creada para todas las delicadezas de la vida, tenía en sus venas la sangre de fuego de sus abuelas, las hijas del desierto; esta dama oía con mucha frecuencia desde su lecho perfumado el embate perfumado de la guerra, que como una tormenta de muerte y sangre envolvía el alcázar, dentro del cual existía su oriental retrete.

Muchas veces un venablo gigantesco lanzado por la balista penetraba fragorosamente por el cerrado ajimez, rompiendo su feble celosía, sus hojas de alerce labrado, sus vidrios de colores, y destruyendo sobre su mismo lecho alguna bella hajaraca, alguna frase de una sura del libro de Dios, ó dejando cojo algún verso de una inscripción amorosa.

Asistía á las justas, y veía morir sin estremecerse uno y otro caballero; y la feroz lidia del toro acababa de acostumbrarla á ver sin conmoverse la efusión de sangre y el horror de la agonía.

En aquellos tiempos la guerra estaba en la atmósfera, y con la guerra todos sus horrores.

Las más altas princesas eran las más fuertes, porque se las educaba para que lo fuesen.

No había rey moro que pudiese contar de seguro con la estabilidad de su dominio.

Sobre el poder de los reyes está el poder de Dios. Mahoma lo dijo, y lo consignó como un precepto divino en el Korán; no hay más Señor que el Fuerte; él da los imperios y él los quita; él solo es el vencedor; los que vencen, vencen en su nombre y son su brazo; el califa es el vencedor: de modo que, por este principio teológico del Koran, la legitimidad, la sucesión, no existían sin la fuerza, esto es, sin Dios: de tal modo, que un hombre de nacimiento oscuro se sublevaba ayudado por algunos otros hombres, vencía al wálí que salía á su encuentro representando al rey, aumentaba su ejército, se ponía al fin frente á frente del califa, le vencía, le cortaba la cabeza, se ceñía su ensangrentada corona, y reinaba legítimamente por el derecho de la victoria.

De aquí la continua guerra civil de los moros, su desmembración en pequeños Estados, y su destrucción por los heroicos esfuerzos de los españoles solariegos que no cesaban en su gran tarea de reconquista.

Cuando nació la infanta Zayda Fatima, el rey su padre llamó á los astrólogos y les mandó leyesen en el libro del destino el horóscopo de su hija y la levantasen figura.

Velaron muchas noches los sabios, consultaron las estrellas, hicieron cálculos sobre los signos de sus astrolabios, observaron el vuelo de las aves agoreras, preguntaron á los muertos evocando sus sombras, preguntaron á los árboles, á las rocas, á las corrientes; hicieron cuanto les fué posible hacer, usando de la astrología judiciaria, de la nigromancia, de la geomancia, y después de sesudas y largas especulaciones, dijeron al rey Mojammet, después de llamarle con todos los pomposos adjetivos y calificativos de costumbre:

—El destino de la infanta Zayda Fatima, con tristes hadas nacida, es oscuro y tormentoso; que no ame, señor, porque si ama, su vida será funesta y azarosa, y habrá menester de toda la fuerza que Dios da á sus elegidos para sostenerlos en la lucha.

Y por más que el rey quiso que los sabios aclarasen sus palabras, éstos se parapetaron con que nada más les habían dicho las estrellas y los muertos y las peñas y las aguas, y el rey hubo de contentarse con lo que le dijeron, y se propuso preparar á su hija en cuanto le fuese posible para aquella vida de azarosa lucha que los sabios la habían predicho.

Preparóla en cuanto tuvo uso de razón para un ascetismo rígido, y consagró, como sabemos, su castidad al Señor. Esto era lo más á propósito para prevenirla contra el amor humano, que, según los pronósticos de los sabios, debía serle tan funesto.

Pero como los agüeros eran inciertos, como podía suceder muy bien que, á pesar de ascetismo amase, y como habían dicho al rey que si llegaba este caso, la infanta necesitaría una gran fuerza para la lucha, el buen rey se prosuso hacerla fuerte, y al efecto, desde muy niña, la ocupó en ejercicios varoniles.

Creemos que no necesitamos justificar más la situación de fuerza en que hemos presentado á la infanta Zayda Fatima, la hemos visto impávida en el Alcázar de los Mármoles, en el momento de la traidora sorpresa del infante don Juan; la hemos visto evadirse con la energía de un hombre de la casa fuerte de los Cigarrales; la encontramos al fin al frente de una banda de bravíos aventureros, haciéndose respetar de ellos

por haberlos hecho testigos de la muerte que con un solo encuentro dió á su capitán.

Y ya antes de ser arrancada de su retiro, la infanta había cabalgado en potros salvajes, había roto más de una lanza contra los pajes del rey su padre, había perseguido al fiero jabalí en las ásperas cortaduras de Sierra-Nevada, y aun había asistido alguna vez á una batalla al lado del rey Mojammet.

Nada, pues, de extraño tenía lo que hemos dicho de ella; nuestra conciencia de escritores nos ha obligado á ser algo difusos para que no se crea inverosímil este personaje, aunque nos hubiera bastado citar como símiles comprobativos á doña María la Brava, la de Salamanca, que encerrándose en una habitación con los matadores de sus hijos, acabó con ellos á estocadas; á doña María Teresa Pacheco, que un año después de muerto su esposo Juan de Padilla, fué el bravo general de los Comuneros, y supo burlar, en fuerza de energía, la invencible fuerza del gran Carlos V, huyendo á Portugal; á aquel bravo alférez de Pizarro, que murió en el Perú, y del cual no se supo que era mujer y monja hasta después que murió; á María de Zaragoza, la heroína de la batería de Santa Engracia, y á otras tantas que sería prolijo enumerar.

Para los que conocen la historia, nada hubiéramos tenido que decir; la repudiación de una mujer fuerte no es más que una nueva excepción comprobada por otras muchas excepciones; pero nosotros escribimos para todo el mundo, y he aquí la causa de nuestra digresión.

La sultana Zayda Fatima era lo que el alcázar moro donde había nacido; una delicadísima belleza dentro de una armadura de guerra; un edén de delicados y puros sentimientos, defendido por una fuerza bravia; era un símbolo viviente de las creencias y de la manera de ser de su raza.

Continuemos.

CAPITULO VI

DE LA MALA AVENTURA QUE LE ACONTECIÓ AL INFANTE DON PEDRO DE ARAGÓN

No tuvieron que esperar mucho tiempo los aventureros á que llamase la bocina de su capitán, ni la infanta Zayda Fatima pudo pasar en su monólogo más allá del punto donde le dejáramos, y en el cual fué cortada por el ruido cre-

ciente de la carrera á rienda suelta de dos caballos que se acercaban.

Zayda Fatima se puso de pie y adelantó hacia el camino.

Poco después llegaron los dos aventureros que había destacado para que el camino reconociesen.

—¿Qué sucede?—dijo Zayda Fatima en cuanto se detuvieron junto á ella.

—Sucede, capitán—dijo uno de ellos—, que cuando llegamos á los peñascales y al mismo punto donde está enterrado Pero Rojo, como nos hubiésemos detenido para escuchar, á fuer de buenos ojeadores, oímos á lo lejos son de arneses y marcha de caballos que venían al paso. En el instante nos volvimos, apretamos los acicates á los caballos, y aquí nos tenéis.

—Deben venir muy lejos aún—dijo Zayda Fatima.

—Tiempo hay sobrado—dijo el otro aventurero—, para cabalgar y salirles al encuentro si os placiere.

—Id á la espesura y mandad á los otros que vengan—dijo Zayda Fatima.

Los dos aventureros se alejaron al trote hacia el principio de la selva.

Zayda Fatima se arrodilló de nuevo ante la cruz, y oró.

Para ella, y atendido el amor que profesaba á la reina doña María, aquellas circunstancias eran gravísimas: la reina estaba en Valladolid con el rey su hijo rodeada de traidores.

Se pretendía imponerla por la fuerza, según creía Zayda Fatima, atendido el carácter de la reina y el amor que guardaba á su difunto marido, su casamiento con el infante de Aragón don Pedro.

Otro infante traidor, don Juan, á quien aquel casamiento no convenía, porque le anulaba, había encargado el asesinato oscuro del infante de Aragón á unos aventureros capaces de todo, á cuyo frente le había puesto de una manera extraña la Providencia.

¿Qué debía hacer Zayda Fatima? Lo ignoraba: todo menos un asesinato; pero prescindiendo de éste, la situación era difícilísima.

¿Que debía hacer? No lo sabía.

Por lo mismo oraba á Dios para que la iluminase.

Llegaron Ciervo-veloz, Farfán, los cuatro escuderos de Zayda Fatima, y los otros aventureros.

Uno de sus escuderos presentó á Zayda Fatima, que se había levantado de al pie de la cruz, su caballo.

Zayda Fatima cabalgó, la dió otro escudero su adarga y su lanza, y mandando á su gente que cabalgase y la siguiese, rompió la marcha, yendo al encuentro de los jinetes, que según la habían dicho, avanzaban hacia Valladolid.

Durante media hora nada se encontró, nada se oyó.

Zayda Fatima y su gente caminaban al paso.

Al fin, allá á lo lejos, se escuchó confuso rumor de arneses y de pasos de caballos.

—Embrazad las adargas y terciad las lanzas—dijo Zayda Fatima con la energía de un capitán veterano—, y al trote.

El escuadrón se deslizó sobre el camino y bajo la sombra, raudo y sonoro como el viento de la tempestad.

A poco se sintió ya cerca otro escuadrón que avanzaba también al trote.

—¡Alto y atentos!—gritó Zayda Fatima á su gente, que en el mismo punto reprimió sus caballos y se detuvo.

Zayda Fatima siguió al trote un corto espacio, y cuando juzgó que los que venían podían oírle, gritó:

—¡Téngase allá la gente que viene!

Detúvose aquel escuadrón, obedeciendo á una voz robusta que le mandó hacer alto.

Luego, aquella voz robusta, nerviosa é impaciente, dijo:

—¿Y á quién he de tenerme?

—A los Hermanos de la Selva—contestó Zayda Fatima.

—Háganse á un lado esos hermanos y dejen libre la vía, ó pasará por cima.

—¿Sois don Pedro de Aragón?—preguntó Zayda Fatima.

—Yo soy—contestó el mismo caballero que había hablado antes.

—¿Vais á Valladolid?

—A Valladolid voy.

—Pues no pasaréis sin hablar conmigo.

—¡Amigos!—dijo el infante volviéndose á los suyos—: ¡lanzas en ristre y á la ventura de Dios!

—¡A mí los Hermanos de la Selva! ¡Que nadie toque al caballero de la sobrevesta blanca!

Blanca era la sobrevesta del infante don Pedro.

Un momento después, los dos escuadrones se habían embestido.

Algunos hombres de una y otra parte habían caído de los arzones, y gritaban pisados por los caballos.

Los Hermanos de la Selva eran superiores en número á los del infante de Aragón, y como aventureros de oficio, estaban mejor montados y mejor armados.

Zayda Fatima se ocupaba, más que en combatir, en proteger al infante don Pedro.

No se oía más que el violento revolver de los caballos y el ruido áspero, terrible, de las espadas, de las hachas y de las mazas sobre las adargas y los arneses, y las imprecaciones de los unos y de los otros.

Pero, en fin, como que el infante venía mal prevenido, con poca gente, y ésta allegadiza, los Hermanos de la Selva ganaron en muy poco tiempo una gran ventaja.

¿Y cómo no? Adonde alcanzaba la formidable maza de Farfán, venía un hombre al suelo, magullado, destrozado, para no volver á levantar más; donde metía su caballo Ciervo-veloz, aporillaba; donde caía Zayda Fatima con sus cuatro escuderos, que no se separaban de ella un momento, iba el huracán.

Al fin, el infante, viendo á su gente dominada, se salió del camino y dió á huir campo travesía.

—¡Ah, no, no! no se me os escaparéis, señor infante—dijo Zayda Fatima arremetiendo tras él—detenros, no me dejéis ver una cobardía indigna de vuestra prosapia: un caballero tal como vos, muere y no huye.

Avergonzado sin duda el infante, revolvió su caballo; pero lo revolvió tan mal, que perdió tierra, y cayó, arrastrando á su jinete.

—¡Rendíos á los Hermanos de la Selva!—le dijo Zayda Fatima poniendo junto á él su caballo y amagándole con la lanza.

—¡No me matéis, que me rindo—dijo el infante—, y si os han pagado por queme matéis, yo os pagaré más por que me dejéis con vida.

—Os habéis encontrado con caballeros y leales servidores de la reina, no con asesinos; con caballeros que podrán mataros hoy, mañana y luego, si enemigo de la reina sois; pero que no tomarán el precio de vuestra sangre; levantadle, amigos; dadle un caballo, recoged los heridos, y á la selva.

—Todos los que están en el suelo menos este caballero—dijo Farfán—están con Dios.

—¡Pues que Dios los perdone!—dijo estremeciéndose ligeramente Zayda Fatima.

Y como el infante hubiese ya cabalgado, Zayda Fatima le dijo:

—Dadme vuestra espada en señal de que sois mi prisionero, y seguid á mi lado.

—Tomad—dijo el infante—y ved que os doy la espada de un rey, porque ésta fué la espada del rey don Jaime de Aragón, mi padre.

—Callarlo debierais en tal caso—dijo Zayda Fatima.

Y tomando la espada del infante, la besó en el pomo como para satisfacer al valiente padre difunto de la cobardía del hijo, y la atravesó en su talabarte.

—Ved aquí que con ella me quedo—dijo Zayda Fatima—hasta que la rescateis á lanzadas, infante; yo tenía una espada sin nombre, una buena espada vieja que sabe Dios de quién fué, y me alegro de haber ganado la espada de un rey; porque si vos sois infante, yo también lo soy.

—¿Y de dónde sois vos infante?—exclamó don Pedro.

—De mi casa.

—¿Y cuál es vuestra casa?

—La que Dios sabe.

—¿Seréis acaso el infante don Juan Manuel?

—No; el infante don Juan Manuel está allá en Valladolid muy entretenido en hacer trovas á las damas de la reina para consolarse de unos amores que le salieron muy mal.

—No conozco en Castilla ningún infante joven como no sea el infante don Juan Manuel; y aun así, no le conozco más que de nombre, porque no le he visto nunca.

—¿Y qué, no hay otra casa de rey de la cual puede ser yo, más que la de Castilla, la de Aragón ó la de Portugal? El mundo es muy grande, y hay en él muchos hijos de rey, desde las Indias á la Gran Tartaria.

—Hablaís como vuestra lengua propia el castellano.

—Pero con algo de acento extranjero, si lo notáis bien.

—Es verdad; vos no sois de estos reinos de España.

—Mi familia viene de más allá.

—¿Servís á la reina?

—Sí, pero la reina lo ignora.

—¿Y cómo eso?

—La reina no sabe que yo ando en su defensa por esos mundos de Dios, armado hasta los dientes.

—Quiero conoceros—dijo el infante.

—Veréisme bien la cara dentro de un poco, cuando tengamos luz; el nombre de que me valgo para encubrir el mío es Gutierre de Silva: mi sobrenombre de guerra, el caballero del Aguila Roja; mi situación, capitán de los bravos aventureros que se sobrenombran los Hermanos de la Selva.

—Ya me habíais dicho que pasase bien apercibido por el Abrojo, que era posible que me armase alguna celada el infante don Juan.

—Lo cual os ha dicho el infante don Enrique el Senador: os habéis puesto entre dos traidores, infante don Pedro; bien es verdad que ese es vuestro lugar, porque no habéis venido á Castilla más que para una traición.

—Amo á la reina doña María.

—Amáis la corona; porque una vez unido con la reina, y como la reina es sobrina del Santo rey don Fernando, y como la verdad es que todos los que no son ambiciosos en sus reinos la aman porque conocen su virtud, vos os habéis dicho: La reina será siempre la reina; cuando más, dejaremos una sombra de rey á don Fernando IV, desmembraremos en nuestro provecho la corona, y cuando la hayamos desmembrado bien, haremos que Aragón se trague á Castilla. Habéis soñado, infante, y al despertar os encontráis mi prisionero.

Se oyó entonces el sonido de una bocina.

—¿Qué es eso?—dijo deteniéndose Zayda Fatima.

—Eso es—contestó Farfán—que hacia nosotros se viene un escuadrón de lanzas, y nos avisa para que nos detengamos.

—El infante don Juan Manuel—dijo el infante don Pedro.

—¿Qué decís del infante don Juan Manuel?—dijo azorada Zayda Fatima—¿que viene ahí el infante don Juan Manuel?

—Sí; su tío don Enrique el Senador le envió un correo, á fin de que saliera á recibirme al Abrojo: por lo mismo, como no conozco personalmente al infante don Juan Manuel, por él os tomé cuando os llamasteis infante, por más que no comprendiese que siendo él me hubieseis combatido.

—¡Ah!—dijo Zayda Fatima—¿conque el infante don Juan Manuel, á pesar de sus pocos

años, anda ya en traiciones contra su buena tía? ¡Ah! nos veremos, señor infante, nos veremos.

Y avanzó su caballo hacia el escuadrón que se acercaba.

De aquel escuadrón se adelantaron dos jinetes al encuentro de Zayda Fatima y del infante don Pedro, que se había adelantado también.

—¿Quién va?—dijo Zayda Fatima al llegar á cierta distancia.

—¿Viene ahí el infante de Aragón?—contestó una voz juvenil, pero enérgica, alentada.

—Aquí viene prisionero—contestó Zayda Fatima.

—Esa voz...—exclamó con acento un tanto trémulo el uno de los caballeros del escuadrón recientemente llegado y que había hablado antes—yo conozco esa voz... pero no puede ser, es imposible.

—Nada hay imposible cuando Dios quiere—dijo la sultana Zayda Fatima—; pero si me habéis reconocido, como parece, guardadme el secreto, infante, si, como creo por vuestra voz, sois el infante don Juan Manuel.

A este punto se habían unido los cuatro jinetes.

—¿Cómo os llamáis ahora?—dijo conmovido el infante.

—Me llamo el caballero del Aguila Roja—contestó Zayda Fatima—; ése es mi nombre de guerra.

—¡Vuestro nombre de guerra!—exclamó el infante don Juan Manuel.

—¿Qué queréis? yo he nacido para la lucha.

—¿Pero dónde habéis encontrado fuerzas?

—Ya en los reinos de mi padre era yo fuerte—contestó Zayda Fatima—; y además, Dios fortalece á aquel á quien quiere ayudar.

—¿Os conoce vuestra gente? A no ser que esta gente sea del infante de Aragón, que os acompañe, y á quien saludo.

—No, no, señor infante don Juan Manuel—dijo el infante don Pedro—; la gente mía que ahí viene, viene prisionera, y prisionero vengo yo también,

—¿En prisión os ha puesto el caballero del Aguila Roja?—exclamó el infante don Juan Manuel—: no extrañéis que me asombre; ya sabía yo que había hecho prisioneros á otros, pero en una guerra muy distinta—añadió el joven infante suspirando.—¡Ah señor caballero del Aguila Roja! que Dios os perdone el daño que habéis hechol

—No ha sido mía la culpa de ese daño—dijo Zayda Fatima—, y tal vez á mí es á quien más daño haya hecho; no hablemos de esto; son cosas pasadas; hablemos de lo que importa; pero eso lo hablaremos cuando lleguemos adonde tengo yo mi campo, dentro de la Selva del Abrojo, que estamos tocando, y por la cual vamos á internarnos.

—¿Y creéis vos, caballero—dijo el infante don Juan Manuel—, que puedo yo permitir mantegáis á mi primo el infante don Pedro?

—Vos haréis lo que yo os mande—dijo Zayda Fatima con un acento en que encontró un misterio inexplicable el infante de Aragón—, y no obligaréis á mi gente á que enristre de nuevo las lanzas.

—¿Cuán bien se conoce—dijo el infante don Juan Manuel—, que conocéis hasta qué punto me domináis!

—Marchemos, marchemos—dijo Zayda Fatima—; la noche está fría, y la pasaremos mucho mejor al fuego en el rústico alcázar que tengo yo en la selva.

—Marchemos—dijo don Juan Manuel—; y si os place, peden unirse mis escuderos con los vuestros y con los del infante de Aragón.

—Sea—dijo Zayda Fatima.

Y volviéndose á los suyos, que llevaban en medio de sí prisioneros á los del infante de Aragón, les mandó que se uniesen á los del infante don Juan Manuel.

Ya en esta forma, la marcha continuó.

Anchas y pesadas nubes habían aumentado la obscuridad de la noche, y empezaba á llover menudamente. El aire era intensamente frío.

—Caminemos de prisa—dijo Zayda Fatima—; la noche se hace cruda.

Y puso al trote su caballo.

Todos, el infante don Juan Manuel, el caballero que le acompañaba y que había permanecido mudo, el infante don Pedro y los hombres de los tres escuadrones, pusieron sus caballos al trote.

Zayda Fatima y don Juan Manuel iban muy delante, precedidos á buena distancia de Farfán y de Cervo-veloz, que, como prácticos en la selva por la que habían penetrado, iban de adalides ó guías.

—No sé si bendecir ó maldecir mi fortuna—dijo don Juan Manuel—, porque al fin os encuentro.

—Cesemos, cesemos, infante—dijo Zayda Fa-

tima—; es muy fatigoso hablar cuando se va al trote.

—Pues pongamos los caballos al paso.

—No tal; el frío es un enemigo contra el cual no hay más defensa que el fuego; vamos en busca de un hogar hospitalario, y cuanto más de prisa mejor.

—¡Ingratal—exclamó el infante don Juan Manuel.

—Mirad—dijo Zayda Fatima—, que el viento nos da de cara, que puede llevar vuestras palabras á los que nos siguen, y se extrañarán grandemente de oiros llamar ingrata á un bravo capitán como yo.

—¡Bravo capitán!—exclamó con asombro el infante don Juan Manuel.

—Y tan bravo—contestó Zayda Fatima—, que si no atravieso de parte á parte, á pesar de su buen arnés, á cierto capitán [de aventuras, no me obedecerían ahora los feroces aventureros con quienes he preso á todo poder al infante de Aragón don Pedro; como os hubiera preso á vos, señor infante don Juan Manuel, si obedeciéndome no me hubiereis seguido.

—Conocía el poder de vuestros hechizos, pero nunca hubiera creído que vuestro brazo pudiese tanto como ellos.

—No os olvidéis de que el viento arrastra vuestra palabras, don Juan Manuel, y sobre todo, no me obliguéis á fatigarme; sed el mismo galán caballero de siempre, si no queréis que me enoje.

—¡Ah! no encuentro defensa contra vuestra tiranía, y me someto á ella.

—Veamos si eso es cierto.

—Mandad.

—Callaos, y no volváis á hablar ni una sola palabra hasta que lleguemos adonde vamos.

El infante don Juan Manuel sólo contestó con un suspiro. Su conversación quedó de todo punto cortada.

Pero detrás de ellos se oía el murmullo de otra conversación: los que la sostenían eran el caballero con quien había adelantado el infante don Juan Manuel al encuentro de Zayda Fatima, y el infante de Aragón.

—¿Sois de la casa del señor infante don Juan Manuel?—había dicho don Pedro á aquel caballero.

—Sí, señor; soy mayordomo del señor infante, y me llamo Lope González de Aytona.

—Por lo Aytona venís de Aragón—dijo el infante don Pedro.

—De allá vinieron mis abuelos á Castilla—contestó Lope González—, por unas diferencias que tuvieron con el gran don Jaime I, por las que se libertaron del pleito homenaje al rey de Aragón y se pasaron á estos reinos de Castilla.

—Debe, sin embargo, tiraros vuestra buena sangre aragonesa—dijo el infante.

—¿Y quién lo duda?—dijo Lope González—: tanta vanagloria tengo por haber venido de Aragón mis abuelos, como de haber nacido en Castilla.

—Buen reino es éste.

—No le va Aragón en zaga.

—Unidos Aragón y Castilla, mandarían en el mundo entero.

—Agrio está lo de unirse los dos reinos; y si no, ahí tenéis la cruda guerra que se hacen, y á la cual se ha dado una tregua mirando á vuestro casamiento con la reina doña María.

—Si ese casamiento no se hace, os juro, señor Lope González, que muero desesperado.

—Pues paréceme que mucha fuerza habéis de hacer á la reina para que este casamiento se haga. ¿Conocéis bien á su señoría, señor infante?

—No la he visto nunca; de tierras de Aragón pasé á Andalucía, donde me esperaba mi buen primo el infante don Enrique.

—¿Y amáis á su señoría sin conocerla?

—He visto un retrato suyo, que muestra que la verdad ha de ser mucho más hermosa que la pintura; sueño con la reina, por la reina vivo, y por eso os he dicho que si á la reina no tengo, muero.

—¡Hum!—dijo Lope González—antójaseme que la reina no ha de ver en ningún hombre lo que vió en el difunto rey don Sancho.

—La reina es joven: á los muertos se les llora, y después... después... cuando se les ha llorado bastante, se piensa en los vivos.

—No conocéis á la reina mi señora, señor infante—dijo Lope González—; la reina doña María mira al bien de sus reinos antes que á sí misma, y es una matrona en quien Dios ha puesto todas las virtudes de la mujer fuerte; Dios la ayuda; tres años lleva de gobernar estos reinos, y en estos tres años, aunque no ha cesado ni un momento el vendaval, ha resistido firme como una roca; se la ha acometido de todas maneras, con la traición, con la calumnia, y siempre ha

encontrado en su corazón fuerzas para luchar y vencer.

—Paréceme que vos estáis también enamorado de la reina, señor Lope González.

—La admiro, aunque alguna vez he militado contra ella. Porque ¿qué queréis que suceda en nosotros, que somos satélites de nuestros señores y que vamos adonde ellos van? Mi amo el infante don Juan Manuel, aunque es muy joven, es ambicioso, y no pierde de vista los Señoríos del reino de Murcia que tuvo su padre, y que le fueron quitados por el rey don Sancho á cambio de otros Señoríos; el infante quiere, á más de los del trueque, aquellos por los que se trocaron, y allá se va con los que le aconsejan y le ofrecen ayuda, y se viene á la reina cuando mejor le conviene, y así andamos; hanle ofrecido ahora el infante don Enrique que si os ayuda en vuestras pretensiones tendrá lo de Murcia, y he aquí por qué ha salido á recibirlos secretamente encubierto por la noche: pero ¿cómo es que os hemos encontrado prisionero, señor infante?

—¡Ah! ¡callad! la reina lo sabe todo; en todas partes tiene defensores; he sido acometido por un escuadrón de demonios, contra los cuales no he podido valermé; por unos que se llaman los Hermanos de la Selva, y que tienen por capitán un infante joven de no sé qué casa de rey.

—Puede ser que sea de casa de rey moro—dijo con reserva Lope González, que había reconocido también á Zayda Fatima, pero que guardaba el secreto, porque no conocía las intenciones de su amo.

—¿Y cómo anda la corte, señor Lope González?

—Como siempre, revuelta; si se ha de creer á lo que dicen los unos y los otros, la reina no tiene más vida que la que le dan los bandos; pero la verdad es, que aunque todos la hacen la guerra, allégándose al uno y separando de sí al otro, los tiene tan divididos y tan desorientados, que no hacen cosa de provecho; en cuanto á vos, señor infante, os aconsejo que vayáis echando paciencia, y que obréis con mucha cautela; porque tenéis grandes enemigos, especialmente en el infante don Juan, que como el tío del rey tiene sobre él mucho predominio, y no quiere perderle como le perdería si con vos se casase la reina.

—Pues os juro que ó es la reina mía de buen grado, ó la hago la guerra, la estrecho y la obligo, para tener paz, á que conmigo se case.

—Sucumbiréis como todo el que se ha puesto enfrente de la reina; tiene esta señora muy buena estrella.

—Pues mirad no se eclipse.

—¿Os olvidáis de que os han hecho prisionero por la reina gentes que la sirven?

—Y bien, no porque haya sido vencido he de perder la esperanza; esto ha sido una sorpresa, y no creo que se atrevan á tener prisionero en Castilla á un hermano del rey de Aragón.

—Como os han hecho prisionero, podrán mataros mañana.

—Confío en Dios y en mi corazón; pero ¿qué es esto? una bocina manda hacer alto; ¿habremos llegado?

En efecto, habían llegado ya á la gran choza que servía de habitación al capitán de los Hermanos de la Selva.

Zayda Fatima y el infante don Juan Manuel echaron pie á tierra.

La infanta dió orden para que se alojasen todos los escuderos y se les tratase bien, tanto á los del infante don Juan Manuel como á los del infante don Pedro, y extremando con éste su severidad de vencedor, mandó á Ciervo-veloz le llevase preso á su cabaña y le pusiese buena guarda: la importaba hablar con el infante don Juan Manuel, y entró con él sola en la cabaña.

Farfán había puesto un gran fuego en el hogar, y había salido.

Ciervo-veloz y los cuatro escuderos particulares, por decirlo así, de Zayda Fatima, se quedaron de guardia junto á la gran choza, y encendieron otra grande hoguera, alrededor de la cual se sentaron.

CAPITULO VII

EN QUE SE VE QUE SE HABIA TRANSFORMADO MUCHO EL INFANTE DON JUAN MANUEL

Era singular el aspecto de los dos infantes; imberbes ambos, porque Zayda Fatima no podía tener barbas, y porque el infante don Juan Manuel acababa de cumplir sus diez y seis años y no las tenía aún.

Aunque Zayda Fatima contaba veintiséis años, parecía tan joven como el infante.

Este se había desarrollado con la fatiga de aquella azarosa lucha en que se había visto envuelto, y era alto y fuerte, algo más alto y algo más robusto que Zayda Fatima; era blanco, muy

blanco, con los cabellos muy rubios, que cayeron sobre sus hombros en pesados rizos cuando se hubo quitado el casco y la capellina de mallas.

Tenía los ojos pardos, grandes, de mirada profunda, y era muy pálido.

Aunque hermoso, no lo parecía tanto como Zayda Fatima, que era un prodigio.

Llevaba el infante un arnés fuerte de punta en blanco, de los que había muy pocos en aquel tiempo, y sobre el arnés una sobrevesta ancha y larga, de seda blanca, de un tejido muy fuerte, lisa y sin otra empresa que un escudo á cuarteles de alas y leones, armas que había dado el rey don Fernando el Santo á su hijo menor el infante don Manuel, padre del infante don Juan Manuel, de que nos ocupamos.

Llevaba asimismo ceñida el infante la espada Lobera del Santo rey, que había éste legado á su hijo el infante don Manuel, y que á su vez había heredado el nieto; y el puñal de misericordia que llevaba á su cinta con pomo de oro y piedras, regalo había sido del rey don Sancho IV, primo hermano del infante.

Mucho había variado éste desde la muerte de aquél, á pesar del poco tiempo que había transcurrido.

Era entonces un niño y había oído, con las lágrimas en los ojos, el encargo que el rey moribundo le había hecho de que guardase entera lealtad al infante don Fernando, á quien iba á pasar la corona.

No en balde había hablado con tanto encarecimiento Sancho IV en la noche de su agonía al infante don Juan Manuel.

El niño, crecido al embate de las pasiones políticas en medio de aquella época ruda de continuas luchas, se había hecho prematuramente hombre y había prestado corazón fácil á la contagiosa ambición de que todos los magnates estaban poseídos.

No podía decirse aún que el infante don Juan Manuel fuese traidor á su sobrino el rey de Castilla, ni lo fué nunca; pero de su continuo trato con ambiciosos y traidores, que vienen á ser una misma cosa, tomó ciertos visos y resabios de traición, que si nunca se decidió, deslustró en gran parte su buen nombre.

En el momento que le presentamos de nuevo á nuestros lectores, servía de instrumento á su tío el infante don Enrique, harto interesado en el casamiento de la reina doña María con el infante de Aragón, por las grandes promesas que

el rey de Aragón le había hecho si aquel enlace se realizaba.

Pero dejemos hablar á los dos jóvenes.

Zayda Fatima miraba profundamente al infante don Juan Manuel, y con una severidad tal, que éste estaba desconcertado; le dominaba Zayda Fatima; como que estaba mortalmente enamorado de ella.

—En buen lance os encuentro metido, señor infante—dijo Zayda Fatima—; y quisiera ver qué rostro os pondría la reina mi señora si en este momento os mirara.

—No sería peor que el que me ponéis vos, señora de mi alma—contestó el infante.

—Ved que habláis con el caballero del Aguila Roja—contestó severamente Zayda Fatima—, no con la pobre huérfana desvalida á quien obligasteis á huir no ha mucho del noble regazo que tan generosamente la amparaba.

—¡Ah, señora!—exclamó el infante—; toda la culpa fué de vuestra hermosura y de la pasión que por vos arde en mi alma.

—¿Y sabéis—dijo Zayda Fatima mirando de una manera terrible al infante—por qué yo desaparecí un día sin dejar detrás de mí señal alguna, dando ocasión á que la reina mi señora pensase de mí desfavorablemente? Fué porque respeté en vos á un príncipe de su casa; porque no quise darle el dolor de que os encontrasen muerto al pie del muro de mi habitación; porque, oído bien, doña María de Granada y el caballero del Aguila Roja son un mismo y valiente ser, y á no ampararos el amor que os tiene la reina doña María, yo os juro que no contaríais vuestro atrevimiento de haberos entrado en mi estancia sobornando á mis doncellas y en alta hora de la noche.

—Me tentáis desesperado: yo quería obligaros á que fuérais mi esposa.

—¿Y quién puede obligarme á mí á que sea su esclava? Porque no es otra cosa que esclava la que sin amor se casa; ¿ni qué había yo de hacer más que huir de un lugar donde me rodeaba la traición y donde me acechaba la deshonra? Porque vos, infante don Juan Manuel, sois, como todos los de vuestra raza, violento y antojadizo, y quiera Dios que, como muchos de los vuestros, no acabéis mal.

—Echáis sobre mí toda la culpa de vuestra fuga obligada, como decís, y no recordáis que mi primo el infante don Juan arde por vos, sin

contar con otros muchos caballeros de linaje á quienes traéis locos.

—Tráense ellos, que yo no favorecí á nadie para desdenarle después y darle ocasión á que de desesperado enloqueciese; y si huí fué por vos, que sois demasiado deudo de la reina y estáis demasiado metido en su casa; porque si el infante don Juan hiciera lo que vos hicisteis, yo le matara sin compasión, vengando á la vez la injuria que me hizo sorprendiéndome en Granada y robándome, la muerte del inocente hijo de Guzmán el Bueno.

—¡Ah!, sí, es cierto; dicen que ese es el hombre á quien amáis.

—Calumnias infames como todas las que en la corte se propalan: basta con que un maldiciente no logre lo que desea, para que al momento su lengua venenosa caiga infame sobre la persona que estorba el cumplimiento de lo que anhela: dejemos, dejemos esta conversación, señor infante, y vengamos á lo que importa.

—Es que á mí nada me importa tanto como vos.

—Pues os aconsejo que renunciéis á vuestro sueño, porque su realización es imposible; creedme, infante don Juan Manuel: mi padre el rey de Granada consagró á Dios mi castidad; yo desde muy niña la consagré á la Virgen María, á quien me enseñó á orar mi nodriza: al bautizarme, hace tres años, volví á consagrar mi castidad al Señor, é hice voto solemne de entrar en el claustro, pero cuando la noble reina doña María no necesitase ya un corazón leal y un brazo fuerte que se sacrificasen por ella: esto he prometido y votado al Señor, y esto cumpliré; y no digais que yo amo á don Alfonso Pérez de Guzmán ni á ningún otro, que si yo amara, vencer sabría mi amor como he vencido otras tantas cosas.

—¡Ah!, ¿seréis mía ó moriré!—exclamó el infante.

—No seré vuestra ni morireis vos; porque si vos fuérais capaz de morir por una mujer, aliento os habría dado Dios bastante y bastante corazón para que tal vez hubiérais podido hacerme vacilar en mi fe y tenerme por vuestra.

—¡Ah, doña María!—exclamó palideciendo de emoción el infante.

—No, no veais una esperanza en lo que acabo de deciros: ved, aunque os ofenda, un reproche; porque lo que he querido deciros es que á mí se me gana con el corazón, y que cuando no

me habéis ganado, ó no lo teneis ó vale muy poco.

—¡Señora!

—Señor infante, tan poco corazón teneis, que habéis venido á favorecer al infante don Pedro de Aragón contra la reina doña María, que más que todo es vuestra madre; contra la sombra del noble rey don Sancho, que os encargó en su lecho de muerte fuéteis leal á su mujer y á su hijo.

—El casamiento de la reina doña María con el infante de Aragón, nuestro primo, conviene tanto al rey como al bien y á la prosperidad de estos reinos.

—¿Queréis decirme de qué modo puede venir al rey don Fernando y á sus reinos, que su augusta madre falte á la fe jurada á su difunto esposo, amancillando con una torpeza la limpieza de sus tocas de viuda, pasando á un nuevo tálamo y dando aliento á nuevas ambiciones, á nuevos trastornos?

—Todas las ambiciones, todos los trastornos nacen de que es una mujer la que gobierna, y á esa mujer se atreven todos.

—¡Insensatos, que no ven que á esa mujer la sos tiene la mano de Dios! estoy oyendo la palabra falsa del miserable infante don Enrique; ¡ahl sí, es verdad; la reina, el rey y el reino están vendidos, mientras la reina mantenga su fe, su viudez, su decoro, su grandeza, siempre tendrá espadas leales que hieran por ella y por su hijo, y una espada leal va contra mil espadas traidoras y las vence, porque la traición es cobarde. Sí, sí, es verdad; esa débil mujer es muy difícil de vencer, á pesar de su debilidad, porque providencialmente ayudan á sostenerla las luchas de los traidores: cierto es que hay que dar al uno, prometer al otro, que la corona cuesta muy cara, que no tiene un momento de reposo; pero, en fin, se va ganando tiempo; y don Enrique dice: tanto tiempo puede ir ganando la reina, que como yo soy viejo, no me alcance á mí el tiempo para lograr lo que deseo: si la caso, ¡ohl si la caso, yo tengo con ella la tutela del rey; pero ella es demasiado tenaz, demasiado fuerte; me desespera, destruye mis planes: si se casa, dejará de ser tutora del rey, y quedará yo el único tutor, esto es, el rey mismo; tendré la alianza de Aragón, la de Portugal, porque al fin con hija del rey de Portugal está casado don Fernando; tendré la alianza del rey moro de Granada, porque le habré vendido la villa de Tarifa; y fuerte

con la tutela del rey, con todas estas alianzas, el infante don Juan y los la Cerda y los Haro y los Lara y cuantos magnates pretenden volver en su provecho la cosa pública, caerán para no volverse á levantar más, como la mies bajo la segur. ¡Ahl, ¿pero se ha olvidado el infante don Enrique de que la Providencia vela por los buenos; de que Alfonso Pérez de Guzmán está allá en las Andalucías pronto á caer sobre su Tarifa, que tan cara le ha costado; de que yo estoy aquí entre la sombra para salir al encuentro del infante de Aragón y prenderle y tomarle juramento de que renunciará á su propósito de ser esposo de la reina y se volverá á Aragón, y para intimarle que si falta á su juramento y pone asechanzas y levanta dificultades, ire yo con los míos centuplicados á acometerle donde le encuentre y á arrancarle el corazón villano?

—¡Poder de Dios—exclamó don Juan Manuel—que yo creía que os amaba, que os adoraba, y veo que lo que sentía es nada comparado con lo que ahora siento! Oídme, doña María: unámonos, consagrémonos á la reina y al rey, y ella y nosotros juntos triunfaremos de todo.

—Infante don Juan Manuel; sin vos, sin mí, triunfará la reina, yo os lo aseguro; tiene toda la fuerza que necesita en su propio corazón; yo no puedo unirme á vos por las condiciones que unís á esa alianza; no puedo hacer otra cosa que deciros: reconocéos; vuestro gran interés, vuestro verdadero interés es servir y ayudar lealmente con vuestra persona y con vuestros señorios á la reina; eso es lo justo, lo noble y lo que os manda Dios, puesto que así lo prometisteis al difunto rey don Sancho, que tanto os amó: creedme: apartaos de traidores, porque son muy peligrosos; porque la traición mata á quien se revuelve mucho entre ella; y concluyamos, infante don Juan Manuel; voy á mandar traigan aquí al infante don Pedro.

—Un momento—dijo don Juan Manuel.

—Ni una palabra más—contestó Zayda Fatima con una terrible energía.

—Y llevando á su boca la bocina, llamó.

En el mismo momento apareció Farfán.

—¡Escuchabal—murmuró Zayda Fatima—estos hombres son estúpidos é imprudentes; y luego añadió en voz alta: traed al señor infante de Aragón.

CAPITULO VIII

EN QUE INTERVIENE UN EXTRAÑO MONJE NEGRO
EN LOS SUCECOS DE ESTA VERDADERA
HISTORIA.

Y en verdad, Farfán, prevaleciéndose de la oscuridad de la noche, se había escurrido, por decirlo así, de Ciervo-veloz y de los cuatro escuderos particulares de Zayda Fatima que daban la guardia de la gran cabaña del jefe, como podríamos llamarla, había subido silenciosamente por la escalera portátil, había pegado su oído á la puerta, y había escuchado: lo sabía todo.

Aquel terrible capitán era una mujer, una dama de la reina, una hija del rey moro de Granada.

Farfán se había irritado, primero porque una mujer tenía más fuerzas y más valor que él, que no había encontrado hasta entonces superior á ningún hombre, y después porque Ciervo-veloz había sido más perspicaz que él y había adivinado el sexo del capitán.

Bajó las escaleras y dijo á Ciervo-veloz:

—Vente conmigo; el capitán nos manda traigamos aquí al infante de Aragón.

—¿Y dónde está el infante de Aragón?—dijo Ciervo-veloz.

—En la cabaña de Alfon Gil.

—Vamos, pues, allá—dijo Ciervo-veloz.

Y siguió á Farfán.

Por algún tiempo guardaron silencio; pero cuando se hubieron apartado de los cuatro escuderos especiales de Zayda Fatima lo bastante para que éstos no oyese el ruido, Farfán dijo á Ciervo-veloz:

—Dime, ¿no te encargó el infante que si encontráramos á una dama que andaba por esos mundos de Dios fugitiva, la echáramos el guante?

—Cierto que sí.

—¿Y qué te dijo además el infante?

—Me dijo, dijese al difunto Pedro Rojo saliese al encuentro del infante de Aragón y le matase.

—¿Pues sabes, Ciervo-veloz, que podemos cumplir esos dos encargos?

—¡Ahl—exclamó Ciervo-veloz—¿conque al fin te has apeado de tú jumento, y á pesar de lo vanidoso que eres, confiesas que yo no me he engañado, y que nuestro nuevo capitán es una dama, la misma sin duda á quien busca el señor infante?

—Sí,—contestó Farfán—mientras tú estabas en conversación con los cuatro escuderos del caballero del Aguila Roja, yo me acerqué calladito á la escalera, la subí, y oí, tú no sabes lo que he oído: es una hija del rey moro de Granada, que se escapó del palacio de la reina huyendo del infante don Juan Manuel, porque éste la perseguía, y, según ha dicho, por no matarle.

—¿Pero cómo se ha procurado esa señora armas y divisa y caballo y escuderos que la sirven con sus armas y sus caballos, y que son buena gente y dura?

—Eso no lo ha dicho, Ciervo-veloz; lo que yo he oído y visto por una rendija de la puerta, es que el infante don Juan Manuel, que es muy alentado y que parece no temer á nadie, la teme.

—¡Qué mujer!—dijo Ciervo-veloz—ya no me extraña que el infante don Juan esté tan enamorado de ella, que de ella quiera apoderarse á todo trance; ya dije yo en cuanto le vi: este señor es muy hermoso, demasiado hermoso para hombre; ¡ya lo creí mujer y todo, es un prodigio.

Detuviéronse en este momento cerca de una masa negra cuadrada que se extendía en un pequeño claro en la selva, y que dejaba ver el turbio reflejo de una luz por dos agujeros redondos.

Aquella masa era la cabaña de Alfon Gil.

—¿Y qué te parece que hagamos?—dijo Farfán.

—¿Qué?—dijo Ciervo-veloz—lo que hemos de hacer no es dudoso; ¿quién te parece á ti que puede tener más dinero, el infante don Juan ó nuestro capitán?

—Difícil es de averiguar eso—dijo Farfán—; acuérdate de que cuando mató á Pero Rojo sacó de sus alforjas algunos puñados de oro y los arrojó á los pies de mi caballo.

—Pero una alforja, por llena que esté, se acaba, y un reino no se acaba nunca; siempre le queda alguna sangre que chuparle y que convertir en oro.

—¿Y crees tú que el infante don Juan está apoderado del reino?

—Tanto da, porque está apoderado del rey.

—El rey es un niño.

—El rey tiene ya catorce años, está muy robusto y crecido, y no ve más que por los ojos de su tío el infante don Juan, que le lleva y le trae.

—¿Pero y su madre?

—La reina está tan rodeada de enemigos, que no sabe adónde acudir. Todos los señores se han avenido ahora, porque se han convencido de que

todos juntos pueden con la reina, y que separados y enemistados la reina puede con todos ellos. Su señoría se atempera á las circunstancias, á á todos les pone buena cara, á todos pide consejo y á todos los entretiene; pero ellos, que no se fían, porque la reina sabe más que ellos, lo que procuran es echarla fuera, y han formado una liga con el rey de Aragón y con el de Portugal para procurar que la reina se case con el infante de Aragón don Pedro, y tomar de esto pretexto para quitarla la curaduría del rey y obligarla á que se vaya: pero el infante don Juan, que caza más largo, no quiere que este casamiento sea, porque casada la reina la echarían, y echada la reina, ó el infante don Enrique se alzaría solo con la tutela del rey, ó se la disputarían todos los magnates; don Juan va más allá: ayuda á la reina para que la reina le crea leal al fin, y tenga un interés en tenerle á su lado; por otra parte, halaga al rey, á fin de captarse su voluntad; y cuando se haya apoderado enteramente de su ánimo, dar el golpe de gracia á la reina, sin que pueda ayudarla á ésta nada, ni aun su enlace con la casa de Aragón; esto se decía por Valladolid, y todos aseguraban que el fin de esto no se veía, porque como cada cual de los grandes señores va á su negocio y no mira más que á su negocio, y no pueden avenirse porque cada uno lo quiere todo para sí, se cree que la guerra civil será cada día más terrible. Por ahora, la cuestión está entre el infante don Enrique y el infante don Juan: á don Enrique le conviene quedarse solo con la tutela del rey, y para ello que la reina se case con el infante de Aragón. A don Juan no le conviene esto, y por ello, para cortar por lo sano, quiere que se mate en medio de la noche y de los campos, sin saberse por quién, al infante de Aragón. Nuestro capitán, por lo que se ve, no quiere matarle; que si quisiera, bien pudo haberlo hecho allá en los Peñascales, sólo con que hubiésemos durado un poco más apretando los puños y las lanzas. El infante adora, á lo que parece, á esa dama que se le ha perdido, y esa dama es nuestro capitán; con que, hermano, de un golpe dos cabezas; podemos matar al infante de Aragón y apoderarnos de la infanta mora, tenerla en nuestro poder, y no darla al infante don Juan sino cuando el infante nos dé por ella un tesoro.

—Muy fácil encuentras tú todo eso, Ciervo-veloz—dijo Farfán—: ¿pero quién le pone el cascabel al gato? despreciamos á las mujeres

porque son débiles; pero en esta mujer no hay debilidad: ¿crees tú que es tan hacedero echar mano á quien tuvo fuerzas y valor bastante, primero para atravesar de parte á parte de una lanzada á Pero Rojo, y luego para abrir un boquete con mi maza de armas en el suelo de la cabaña? ¿No la has visto esta noche en los Peñascales revolviendo su caballo entre el escuadrón del infante, y echando de cada bote de lanza un hombre abajo de los arzones?

—¡Eh! ¿qué diablo!—dijo Ciervo-veloz—; todavía no nos hemos puesto ninguno de nosotros frente á ella.

—Acuérdate que con sólo mirar mete miedo.

—Sí, es verdad; tiene en los ojos algo del otro mundo; pero con las tinieblas de la noche no se ve su mirada.

—Pero la tenemos en la memoria—replicó Farfán—; y si te he de decir la verdad, no me atrevo; pero hay un medio.

—¿Cuál?—dijo Ciervo-veloz.

—El capitán está ahora solo y encerrado con el infante don Juan Manuel; podemos apoderarnos de los cuatro escuderos que han quedado de guardia, barrear luego la puerta de la choza, y ponerla fuego.

—Pues no puede decirse que te paras tú en pelillos, Farfán.

—Ni en maromas; por fuerte que sea esa mujer, de seguro no lo es tanto que resista al fuego.

—Pero ¡abail! estúpido, ¿no conoces que la ama como á su alma el infante don Juan, y que si tal hiciéramos, en vez de recompensarnos procuraríamos castigarnos, y nos habríamos quedado sin el capitán y sin el infante?

—Es verdad—dijo Farfán—; y no se me ocurre otra cosa.

—Siempre has sido cerrado de entendimiento; todo se te ha ido en fuerzas: dime tú, ¿el capitán no duerme?

—Es verdad—dijo Farfán—; no se me había ocurrido; pero en los cuatro días que hace que está con nosotros, y que vive en la choza de Pero Rojo, acompañado por mí, no se ha quitado nunca la armadura; y yo creo que duerme con los ojos abiertos.

—Y dime tú, ganapán cerril, animal más que los animales, ¿no eres tú, á más que su mayordomo y su escudero, su cocinero?

—Sí, ¿y qué?

—¿No hay beleño de sobra en la selva?

—Ya se ve que sí.

—Aún no comprendes: ¿qué trabajo cuesta machacar beleño, sacarle el zumo y echar aquel zumo en uno de los guisos que haces para el capitán?

—¡Cuerno de Belcebú—dijo Farfán—, que no se me había ocurrido! verdad es, muchacho; pero entretanto, ¿qué hacemos con el infante don Pedro para dar gusto al infante don Juan?

—Esta noche puede quedar terminado todo; porque no creo que el infante don Pedro se vaya esta misma noche á Valladolid.

—¿Y cuándo doy yo el zumo de la hierba esta noche á esa dama, si ha comido y bebido con nosotros y no debe tener hambre ni sed?

—Pero como no han comido ni bebido los infantes don Pedro y don Juan Manuel ni su gente, es de presumir que la infanta mora mande que se les dé algo: como ha pasado ya bastante tiempo desde que cenamos, es también de presumir que la infanta cene con ellos por hacerles la razón: mira tú cómo hablando se perfeccionan los proyectos; si tú en el guiso que hagas para los dos infantes y la infanta, echas beleño en el salmorejo, al poco tiempo los tres se duermen; una vez dormidos, atamos de pies y manos fuertemente á la infanta, degollamos al infante don Pedro, ponemos al infante don Juan Manuel dormido al pie de la Cruz del Camino, y junto á él su caballo, trabado para que lo encuentre cuando despierte; le pegamos fuego á la cabaña, y nos vamos á los pinares de Arévalo ó Tordesillas con el infante muerto y la infanta viva, para entregarlos secretamente al infante don Juan.

—¿Y toda esa gente que está con nosotros? —dijo Farfán.

—En primer lugar, los del infante de Aragón están presos y desarmados; los del infante don Juan Manuel son pocos, y más que hombres de armas, camareros y servidores del interior de la casa del infante, á quienes se domina con facilidad; es además, toda gente menuda y valdía, dispuesta á la ganancia más que á la lealtad; y bien podrá ser que los traigamos á nuestro bando y nos encontremos triplicados en el número.

—Y si eso sale bien, ¿quién va á ser el capitán?—dijo el terrible enano.

—Tú ó yo: echaremos suertes; ó si no, seremos los dos los capitanes, que bien nos avendremos, porque nunca hemos tenido un sí ni un no.

—Bien—dijo Farfán—; y esos cuatro escuderos que trajo consigo la señora infanta, que en

los cuatro días que han estado con nosotros apenas si han hablado cuatro palabras, y que por lo que se ha visto son fuertes y bravos como toros?

—¿Qué valen para nosotros que embestimos con una torre coronada de ballesteros cuatro hombres, aunque sean feroces como toros?

—Pero se me ocurre una cosa—dijo Farfán—; hablando de esto hemos entretenido mucho tiempo, y puede haber sospechado la infanta; y creo que adivina los pensamientos; no nos entretengamos más: entremos por el infante don Pedro, y llevémosle.

—Es la primera vez que te oigo decir algo de provecho—dijo Ciervo-veloz.—Vamos.

Y encaminándose á la choza de Alfon Gil, seguido de Farfán, llegó á la puerta, llamó, le abrieron á poco, y entraron.

La puerta se volvió á cerrar.

Apenas se había cerrado la puerta, cuando de una pequeña hondonada, cercana al sitio donde habían estado parados, y hablando los dos aventureros, se levantó una sombra negra.

A pesar de lo oscuro de la noche, desde muy cerca, podía verse que aquella forma tenía toda la apariencia de un monje.

Esta sombra no se detuvo; en el momento en que se cerró la puerta de la cabaña de Alfon Gil, este monje dió á correr en dirección opuesta, siguió, llegó al fin jadeante á la gran cabaña del jefe de los aventureros, donde estaban el infante don Juan Manuel y la infanta Zayda Fatima, y dijo á los cuatro escuderos de ésta, que al lado de una hoguera permanecían haciendo la guardia, y que se asombraron al ver sobre sí un monje negro, calado el capuz sobre los ojos y sin dejar ver más que una crecida y larga barba blanca:

—Avisad á vuestro señor, que quiere hablarle al momento el ermitaño del Santísimo Cristo de la Selva.

Los escuderos miraron con recelo al monje, porque en aquellos tiempos no se podía fiar en los hábitos; con mucha frecuencia detrás de la cruz se encontraba el diablo.

—¿De qué señor nos habláis?—dijo uno de ellos con muy mal humor.

—Del vuestro; yo lo adivino todo por la permisión de Dios, y os mando que no os detengáis, porque á vuestro señor le importa mucho que yo le vea y le hable.

—Decubrid el rostro—dijo el escudero que había hablado antes.

El ermitaño se echó atrás el capuz de su hábito, y dejó ver una cabeza venerable, una frente calva, unos ojos negros y penetrantes, una fisonomía imponente y majestuosa, y una gran cabellera cana y rizada.

—Avisad á vuestro señor—dijo el ermitaño extendiendo su brazo derecho hacia la puerta de la cabaña.

Entonces, con creciente asombro, vieron los escuderos que el brazo del ermitaño no tenía mano.

Y todo junto, esta singularidad y el aspecto venerable, noble, altivo, de aquel hombre, más propio de un magnate que de un ermitaño, los dominaron, y uno de ellos subió por las escaleras, abrió la puerta, entró, y á poco volvió á salir y dijo:

—Entrad, padre mío; mi señor os espera.

El monje entró en la cámara.

La puerta se cerró.

—¿Quién será este varón de Dios?—dijo uno de los escuderos.

—¿Quién sabe si será varón del diablo!—contestó otro.

Luego se redujeron al silencio, y continuaron haciendo su guarda al calor de la hoguera.

CAPITULO IX

DE CÓMO ZAYDA FATIMA JURAMENTÓ Á DOS INFANTES

Al entrar el monje en la cabaña, se pusieron de pie los dos infantes.

—Os conozco á vos—dijo el monje mirando profunda y gravemente al infante don Manuel; —sois el retrato de vuestro padre el infante don Manuel, hijo menor del señor rey don Fernando.

—Y á mí me parece haberos visto alguna vez—dijo el joven infante, mirando con estupor y aun con miedo al ermitaño.

—Erais muy niño cuando yo dejé de ser de este mundo—contestó el ermitaño.

—Pues qué, ¿habeis muerto, señor?—dijo el infante don Juan Manuel, que rindiendo tributo á las creencias de su tiempo, tenía gran fe en las almas en pena y en los aparecidos, mucho más cuando estas almas en pena se presentaban á los mortales, como se decía, con el hábito de monje benedictino, mortaja muy usada entonces.

—El que vive en el yermo, separado del res-

to de los hombres y solo con Dios, para los hombres ha muerto si para Dios vive: voto tengo hecho de no hablar con nadie ni dejarme ver el rostro por nadie, y nadie ha hablado ni ha visto el semblante hasta ahora al ermitaño del Santísimo Cristo de la Selva; pero he sorprendido el secreto de un crimen, y mi conciencia me manda revelároslo á vos, señora.

Y se dirigió á la sultana Zayda Fatima.

—¿Un crimen! ¡y al anunciarme que me debéis la revelación de ese crimen me llamáis, señora!

—Al somprender el secreto de ese crimen he sorprendido el secreto de vuestro sexo, y he sabido que lo conoce el señor infante don Juan Manuel que está en vuestra compañía.

—¿Y cómo habéis descubierto ese crimen?

—Por la boca de dos de los Hermanos de la Selva que están á vuestro servicio, y que se dirigen á la choza de otro, donde está preso y encerrado el infante de Aragón don Pedro.

—¡Ah! ¡Farfán y Ciervo veloz!—dijo palideciendo Zayda Fatima—¿Cómo habéis descubierto eso, padre mío?

—El sueño huye de mis ojos—contestó el ermitaño—; las tinieblas de la noche traen para mí horrosas imágenes; el remordimiento agita mi alma; yo oigo una voz tremenda que retumba allá en la eternidad, y que grita: ¡Maldito seas, traidor don Lope! ¡Maldito sea don Lope el traidor!

Y el monje, al levantar sus brazos al cielo, dejó ver la falta de su mano derecha.

—¡Ah!—exclamó el infante don Juan Manuel. ¿Qué queréis, qué queréis de nosotros, conde don Lope Días de Haro, que así os levantáis de vuestra tumba?

—¿Quién ha pronunciado mi nombre?—dijo el ermitaño pasándose la mano izquierda por su frente sudorosa, y dejando ver la insensatez en su mirada. ¡Ah! ¡callad! ¡callad, primo infante! Habéis sorprendido uno de mis momentos de delirio; yo no he muerto, pero guardad el secreto; guardadle por vuestra fe de caballero, de príncipe, de cristiano: ¡ah! suena gente; se acercan: callad, callad vos también, señora; yo no soy más que el ermitaño, el monje negro y mudo del Santísimo Cristo de la Selva.

Y se caló la capucha, ocultó su mutilación bajo la ancha manga de su hábito, y se sentó, permaneciendo inmóvil y rígido al otro lado del fuego, teniendo á la izquierda al infante don



Juan Manuel y á la derecha á Zayda Fatima, que estaban de pie, pero teniendo cada uno junto así un escábel de pino.

Se oyó rechinar fuertemente la escalera, se abrió la puerta, y entró el infante don Pedro.

Venia pálido, demudado, colérico.

—Matadme y no me deshonréis—dijo, volviéndose á Zayda Fatima—; soy vuestro prisionero, pero no habéis de olvidaros por ello de que es un infante, hijo y hermano de rey, el que tenéis en prisión.

—No os prendí con alevosía—dijo Zayda Fatima, sino de poder á poder, lanza contra lanza, y estáis á mi merced; no tenéis derecho á quejaros; pero no os he preso yo, ni para mataros ni para deshonraros, y voy á deciros muy pocas palabras.

—¿Serán esas palabras las condiciones de mi rescate.

—Sí.

—Pedid, pues, tesoros.

—No pido más que un juramento.

—¿Cuál?

—Jurad como caballero y como cristiano, renunciar á vuestro propósito de casaros con doña María Alfonso de Molina, reina gobernadora de estos reinos por su hijo el señor rey don Fernando el IV.

—¿Y sólo á ese precio me daréis la libertad?

—Sólo á ese precio.

—¿Y si yo por el amor que tengo á la reina doña María, único móvil de mi deseo de casarme con ella, no jurase?

—Permaneceriais preso en mi poder.

—¿Creéis que puede permanecer mucho tiempo en poder de un aventurero, ya sea éste como vos os llamáis, infante, ó de baja cuna, un hermano del poderoso rey de Aragón?

—Yo os probaría—contestó Zayda Fatima—lo poco que me importa el poder del señor rey de Aragón, vuestro hermano, ahorcándoos, si no fuera porque de una parte me duele el mataros, y de otra, porque matándoos no quiero servir al traidor de los traidores; pero sin mataros, yo os juro que no tendréis libertad hasta que juréis bien y cumplidamente como os he pedido.

—¡Juro!—contestó el infante don Pedro.

—Ved cómo juráis—exclamó el monje negro interviniendo con una voz tan cavernosa; tan sepulcral, que aterró al infante don Pedro.—Ved cómo juráis, porque aquel que no cumple sus juramentos, Dios le maldice.

—Juro renunciar á mi deseo de unirme en matrimonio á la reina doña María Alfonso de Molina, y quiero, si á este juramento faltare, que Dios me castigue con pena de sangre.

—Pues si así lo cumplís—dijo Zayda Fatima—que Dios os lo premie; y si no, que os lo demande: y oid: no embargante la demanda que Dios os hiciere si á vuestro juramento faltáreis, yo os lo demandaré acá en la tierra: iré sobre vos y no tendré para vos compasión, sino que os aniquilaré, contando para ello con la ayuda de Dios. Sois libre, infante don Pedro, y vos también, infante don Juan Manuel.

—No he sido preso—se apresuró á decir éste.

—No, pero podéis serlo en el momento que yo quiera; tranquilizaos, que no os prenderé: marchad en el momento acompañado de vuestro primo el infante don Pedro. ¡Hola!

Asomó á la puerta Farfán.

—Soltad á los escuderos del señor infante de Aragón—dijo Zayda Fatima.—Dadles sus armas y sus caballos; que marchen con su señor y con los otros escuderos del señor infante don Juan Manuel: id.

Farfán desapareció.

—En cuanto á vos, infante don Juan Manuel—continuó Zayda Fatima—, os pido me empeñéis vuestro honor en fianza de que no revelaréis los secretos que habéis descubierto esta noche.

—Lo juro, caballero; pero os juro también que os perseguiré hasta conseguir lo que de vos deseo.

—Lucharéis en balde, infante don Juan Manuel—contestó Zayda Fatima—, porque vuestro deseo es imposible.

—Lo veremos—contestó calurosamente el joven.

—Yo lo he visto ya, señor infante—contestó Zayda Fatima.—Dios no lo quiere.

Guardó silencio, confuso, el infante y miró con ansia á Zayda Fatima.

—¿Y no me dirá mi vencedor—dijo el infante don Pedro—de qué reino es infante?

—De un reino que está en este mundo—contestó Zayda Fatima.

—Bien, paciencia—dijo contrariado el infante—; espero que nos conoceremos algún día.

—Pedid á Dios que nos conozcamos para bien—dijo Zayda Fatima.

—Así lo espero.

—Ahorá, puesto que me dais libertad, dadme mi espada.

—Tomad la mfa.

—Dadme la que me quitasteis, que es de mi padre el rey don Jaime.

—Yo me quedo con la espada de ese valiente rey en rehenes y como testimonio de lo que habeis jurado, y no os la daré sino cuando hayais cumplido bien y fielmente el juramento.

El infante de Aragón hubo de resignarse y se ciñó la espada de Zayda Fatima.

En aquel momento se oyó fuera ruido de armas, voces de hombres y pisadas y relinchos de caballos.

Se abrió la puerta, apareció Farfán y dijo:

—Los escuderos de las señoras infantas están aquí.

—Partid—dijo Zayda Fatima—; no os olvidéis vos, infante don Pedro, del juramento que me habeis hecho; no os olvidéis vos, infante don Juan Manuel, de lo que prometisteis al señor rey don Sancho en la hora de su agonía.

—No os olvidéis vos de mí, dijo el infante don Juan Manuel á Zayda Fatima.

Después de esto, los dos infantas salieron.

El monje negro y Zayda Fatima quedaron solos.

CAPÍTULO X

EN QUE SE VE HASTA QUÉ PUNTO ERAN EJECUTIVOS LOS ENJUICIAMIENTOS EN LA EDAD MEDIA

—¿Quién sois?—dijo vivamente Zayda Fatima, acercándose al monje en el momento en que quedaren solos.—¿Scis, en efecto, aquel conde don Lope Díaz de Haro, gran privado del rey don Sancho, que murió hace algunos años en Alfaro?

—Ante todo, esperad—contestó el monje—; ¿queréis confianza en vuestra gente?

—Tengo confianza en mi cruzón, y sobre todo en Dios.

—Es decir, que no confiais en nadie.

—No; en los hombres no; todo lo espero de la Providencia.

—Haceis bien, porque estais rodeada de traidores.

—Me tratais como mujer.

—Sé que sois mujer, y a lo he dicho; hija de rey, aunque de rey infiel y descreído.

—¡Ah, buen padre mío!—exclamó Zayda Fa-

tima—: uno de mis mayores dolores es el dolor que involuntariamente y á causa del miserable infante don Juan le he causado.

—¡Miserable y mil veces miserable!—exclamó el ermitaño—; lo debe todo á la reina doña María, mi cuñada, y sin embargo se vuelve contra ella; pero nos olvidamos de lo que por el momento importa; ya os he dicho que estais rodeada de traidores.

—¿Y quiénes son esos traidores?

—Oid: por mis culpas, de las que os haré confesión para que aprendais en mi ejemplo, estoy separado del mundo, tenido por muerto por los míos y sepultado en el panteón de mis abuelos, y allí en un epitafio se habla de la crueldad que conmigo obró el rey don Sancho, que aunque lo confiese en mi daño, no hizo otra cosa que justicia mandándome matar. Por mis culpas—digo—el remordimiento me aqueja; las tinieblas me espantan; me arrojo ante la imagen crucificada del Santísimo Cristo de la Selva, y á veces la santa imagen me mira indignada, me rechaza, me arroja lejos de sí, y salgo de la ermita desesperado, vagando á la ventura por la selva. Esta noche... el sueño hufa de mis párpados, me estremecía todo, me aquejaba un torcedor horrible; parecía que veía al rey don Sancho en el momento en que con mi puñal al pecho me miraba espantado; en el momento en que gritaba: "¡A mí, mis caballeros, contra este traidor!" Y por otra parte, me parecía oír detrás de mí la maldición terrible del noble rey don Alfonso, que gritaba: "¡Maldito seas tú, conde don Lope, que has aconsejado y ayudado la traición contra mí de mi hijo!" Y entre las tinieblas veía hervir, relucir, agitarse sombras rojas que me miraban sombrías, y caía sobre mi calva frente, tibia y espesa, la lluvia de sangre de la guerra civil. Me alcé despavorido de la tarima que me sirve de lecho, y me lancé en la capilla: la lámpara del Santísimo Cristo se había apagado y se oía el chupar del aceite de una lechuza; pero la capilla no estaba á oscuras; la llenaba un resplandor rojo: era el cuerpo del Sacratísimo Cristo, rojo y luminoso, el que producía aquel reflejo, y los ojos del Santo Cristo me miraban y me decían terribles: "¡Huye, execrable! ¡Tú, por tu traición impía, por tu traición que ha causado tanta sangre y tantas víctimas, por tu ambición infame estás maldito de la tierra que te ha arrojado de su seno! ¡Maldito de los cielos que se han cerrado para tí! ¡Huyel, ¡vetel, ¡pandal!"

Y salí, salí helado de espanto, con el corazón deshecho, con la cabeza loca, y corrí, corrí sin dirección y sin objeto por la selva.

Los gigantescos pinos me parecían fantasmas terribles, que al pasar yo se inclinaban hacia mí, sacudían su cabellera y me repetían ronca y lúgubre la maldición del Santísimo Cristo de la Selva.

De repente me detuve: había tropezado con una gradería de piedra; aquella gradería era redonda, de piedras toscas: en el centro de ella se alzaba un palo: era el rollo señorial de la Abadía del Abrojo: las torres y los muros se alzaban á poca distancia: la voz del guarda nocturno gritó desde el adarve:

—¡Quién val

Yo me levanté y di á correr.

Sonó el chasquido de una ballesta, y pasó zumbando junto á mí un venablo.

Seguí corriendo: había tropezado con el patíbulo, y habían lanzado contra mí la muerte desde las almenas.

Aquella era otra maldición.

Continué corriendo, internándome en la selva.

Poco á poco, la fatiga, el frío de la noche fueron dominando mi pavor, despertándome de aquel terrible sueño de remordimiento: al fin, mi razón se esclareció, y rendido, desalentado, me senté sobre el césped.

A poco oí el ruido de los pasos de dos hombres que se acercaban.

Temí fuesen bandidos de los que por efecto de la guerra civil y del desconcierto de estos reinos hierven por todas partes; me eché al suelo, y permanecí inmóvil esperando á que pasasen.

Pero aquellos hombres no pasaron; se detuvieron junto á mí y continuaron su conversación.

Y llegado á este punto, el monje refirió á Zayda Fatima lo que había oído á Farfán y á Ciervo-veloz.

—¿Y qué me aconsejáis, padre mío?—dijo Zayda Fatima.

—El traidor debe morir—contestó el monje.

—¿Me aconsejáis eso vos, que habeis pasado por la eternidad?

—El delito de traición es delito de muerte y de anatema—contestó severamente el ermitaño—; la muerte del traidor es ejemplo, para que los escarmentados huyan de la traición, si no

por voluntad por miedo; la cabeza del traidor debe caer en el momento de la traición, herida sin misericordia por la espada de la justicia; y si así se hiciera siempre, se evitarían muchos daños para las repúblicas; esa gente al teneros por capitán os han jurado lealtad y obediencia; herid á esos traidores si queréis que los otros os obedezcan y os teman.

Zayda Fatima tocó su bocina.

Apareció á la puerta Farfán; pero no tan pronto como en otra ocasión: no había podido ponerse en acecho.

—Mi almete y mi lanza—dijo calándose el capellar de mallas.

Farfán la dió el almete, que Zayda Fatima se puso, y le entregó la lanza.

—A caballo todos—dijo Zayda Fatima.

Y bajó seguida del monje negro, que llevaba completamente calado el capuz.

Farfán la siguió, recogiendo al paso su pesada maza de armas.

—¿Qué será esto?—dijo—: por esta noche, á lo que parece, no podemos poner en ejecución nuestro propósito.

Y bajó detrás de Zayda Fatima y del monje.

Cinco minutos después, todos los aventureros estaban á caballo.

Zayda Fatima llevaba á la grupa del suyo al monje negro, y galopaba al través de la selva por la pradera sinuosa de que ya hemos hablado.

La seguía raudo y sonoro, por el choque de sus armas, su escuadrón.

Nadie hablaba: ni aun el monje negro y Zayda Fatima.

Al fin de un espacio como de dos horas, empezó á aclararse la selva, y por último, salieron á campo abierto junto á la Cruz del Camino, y Zayda Fatima hizo con su bocina la señal de alto.

Se detuvieron todos.

Zayda Fatima dijo, colocada á una distancia en que podía embestir contra el escuadrón á la primera muestra de rebeldía, y con la adarga embrazada y la lanza terciada, y apercibidas lasriendas:

—Hermanos de la Selva: entre vosotros hay dos traidores que van á morir.

—¡Que mueran!—gritaron todos los aventureros menos Farfán y Ciervo-veloz.

Estos no habían tenido tiempo de ponerse en inteligencia con ninguno de los otros.

—Apoderaos de Farfán y de Ciervo-veloz—dijo Zayda Fatima.

Hubo un remolino instantáneo en el escudrón, y un hombre cayó al suelo mal herido, encontrado por un bote de lanza.

Aquel hombre era Farfán, el de la terrible maza.

Zayda Fatima se había lanzado sobre él en el momento de pronunciar su orden.

Ciervo-veloz pretendió resistir; pero cayó agobiado por el número.

—Recogedlos—dijo Zayda Fatima: colgadlos con las cuerdas de vuestras ballestas de los brazos de la cruz.

En aquellos tiempos, los ladrones y los asesinos cogidos en el campo, eran ahorcados en el primer árbol ó en la primera cruz que se encontraba á mano.

La única misericordia que los aventureros tuvieron con sus dos compañeros, fué la de rematarlos antes de colgarlos.

Una vez colgados, les quitaron sus armas, cuyas piezas, al ser deshebilladas, caían, produciendo un áspero y desapacible ruido metálico sobre la gradería de mármol de la cruz.

Las armas se recogieron y se pusieron sobre los caballos de los ajusticiados.

—Tal vez no debiera—dijo Zayda Fatima—deciros la razón que he tenido para castigar á esos: basta conque el capitán conozca la traición y la castigue; quiero, sin embargo, informaros: esos traidores habían pretendido matar al infante de Aragón don Pedro, puesto á mi merced, y aletargarme á mí con beleño y entregarme á mis enemigos.

—¿Me dáis licencia, capitán?—dijo Alfón Gil, que era uno de los aventureros más bravos de la banda.

—Hablad—contestó Zayda Fatima.

—Pues cuando desarmábamos á Farfán, yo noté un bulto sobre su pecho, bajo su sayo: vi lo que era, y encontré hierba fresca: esa hierba ha caído al pie de la cruz.

—Mirad si es beleño—dijo Zayda Fatima.

Alfón Gil se acercó á la cruz, se inclinó sobre su gradería, buscó, encontró, se acercó á Zayda Fatima, y la dijo:

—Mirad: beleño es.

—Se ha cumplido al fin la justicia de Dios: ahora, porque Dios los acoja en su misericordia, roguémosle por sus almas.

Todos se arrodillaron, teniendo de las riendas los caballos, y rezaron.

El monje negro se prosternó al pie de la cruz, y oró por el alma de los ajusticiados y por la suya propia.

Después de algunos momentos de oración, Zayda Fatima se alzó y dijo:

—¡A caballo, y á la selva, hermanos!

Y montó, tomó á la grupa al monje negro, y y se encaminó al lugar de la selva en que estaban las cabañas.

Empezaba á amanecer cuando llegaron.

—A descansar—dijo Zayda Fatima:—quedaos vos de guardia, Alfón Gil, con mis cuatro escuderos, y guardad nuestro campo.

En seguida entró con el monje negro en la cabaña.

—Descansad, padre mío—le dijo —; debéis estar muy fatigado: siento no poderos procurar un buen lecho.

—Mi lecho es la dura tierra—contestó el monje negro, y aun así soy indigno de él: reposad vos en el lecho, al pie de él reposaré yo: cumplo con esto un voto solemne que he hecho al Señor. ¿Pero no os desarmáis? Aunque nunca he sido escudero ni tengo más que una mano, yo os desarmaré.

—Voto tengo hecho yo también al Señor de no quitarme las armas ni comer pan á manteles mientras esté en peligro mi señora la buena reina doña María.

—Cumplamos, pues, nuestros votos—dijo el ermitaño.

Zayda Fatima se echó armada en el lecho, sin quitarse más que el almete y el capuz, y el monje negro se tendió en el suelo á los pies del lecho.

CAPITULO XI

EN QUE SE ACLARAN ALGUNOS PUNTOS OSCUROS DE LA HISTORIA DE ZAYDA FATIMA

Rendidos por la fatiga y por los acontecimientos de aquella noche, Zayda Fatima y el monje negro se durmieron, y no despertaron hasta muy entrado el día, cuando el sol estaba ya cerca del primer tercio de su carrera.

El primero que despertó fué el cenobita.

Se levantó, se prosternó y oró.

Aún no había acabado de orar, cuando despertó Zayda Fatima, se incorporó, se persignó,

so alzó del lecho, se arrodilló junto á él y oró.

Cuando se levantó, se caló el capuz de mallas, se ciñó el casco, tomó una ballesta y una venablero, y dijo al ermitaño:

—Vamos á buscar el pan nuestro de cada día, y á hacer que nuestra gente lo busque: una de las obligaciones más difíciles de un capitán en los malos tiempos es atender al mantenimiento de su gente. Allá á las márgenes de la laguna del Abrojo suele encontrarse alguna volatería y alguna caza menor: esta es la vida que traigo desde hace cuatro días: montería desde por la mañana hasta que se han hecho bastantes piezas, lo cual es difícil, porque esto está esquilado.

—Como lo está todo el reino—dijo el ermitaño bajando tras Zayda Fatima.—Culpa es ésta de las ambiciones de todos: la miseria y la peste devoran los reinos de don Fernando el IV. Ya se ve, tantos años de guerra civil, tantas fauces hambrientas que devoran insaciables los tributos; la tierra yerma y estéril como la conciencia de los ambiciosos: ¡oh, Dios mío, Dios mío!

Zayda Fatima tocó llamada con su bocina.

Al poco tiempo estaban reunidos alrededor de ella sus aventureros.

—Veamos cuántos nos faltan—dijo Zayda Fatima.

—Seis, capitán—respondió Alfón Gil.—Antón Correa, Pedro el Tuerto, Garcerán Lobo y Lope Illescas, muertos anoche en los Peñascales; y Farfán y Ciervo veloz, ahorcados por su culpa.

—Somos, pues, veintidós.

—Eso es, capitán.

—No importa: aún me queda oro, y después de enviar un correo á su señoría la reina mi señora, iréme yo con carta suya, que me otorgará, á levantar bandera á Medina del Campo ó á Arévalo.

—¡Bien! ¡bien!—exclamaron todos los aventureros.

—Estamos sin alférez—dijo Zayda Fatima:—yo os nombro mi alférez, Alfón Gil: llevad desde hoy el estandarte de la compañía.

—Gracias, muchas gracias, capitán.

—Vos, Gutierre Mesa, seréis mi proveedor, oficio que ha quedado vacante por muerte de Farfán: id ahora á la Cruz del Camino con cuatro hombres; descolgad á aquellos desgraciados, y dadles sepultura al pie de la cruz: los restantes tomad vuestras ballestas, é id á ver lo

que la suerte nos depara para el sustento de hoy. Partid.

Los aventureros se dispersaron, y desaparecieron á poco en distintas direcciones, á través de la selva.

Zayda Fatima y el monje se encaminaron por entre el espeso pinar hacia las lagunas.

A poco que anduvieron, el monje se detuvo.

—Esperad—dijo—, me parece que siento á una res mayor hacia la izquierda. ¿No habéis oído un pequeño bramido? Es el ciervo celoso.

Zayda Fatima se detuvo, armó la ballesta y se preparó.

A poco, por la izquierda, por un estrecho sendero abierto entre la espesura, apareció un gallardo ciervo, oteó, vio á Zayda Fatima y al monje negro á pesar de que estaban inclinados, recogidos; dió un bote y se revolvió violentamente para escapar.

Pero en aquel momento se oyó el chasquido de la ballesta, el zumbir de una jara, y el ciervo dió un nuevo terrible salto, lanzó un bramido de dolor y cayó.

La jara había entrado hasta la mitad bajo su brazuelo izquierdo.

—Dios ha hecho los animales de las selvas, las aves del aire y los peces del agua para el mantenimiento del hombre; cúmplase su voluntad: pero siempre me ha dolido la muerte de un pobre animal.

—Dios lo quiere—dijo el ermitaño.

Y adelantaron hacia el lugar donde estaba el ciervo agitándose en sus últimas convulsiones.

—Mal montero soy yo para acabar de hacer la pieza—dijo Zayda Fatima.—Siempre estas últimas operaciones las hacían los monteros de mi padre.

—Gran montero fui yo en mis tiempos—dijo el ermitaño—, dadme vuestro puñal, que ya nos servirá á falta de cuchillo; es necesario que no pase mucho tiempo sin degollar á la res.

Zayda Fatima dió su puñal al monje.

Este se acercó al ciervo, se inclinó, apoyó el muñón de su brazo derecho sobre el pescuezo del ciervo, le estiró la piel, y con la mano izquierda y de un solo golpe le degolló.

Luego, con una fuerza que parecía superior á sus años, rodeó el ciervo aprovechando la accidentación del terreno, y dejándole la degolladura hacia abajo, á fin de que se desangrase bien.

—Aún no deben estar mis hombres muy lejos

—dijo Zayda Fatima—, llamémoslos á fin de que se lleven la res.

Y sonó con gran fuerza su bocina, por una, dos y tres veces.

Al tercer toque resonaron acá y allá otras bocinas, y al cabo aparecieron seis de los hombres de Zayda Fatima.

—Llevaos eso, y que la comida esté preparada para el medio día, id, tomad y poned eso en mi caballo.

Y entregó la ballesta y la venablera, inútiles ya, á uno de los aventureros.

Después se alejó con el monje negro, dejando asombrados á los suyos.

—¡Qué capitán!—dijo uno de ellos—tan buena lanza como buen montero; parece increíble.

—Debe ser mucha persona nuestro capitán—dijo otro.

El monje y Zayda Fatima se detuvieron á poca distancia de allí en un verde soto cruzado por un claro arroyo, y se sentaron sobre un banco natural de césped al pie de un gigantesco pino.

—Y bien, padre mío—dijo Zayda Fatima—¿sois, en efecto, el conde don Lope Díaz de Haro? creo que nada hay ahora que impida el que me respondáis á esta pregunta.

—Sí; yo soy, por la misericordia del Señor, quien ha querido que yo quede sobre la tierra para expiar mis crímenes; ¿y vos sois, en efecto, hija del rey moro de Granada, el buen Mojammet-el-Ansarí?

—¿Conocéis á mi padre, conde?

—Sí, allá en los tiempos del rey don Alfonso, por algunas diferencias que tuve con él, anduve huído y amparado en Granada; encontré en el rey vuestro padre un buen príncipe y un buen caballero, ¡así na que sea infiel!

—¡Oh, buen padre mío!—exclamó Zayda Fatima.

—Razón es que el joven se dé á conocer antes que el anciano: ¿por qué estáis en Castilla, en traje y armas de hombre y de soldado?

—Culpa ha sido del infame infante don Juan, como vos, refugiado en Granada, como vos amparado por mi padre, pero como vos leal y caballero.

—La infamia es el alimento del infante don Juan, y habéis hecho muy mal en creerle y en seguirle.

—¡Crearle yo! ¡seguirle yo! ¡ah! no me conocéis; escuchad.

Y la infanta contó de nuevo la maraña de sus

aventuras: cómo, una vez en la corte y amparada por la reina doña María, se vió obligada á huir del tenaz empeño del joven infante don Juan Manuel, y de otra parte de las traiciones que preveía en el infante don Juan, que dejada la usurpación de León y de Galicia, se había sometido á la reina, y era generosamente honrado y favorecido por ella.

Conocemos hasta este punto la historia de Zayda Fatima. Oigamos lo que siguió relatando á don Lope.

—Pude haber revelado mi situación á la reina; pude haberme amparado en un convento; pero si quise afligir á mi buena madre con el continuo cuidado por mí, ni me creí segura tampoco tras los muros de un monasterio, del empeño del infante don Juan Manuel y del no menos terrible empeño del infante don Juan.

He tenido la desgracia de inspirar á los dos infantes una pasión voraz que en nada repara; ¿ni qué retiro hay seguro en estos tiempos? Un rebelde seguido de un ejército de aventureros, ocupa una comarca, la desvasta, cae sobre ella como una maldición de Dios, dispone de todo, se apodera de todo, y nada respeta, ni aun á las vírgenes del Señor puestas al amparo del santuario.

Pensé, pues, y creo que pensé con razón, que lo mejor que podía hacer era perderme, y de tal manera, que ni aun la misma reina pudiese tener noticias de mí.

Yo había traído de Granada un tesoro en las joyas que tenía sobre mí, cuando sorprendida por el infante don Juan me vi obligada, ó á perecer ó á seguirle. Y como siempre tenía tiempo de perecer, le seguí.

Las riquezas que traía conmigo consistían en doscientos riquísimos rubíes que componían las alhajas que me adornaban.

Una vez decidida á huir y á encubrirme, llamé á don Jonas, médico del rey, y le dije:

—Señor mío: vos, entre las gentes de vuestra raza, debéis conocer á alguno que tenga dinero bastante para comprar estas joyas.

Y se las mostré.

Don Jonas, que como todos los judíos, es avaro, se deslumbró á la vista de aquellas riquísimas alhajas, y se las llevó, prometiéndome el secreto, para mostrarlas á un pariente suyo y proponerle su compra.

Al otro día vino, trayéndome en una gran

bolsa de cuero quinientas doblas de oro de la Banda, que yo oculté.

Uno de los pajes de la reina, Garcerán de Solís, hacía mucho tiempo me había dejado conocer, sin quererlo, que me amaba, con uno de esos amores que se convierten en la vida de quien los siente; el pobre joven había ido poniéndose pálido; su mirada había adquirido una lucidez de esas que nos hace estremecer si las vemos en una persona amada; yo necesitaba de un servidor leal; ¿y qué servidor más leal para una mujer que el hombre que la ama?

Inmediatamente que recibí las quinientas doblas de la Banda, dije á Garcerán, á quien encontré en una solitaria galería del Alcázar Viejo de Valladolid:

—Quiero que me hagáis un favor.

Garcerán se puso más pálido y tembló de los pies á la cabeza.

—¡Qué felicidad tan grande, señora—exclamó—poder haceros un favor! Vuestro soy, espada y brazo, alma y corazón.

—Basta, basta—le dije—no necesito tanto; lo que quiero es que secretamente me procuréis vestidos de caballero hidalgo, ricos y galanos.

—Los tendréis, señora, hoy mismo.

Obliguéle á que tomara dinero para ello, y aquella tarde recibí en un pequeño cofre muy labrado, muy bello, un traje completo y rico de caballero.

Faltaban las armas; ¿pero qué importaba esto?

Cité para aquella noche á Garcerán, junto á San Pablo, que es, como sabéis, el Alcázar Viejo.

El pobre mozo, Dios me perdone, debió concebir esperanzas.

Pero era necesario arrostrar por todo; yo no podía permanecer en el alcázar, ni en lugar conocido; de una parte estaba empeñado por mí el infante don Juan Manuel, voluntarioso y audaz, como tan próximamente emparentado con la reina; de la otra me amenazaba el malvado infante don Juan, capaz de todo.

Era preciso huir.

Al oscurecer de aquella noche escribí una carta para la reina, en que la decía que mis infaustos hados me separaban de ella; pero que yo velaría por ella desde la sombra.

Mis lágrimas habían borrado algunas letras de aquella carta.

—¿Pues qué, vos lloráis?—preguntó con asombro el conde don Lope.

—¡Desgraciado de aquel que no tiene en su

corazón lágrimas!—respondió Zayda Fatima—; ¿por qué creer que el que llora es débil, y que el fuerte no puede ni debe llorar? Dios ha puesto las lágrimas en el corazón de todas las criaturas, y no hay una que no lllore, fuerte ó débil, cuando su corazón se comprime.

—Yo no he llorado aún—dijo el conde.

—Pues si un día lloráis—contestó Zayda Fatima—alegraos, porque vuestras lágrimas serán el principio del perdón de Dios.

—Continuad—respondió profundamente el conde.

—Había alejado de mí con varios pretextos á mis doncellas—dijo Zayda Fatima—; me vestí con las ropas que me había procurado Garcerán, me puse un antifaz y salí sin ser notada.

Junto á San Pablo encontré á Garcerán esre-rándome; estaba muy alentado, porque lo que yo hacía le parecía que lo hacía por él, que yo había conocido al fin su amor, aunque él no me lo había revelado, y que lo premiaba.

Yo le dejé en este error; necesitaba que guardase mi secreto.

Llevaba conmigo, abrumada por su peso, las quinientas doblas de la Banda.

Garcerán me llevó á casa de un judío mercader de armas, sedas y brocados.

Una vez allí, empecé por ajustar mi hospedaje por algunos días, y despedí á Garcerán hasta el siguiente.

No debía volver á verme por entonces.

Apenas me quedé sola con el viejo Ishac, le dije:

—Abuelo: necesito al momento, para salir dentro de una hora de Valladolid, armas, caballos y escuderos armados y montados; por dinero no lo dejéis; como mercader de armas debéis conocer á mucha gente de guerra; buscadme cuatro hombres bravos, viejos en lides y callados.

Tuve muy pronto todo lo que había perdido.

El judío salió, y volvió á poco con cuatro aventureros de los muchos que andaban por Valladolid buscando sueldo.

Esos hombres traían cinco caballos.

Por cincuenta doblas compré armas para los escuderos y para mí, cubiertas para los caballos y ropa blanca; y antes de la hora de la queda, salí y yo armada como veis, al frente de mis cuatro escuderos, que ignoraban mi sexo, por el Campo Grande.

Quince días hace que sucedió esto; he vagado por villas y caseríos, y al fin, hace

me encontré con la banda de aventureros que se llaman los Hermanos de la Selva, que iban sobre Renedo, con intención de entrar en la villa, y que habiéndome encontrado á mí, pretendían robarme.

Acometí á su capitán, y Dios me protegió: le maté.

Era la primera sangre que mis manos vertían; ora la primera vez que probaba mi esfuerzo, y sin embargo, impuse terror á aquellos bandidos que me aclamaron por su capitán, y ya veis cómo me sirven.

Anoche vino uno de ellos, que yo no conocía, de Valladolid con el encargo del infante don Juan para el capitán difunto de cortar el camino al infante de Aragón don Pedro, y matarle.

Ya habéis visto lo que he hecho.

—Sabe Dios si habéis hecho bien ó mal; pero en lo que indudablemente no hacéis bien, es en no atraer al infante don Juan, y hacer en él justicia, con lo que ganaría mucho el mundo, y principalmente doña María y los reinos que están bajo su gobierno.

—Páreceme que sin que yo le llame, no ha de tardar mucho el día en que nos veamos frente á frente el infante don Juan y yo; en que yo cobre la injuria que me hizo penetrando en mi palacio de Granada; la violencia que ejerció contra mí obligándome á seguirle, por evitar una desdicha mayor; yo entonces aún no me había desesperado, no había probado mi corazón, no conocía la terrible fuerza que en él estaba oculta; yo adiviné que la intención del infante era robar á mi padre; creí que todo ello sería asunto de un rescate; mi guardia había sido degollada; en el hacha de armas de don Juan humeaba aún la sangre de mis servidores.

Siempre era tiempo de morir; pero mi padre se engañó; mi padre me creyó cómplice del crimen del infante, y cuando yo le escribí enviándole mi carta con un correo de la reina, me contestó con su maldición, maldición que no he merecido, y que sin embargo me aterra; porque siempre es terrible la maldición de un padre.

He aquí, conde don Lope, que os he referido mi historia entera; referidme ahora si queréis la vuestra. Creo que Dios ha hecho que nos encontremos para algún alto designio.

—Yo lo creo también —contestó don Lope.— Ahora oid.

CAPITULO XII

HISTORIA DE UN TRAIADOR

El conde inclinó la cabeza sobre el pecho, y después de algunos momentos de silencio la alzó y dijo:

—Soy hijo del décimotercero señor de Vizcaya don Alfonso López de Haro y de doña Constanza de Bearne, hermana del conde de Bearne don Gastón.

Mi familia ha sido desde tiempo inmemorial poderosa é influyente, y lo es aún en los reinos de Castilla.

Sobre nosotros pesa una maldición.

Nos vino por nuestra abuela doña María de Manrique, esposa del décimo señor de Vizcaya don Diego López.

Esta señora, olvidada de Dios y de sí misma, se huyó con un hombre bajo, mancillando la preza y limpia fama de su familia.

Y bien creo que, á pesar de sus culpas, debe haberla perdonado Dios, porque arrepentida, hizo una áspera vida penitente, y al morir mandó se la enterrase en el monasterio de Huerta, no en el panteón honroso de la familia, sino á la puerta del templo, para que todos los que á él acudiesen hollasen su cadáver por siempre jamás.

Su crimen tuvo funestas consecuencias. Maldijola don Diego y maldijo á los hijos que de ella había tenido, no pudiendo creerlos legítimos siendo nacidos de tal mujer.

Llevábase mal don Diego con su hijo don Lope, y éste, por su parte, andaba enojado con su padre en tal manera, que cuando aconteció la memorable batalla de las Navas de Tolosa, en el momento de romper don Diego con su mesnada sobre el centro de los alárabes, su hijo don Lope, que con él asistía á la batalla, le dijo:

—Cuidad, señor, en este gran trance en que nos vemos, que no me llamen hijo de traidor.

Aludía con estas palabras don Lope al rumor que había corrido de que la batalla de Alarcos se perdió por traición de don Diego.

Este respondió indignado:

—Hijo de mala mujer bien pueden llamarte; pero no te llamarán hijo de traidor.

En efecto, la batalla de las Navas de Tolosa se ganó por el inaudito arrojo y la formidable

pujanza con que don Diego López de Haro rompió el centro de los moros, metiendo en sus taifas la confusión y el desorden.

Gloria á raudales cae sobre los López de Haro; pero al par cae sobre ellos un raudal de traición y de infamia.

Los reyes han sufrido siempre su predominio; por mejor decir, han estado siempre en guerra abierta con ellos, sosteniendo una lucha en que los han ayudado los Laras, los Castros, los Alburquerque, tan poderosos y tan traidores como ellos.

No os asombréis de lo que oís decir de sí mismo á uno de estos poderosos señores; al que tal vez más que ninguno ha dominado á un rey; al que durante algunos años ha sido un verdadero rey.

He pasado por la tumba, y puede decirse que hablo desde la eternidad.

Durante mi vida he conocido dos reyes: don Alfonso X y don Sancho IV; he sido mayordomo mayor y alférez real de este último; he acrecido mis Estados con usurpaciones; he dispuesto de la paz y de la guerra haciendo pesar mi espada en la balanza, ya de la una parte, ya de la otra; he escuchado la voz de mi soberbia, y me he creído invencible: no he mirado ni á la razón ni á la justicia; no he tenido ni conciencia ni agradecimiento; yo he dicho como Satanás: "¿Quién como yo?", y como Satanás, he caído arrojado de la altura al abismo por la mano de Dios.

Y todo provenía de la rebeldía del rey don Sancho contra su padre: ¿con qué razón, con qué justicia, con qué derecho, con qué fuerza podía castigar y reprimir á los traidores, á los regicidas, á los ambiciosos, á los tiranos, él, tirano, regicida, ambicioso y traidor contra su padre?

Qué, nosotros los poderosos señores, los traidores de hoy, los miserables de hoy, ¿no fuimos los traidores, los miserables de ayer, que le ayudamos á arrancar la corona de sobre la blanca y venerable cabeza de su anciano padre?

¿Qué hubiera hecho sin nosotros el rey don Sancho? ¿Qué hubiera sido de él si nosotros, obedeciendo á nuestro honor al pleito homenaje que debíamos al rey don Alfonso, le hubiéramos rodeado desnudas las espadas para defenderle?

Todo se hubiera trastocado: don Sancho, si no muerto, hubiera sido encarcelado, desheredado; el rey don Alfonso hubiera muerto impe-

rando en sus reinos, y la corona hubiera pasado á los infantes de la Cerda por el derecho de su padre don Fernando, hermano mayor de don Sancho.

¿Y qué era éste más que un usurpador? Desheredóle su padre y le maldijo solemnemente en Sevilla, y en la hora de su agonía volvió á maldecirle y desheredarle: podrá decirse que el reino en cortes le aclamó su rey; pero ¿quiénes eran las cortes? Nosotros los grandes señores; nosotros los poderosos; nosotros, que revolvíamos el reino á nuestro antojo; nosotros, que lo dominábamos todo; nosotros, que aterrábamos á los personeros cobardes y comprábamos á los que algo podían; nosotros, que habíamos extendido una red de corrupción, de donativos, de mercedes, de señorías, de preeminencias, de la cual no escapaba nadie: nosotros éramos las cortes; cortes que podrán creerlas legítimas los hombres, pero que no puede creerlas legítimas Dios; cortes amañadas, cortes infames en que todos los próceres, todos los personeros no miraban más que su interés, importándoles muy poca la patria y la justicia.

¡Ah! no, no; el rey don Sancho no tenía derecho á la lealtad de sus cómplices; el rey don Sancho era usurpador como ellos: sin ellos no hubiera sido rey; por lo mismo, teníamos derecho á partir con él lo que todos juntos habíamos robado al rey don Alfonso el Sabio; y por eso no fué una justicia, sino una traición la que el rey don Sancho ejerció contra mí y contra mis parientes en Alfaro; y por eso no es por lo que yo hice contra don Sancho IV mi penitencia y mi remordimiento, sino por mis malas traiciones contra el desventurado rey don Alfonso el Sabio.

Calló el conde don Lope, y permaneció profundamente abstraído durante algún tiempo, con la mirada fija en el espacio, como si hubiera pretendido llegar á la eternidad á través de la inmensidad.

El sol reflejaba de una manera siniestra en sus trvos ojos negros, y su larga barba blanca dejaba notar un temblor persistente.

Zayda Fatima le contemplaba conmovida, pálida, grave.

—¡Conque es decir—exclamó la joven—que el rey don Fernando el IV es rey por usurpación!

—Dios conoce la legitimidad de los reyes—dijo el conde volviendo de su abstracción: el

hombre no puede penetrar los inexcrutables designios de la Providencia: atendiendo al derecho, la cuestión es ardua; atendiendo á la voluntad de Dios, hay que creer en que el martirio de un ángel puede ser la redención de los pecados de una familia.

—¡Ese ángel es la reina!—exclamó vivamente Zayda Fatima.

—Sí, ese ángel, esa mártir, esa noble esposa, esa buena madre, es la sobrina del preclaro y Santo rey don Fernando, doña María Alfonso de Molina; y luego añadió con acento profundo el conde don Lope: en estos reinos de Castilla, los reinos están sobre el rey; la corona es electiva; de otra manera, ¿á qué el juramento de fidelidad, el pleito homenaje otorgado por los reinos al rey y al príncipe heredero? No se pide juramento sobre aquello que es obligatorio, sino sobre lo que es ó no otorgable; la reina doña María, con su gran corazón, con su gran prudencia, es la que, conquistándose el amor de los castellanos, conquista á la par la corona de su hijo: Dios la proteja y la sostenga: Dios haga que la maldición del padre no alcance al hijo, y que el rey don Fernando el IV no acabe en edad temprana y de mala muerte como su padre.

Guardó de nuevo silencio el conde, y luego, sus ojos se abstraieron contemplando la inmensidad.

—Parece que se han avenido los grandes señores—dijo Zayda Fatima.

—Junta de rabadanes, muerte de oveja—contestó el conde—; y si no, recordad lo que vos misma habéis tocado esta noche: un infante de Aragón protegido por un infante de Castilla, tutor del rey, avanza hacia Valladolid con el propósito de obligar á la reina doña María á que le tome por marido: otro infante de Castilla, tío del rey, traidor y rebelde siempre, y que se cree con mejor derecho que el hijo de su hermano don Fernando, y que el de su hermano don Sancho á la corona, prepara á ese infante de Aragón una emboscada para que le maten á las puertas de Valladolid.

Los dos tiros, el del infante don Juan, han sido asestados á la reina, á la que se pretende poner ya de una manera, ya de otra, fuera de combate.

—Eso quiero decir claramente que todos tienen miedo á la reina.

—¿Y quién lo duda? Pero la reina necesita el amparo de Dios: los grandes rebeldes se han

encontrado en lucha con su corazón, con el amor que la profesan los reinos, y han recogido las alas, se han acercado á ella, la han dejado oír el mentido acento de un traidor homenaje: ahora es el momento del peligro: se han depuesto las armas para venir á los amaños solapados, á las traiciones encubiertas: todos esperan nuevos acontecimientos: el proyectado enlace con el infante de Aragón ha cambiado el aspecto de las cosas.

—Pero ese casamiento está deshecho por el juramento del infante.

—¿Cómo se conoce vuestra poca edad en la fe que prestáis á los juramentos! ¡ni en qué juramento de ambicioso puede creer, sino aquel que está aún muy lejos de las canas! Creedme, doña María: el casamiento del infante de Aragón no se hará, porque la reina no sucumbirá á él, porque la reina preferirá morir, perecer con su descendencia antes que manchar su dignidad: pero la rotunda negativa de la reina, negativa que no se hará esperar, porque la noble doña María de Molina no permitirá que se empañe ni por un momento su limpia fama, encenderá de nuevo la guerra civil; el rey de Aragón volverá á abrir la campaña por don Alfonso de la Cerda; los Haros, los Laras, los Castros, los Alburquerque, todos cuantos tienen mesnada, tomarán el partido que crean puede producirles más: el infante don Enrique no sabrá á qué atenerse, ni es fácil adivinar lo que en tal situación hará el infante don Juan: la reina volverá á encontrarse de nuevo combatida por todos los vientos sin más fuerza que la de su corazón, sin otro amparo que el de Dios.

—Yo moriré al lado de la reina—dijo con entusiasmo Zayda Fatima.

—¿Y qué es un grano de arena—contestó el conde don Lope—cuando se trata de levantar un soberbio alcázar?

—Haré pagar á lo menos su falta de fe al infante de Aragón, yo os lo juro.

—En lo cual, más que otra cosa habréis sostenido un innecesario empeño vuestro. Así se empieza; vengando primero un ultraje, empeñando la vanidad en grandes empresas, cayendo después en todo, para obtener los medios de mantener la vanidad.

—Yo no tengo en mis venas sangre de traidores.

—Es verdad—dijo el conde—; la sangre de los Nazares aún no se ha corrompido; aún vive

en ella el heroísmo de Al-Hhamar el de Arjona; del amigo de don Fernando el Santo, que le ayudó á conquistar á Sevilla; de aquel buen rey á quien sobrenombraron los suyos el Vencedor y el Magnífico.

—¡Oh, mi ilustre abuelo!—exclamó Zayda Fatima.—¿No creéis, padre mío, que este esfuerzo que he encontrado en mí en la hora de la prueba, es el esfuerzo de su sangre generosa?

—¡Oh! ¡quién lo duda! somos como de donde venimos: en vos alienta el egregio corazón de vuestros mayores: pero nos hemos olvidado de lo que pasó por lo presente y por lo porvenir: tiempo es ya de que continúe mi historia, porque el medio día se acerca. La pieza que con tal maestría habéis hecho estará ya hirviendo en la caldera, y justo es que cuando levantéis vuestro pendón de caballero libre para llevar vuestra gente adonde debéis llevarla, vuestra gente vaya mantenida, á fin de que no se malogren los botes de sus lanzas: oid.

Tanto y tanto habíamos pedido al rey don Sancho, de tal manera le habíamos acosado, que se vió ya en el caso, ó de quedarse sin nada más que con el título de rey, ó de haceros frente para ser rey con reino.

El rey se decidió contra mí, especialmente, á una traición.

Habíame yo apoderado de los castillos y villas de doña Margarita, viuda del infante don Pedro, á la cual había engañado ofreciéndola repudiar á mi mujer doña Juana Alfonso para casarse con ella.

Creyólo ésta, nos recibió buenamente en sus Estados al infante don Juan y á mí, nos apoderamos del señorío de doña Margarita, y á más de esto de algunos castillos del rey en la frontera de Aragón.

Disimuló don Sancho porque nada podía hacer, y nos llamó á Santa María de Sirga.

Llegué yo en el momento en que estaba en oración en el convento de Santa María de Sirga, encontréle en el claustro, y delante de los monjes me dijo á grandes voces é irritado, con qué razón el infante don Juan y yo le habíamos corrido la tierra desde Castel Rodrigo á Salamanca, y nos habíamos apoderado de villas y castillos suyos y de otros que eran de su cuñada doña Margarita, y de haber faltado á su señorío sin habernos despedido ni desnaturalizado de él, como lo pedía el fuero de los hijodalgos, amenazándonos con las penas en que habíamos incu-

rrido por contravenir á tal fuero de una manera rebelde é injuriosa á su poderío real absoluto.

Yo que entonces no cabía en la tierra, tal era el extremo á que había llegado mi vanidad y mi soberbia, contesté agriamente al rey, que si el infante don Juan le había corrido la tierra, por mandado mío había sido, y que en manos del rey estaba, satisfaciéndonos, el evitar tales cosas.

Disimuló el rey por entonces, creyendo que lo que yo le decía, y aun lo que hacía, era por amedrentarle y tenerle más en mi poder.

Yo lo creí del mismo modo, y tanto, que cité al rey para unas vistas en Valladolid, esperando que el rey iría á aquella villa sin gentes, y que llevando yo muchas y buenas podría mejor amedrentarle y sujetarle á mi voluntad, haciendo de manera que don Sancho fuese rey sólo en el nombre, mientras yo fuese el verdadero rey.

¡Cuán ciego estaba yo y cuán poco conocía al rey don Sancho!

Y es que la ambición embriaga, y que nunca un ambicioso se cree más seguro que cuando está próxima á sonar la hora de la justicia.

Pero cuando yo me acercaba á Valladolid, el rey, más prevenido que yo, salió con gran golpe de gente á recibirme á Loberuela, y asintió á todo lo que yo propuse, tanto en los conciertos con el rey de Aragón, como en otros asuntos importantes, llegando hasta el punto de mandar llevar allí una tienda y los sellos reales para despachar conmigo todos los asuntos de consuno.

Parecía que todas las diferencias habían concluido; que el rey se había sometido completamente á mi voluntad; y yo, satisfecho de mí mismo, me creía el vasallo más leal de cuantos vasallos ha habido en el mundo.

Por aquel tiempo fui enviado por el rey á Aragón á cerrar los tratos de la paz; pero hube de volverme con gran disgusto del mal despacho que recibí del rey de Aragón.

Entretanto, el infante don Juan andaba mal parado, alejado del rey y desavenido con él.

Importábame á mí que volviese á la gracia del rey, puesto que don Juan era mi yerno, por su casamiento con mi hija doña María.

Propuse, pues, unas nuevas vistas al rey don Sancho, á las que acudió el infante don Juan, y en las cuales quedamos los tres tan avenidos, que no parecía sino que se habían acabado todas las diferencias.

Convínose en que el rey se separaría del concierto con el rey de Francia para venir á un con-

cierto con el rey de Aragón, y el rey nos citó para la villa de Alfaro, donde en una junta con los prelados, maestros y ricos hombres, se miraría al día siguiente lo que fuera mejor.

Al día siguiente nos reunimos en el palacio del rey en Alfaro, con los prelados, ricos hombres y caballeros que había llamado el rey, y que eran don Alonso de Molina, hermano de la reina, don Juan Alonso de Haro, Gonzalo Gómez de Manzanedo, el arzobispo de Toledo don Gonzalo, el obispo don Juan Alonso de Palencia, el obispo de Osmá, el de Calahorra, el de Tuy, Ruy Díaz, abad de Valladolid, y el deán de Sevilla, notario mayor del rey en Castilla.

Juntos todos, en buena armonía, discurríamos cuál de los conciertos haría el rey, si el del rey de Francia ó el del de Aragón.

En esto se levantó el rey y dijo:

—Quedaos tratando lo que mejor fuere hacer, que luego volveré yo y me diréis lo que hubieréis acordado.

Salíó el rey, sin que nada recelásemos, y al cabo de algún tiempo volvió, y dijo desde la puerta:

—¿Habéis ya acordado?

—Sí, señor—contesté yo—; entrad y os diremos nuestro parecer.

Entonces dijo el rey:

—Muy pronto lo acordasteis, y yo vengo con otro acuerdo: y es que vosotros dos—y señaló al infante don Juan y á mí—, os quedéis conmigo hasta que me deis mis castillos y villas que me habéis quitado.

A todo esto se oía fuera tumulto de gente armada, lo que me hizo llamar á grandes voces á los míos.

Pero los míos tenían que acudir á sí mismos y no podían acorrerme.

Tan fuera estaba yo de mí, tan acrecido en mi soberbia, y en tal desprecio tenía al rey por acostumbrado á someterle á mi voluntad, que ciego de cólera me fuí para él con el puñal levantado.

Arrimóse á mi defensa, armado también, el infante don Juan.

Gonzalo Gómez de Manzanedo y Sancho Martínez tomaron la defensa del rey; pero el infante don Juan los hirió malamente, á quien respetaron por ser hijo de don Alfonso.

El tumulto crecía, el estridor de las armas, el ritar de los combatientes; corría la sangre; era

el momento terrible y había que aprovecharle; no había elección: ó morir ó matar.

Me lancé sobre el rey.

Entonces entraron los caballeros y los ballesteros hidalgos de maza de la casa del rey tan á tiempo, que entre el rey y yo se pusieron, y una espada cayó con tal furia sobre mi alevosa mano, que ésta con su infame puñal fué al suelo.

Y el conde sacó de debajo de su hábito el árido muñón de su brazo derecho.

—Mirad—añadió inclinando su cabeza y mostrando á Zayda Fatima su parte posterior—: ¿qué veis ahí?

—Tres profundas cicatrices—dijo Zayda Fatima.

—Causáronlas otros tantos golpes de maza. Caí al suelo sin sentido, y después supe que el infante don Juan se salvó á duras penas del furor del rey por mediación de la reina doña María, que había acudido, logrando que el rey se satisficiera con ponerle en estrecha prisión.

Pero mi pariente Diego López de Haro no fué tan afortunado.

Acusóle el rey agriamente de haberle corrido la tierra de Castel Rodrigo, le llenó de denuestos, y dejándose arrebatado por su furor, le mató por sí mismo, de tres golpes de espada en la cabeza.

—¿Y vos? ¿y vos?—dijo Zayda Fatima—: ¿qué fué de vos?

—Encontréme en un lecho, en una humilde estancia, asistido por mi escudero y amigo Alvar Gómez de Salcedo, y por un médico judío que, cierto, como lo oí después, no sabía á quién curaba.

No lo sabían tampoco los pobres habitantes del caserío adonde me había llevado Alvar Gómez.

—¿Pero cómo se os tuvo por muerto?—dijo Zayda Fatima.

—Como muerto caí en tierra, y entre el tumulto pudieron sacarme algunos de los míos del alcázar de Alfaro, y hallando que no había muerto, cuidadosos de que el rey no me hiciese matar si tal noticia le daban, sacáronme aprovechando las sombras de la noche de la villa, y llevaronme á aquel caserío.

—¿Pero y vuestras exequias, conde? ¿cómo pudo engañarse á todo el mundo?

—Perdone Dios á los míos, que por salvarme cometieron un crimen horrendo.

Salieron cuatro de ellos al camino, acometie-

ron á un pobre viandante, dieron sobre él, le acabaron á golpes en la cabeza, de manera que le magullaron hasta el punto de no quedarle facción alguna, le cortaron la mano derecha, y con las ropas mías que me habían quitado y que le vistieron, le llevaron á otro caserío, donde dijeron que aquel era el cuerpo del conde don Lope Díaz de Haro, y ellos sus vasallos que le habían sacado de Alfaro, donde el rey le había mandado matar; que ellos le dejaban allí y se ponían en salvo, temerosos de que el rey los quisiese matar también, sólo por ser vasallos de tal señor.

Con esto se volvieron adonde yo estaba, y cuidáronme, y cuando convalecí, después de haber pasado muchos días entre la vida y la muerte, como me vieses temeroso de que á pesar de no conocerme aquellos labriegos supiese el rey dónde estaba y diese sobre mí é hiciese lo que Dios no quiso concluyese en Alfaro, por tranquilizarme contáronme lo que habían hecho con el desgraciado viandante, y cómo aplacado el rey por los buenos oficios de la reina doña María, y sabiendo dónde estaba aquél que se creía mi cadáver, había mandado se me condujese al enterramiento de mis antepasados, lo cual había sido hecho con grandes exequias por mi alma, y dándose sepultura en mi lugar á aquel triste.

Afortunadamente nadie se había entrometido en reconocimientos ni averiguaciones.

Sabíase que yo había sido muerto á golpes de maza, y nadie extrañó lo desfigurado del semblante del otro.

Engañaron mis vestidos y el ser por acaso aquel sin ventura igual á mí en la altura y el grosor del cuerpo.

Sentí el frío del horror cuando supe esto, y sonó para mí el momento de la conversión.

Dios había permitido que el rey, recobrando su valor y su dignidad, preparase si quier con alevosía el castigo de mi soberbia.

Por muerto me tenían todos.

Por muerto mi mujer doña Juana Alfonso de Molina, hermana de la reina.

Por muerto mi hijo don Diego López de Haro.

Un inocente ocupaba mi lugar en el panteón de mis mayores, en el cual reposaban muchos que habían perecido de mala muerte.

Tócame Dios en el corazón.

Conocí que con presentarme de nuevo y deshacer el engaño de mi muerte no lograría otra

cosa que aumentar los horrores de la guerra civil.

Mi mujer doña Juana Alfonso se había visto obligada á escapar á Aragón.

Mi hijo don Diego había muerto de una dolencia súbita como herido por la mano de Dios.

El rey, revolviendo bruscamente contra mis Estados, me había tomado mi villa de Haro y había sometido mi Señorío de Vizcaya.

Mi hermano don Diego andaba fugitivo.

Mi casa, pues, había sido destruída.

¿Qué más patente podía verse la justicia del Señor?

Encargué, pues, un gran secreto á mis criados y les dije que, yendo en ello la salvación de mi alma, había resuelto ir á meterme monje de la Orden de San Benito, en la Abadía del Abrojo, cuyo prelado, hombre de muy gran virtud, me había amonestado muchas veces, pronosticándome un fin desastrado si no me reconocía y cesaba en mis desaciertos.

Tomé, pues, la ruta de Castilla, de noche y por caminos extraviados.

Patente vi durante el camino la voluntad del Señor.

Una noche sobrevino una recia tempestad.

Asustado por los truenos y por los relámpagos el caballo de Alvar Gómez de Salcedo, se desbocó y dió con su jinete por un despénadero.

Cuando le buscamos le encontramos despedazado debajo de su caballo, muerto también.

Algo más adelante, uno de los tres que me seguían, adoleció de repente de un mal de cabeza y se nos quedó entre las manos.

Por último, cerca de Valladolid, en una alquería, la peste negra que reinaba en Castilla acometió á mis otros dos servidores, que fenecieron en muy pocas horas.

¿Qué más patente la voluntad del Señor?

El tenía compasión de mi alma y me encaminaba á la penitencia.

El no quería, sin duda, que nadie pudiese divulgar el secreto de que yo era vivo, cuando había matado á los que le conocían.

Dios me decía, enmudeciéndolos:

—No reveles á nadie que vives; no vayas á la Abadía del Abrojo; allí te conocen.

Yo salí horrorizado de la alquería, donde quedaban muertos mis dos últimos servidores.

Enfermo, maltratado, hambriento, sin saber adónde dirigirme, caminé toda la noche.

Antes del amanecer me senté rendido de cansancio al pie de una cruz.

Aquella cruz era la del camino donde hicisteis anoche justicia á aquellos dos infames.

Empezó á amanecer, y por quitarme de la vista de las gentes, por evitar preguntas, me encaminé hacia las primeras espesuras de la Selva del Abrojo.

Por entonces no había yo reconocido el lugar.

Seguí internándome arrastrándome, casi apoyándome en los troncos de los pinos, calenturiento, débil, desesperado.

Dios me guiaba.

Continué, y al salir el sol divisé, al lado de una laguna formada por un arroyo, una pequeña y blanca ermita.

Hice un esfuerzo y llegué, entré, me arrodillé al pie de una cruz, de la cual se veía pendiente un Cristo de la Expiración, ennegrecido por el tiempo y de aspecto doloroso, severo, terrible.

Oré y lloré; hice voto al Señor de permanecer allí sirviendo humildemente al eremita, yo, que en mi soberbia había pretendido hacerme servir por reyes.

De improviso vino á sacarme de mis dolorosas meditaciones un profundo gemido.

Aquel gemido provenía de una pequeña puerta situada á la derecha del altar.

Aquel gemido parecía el de un moribundo.

Me levanté y entré.

Me hallé en una reducida estancia y en ella vi un anciano caído de cara sobre el suelo.

Le alcé y vi que estaba muerto.

Tenía abrazado un crucifijo y vestía este mismo hábito.

En aquella estancia no había más que una tarima, un cántaro negro, una mesa, y sobre ella una calavera y un libro de horas.

En un ángulo había un azadón.

¿Para qué podía haber servido aquel azadón si no para que el ermitaño cavase su sepultura?

En efecto, para esto había servido, y también para labrar un pequeño huerto en que crecían legumbres y unos pobrecillos árboles frutales.

Lo descubrí esto saliendo de la ermita y dando vuelta por detrás de ella.

La sepultura correspondía á la parte de la ermita en que estaba el gran Santo Cristo.

Un musgo fresco y verde revestía la tumba, y asimismo el montecillo de tierra que de ella se había sacado, señal clara de que la sepultura se había abierto hacia mucho tiempo; de que

hacía mucho tiempo que el anciano ermitaño estaba preparado para la muerte.

Volví á entrar y oré por el alma del difunto.

Luego desceñí la correa que sujetaba su hábito, que es esta misma, á la que estaba sujeto este mismo rosario.

Le quité el hábito y me lo puse, rogando á su espíritu me perdonase si con su hábito no sepultaba su cuerpo.

Luego pasé todo el día orando junto á él.

A la puesta del sol le saqué haciendo esfuerzos inauditos, porque mis fuerzas estaban agotadas.

Le coloqué en su tumba, y le cubrí sabe Dios con cuánto trabajo, á causa de la falta de mi mano derecha, con la tierra que formaba junto á la sepultura el verde montoncillo.

¿Quién había sido el ermitaño?

Yo no lo sé, nadie me lo ha dicho.

Debía ser ascético y guardar el silencio y el semblante, porque la primera vez que vinieron, ya pastores, ya bandidos, ya gentes de los contornos que tienen devoción al Santísimo Cristo de la Selva, ninguna señal de extrañeza dieron al verme con el capuz calado hasta la barba.

Se reducían á decirme después de dejar algunos alimentos:

—Rogad por nosotros, varón de Dios.

—Haced que Dios nos envíe la lluvia, santo anacoreta.

—Rogad á Dios que vuelva la salud á mi hijo.

Y ninguno extrañaba que yo no le respondiera, señal clara de que el otro ermitaño se había reducido á la soledad y al silencio.

Debía recibir limosnas en dinero, porque muchos dejaban sobre el altar algunas monedas de cobre.

Yo las daba en silencio á los que llegaban más necesitados á pedirme rogase á Dios los mejorase de sus cuitas.

Continué haciendo lo mismo, y cuando esto hago, me dicen:

—Cada día más santo: antes guardabais el dinero para comprar el aceite de la lámpara del Santísimo Cristo; nosotros os traeremos aceite para que podáis dar las limosnas que os dan los que tienen, á los que nada pueden daros y sólo vienen á pedirlos roguéis á Dios por ellos.

Así he vivido nueve años, sin hablar con nadie.

Muchas veces han venido el abad del Abrojo



y los monjes de la Abadía, y han padecido el mismo engaño; me han tomado por el antiguo anacoreta, han respetado mi voto, y nunca han pretendido verme el semblante.

Cuidan de mí: todas las semanas un lego me trae pan, abadejo, sal, aceite, frutas secas, y con esto, y con las limosnas que me hacen, atiendo cumplidamente mi subsistencia; puede decirse que vivo con lujo.

—¿Y cómo os habéis descubierto para nosotros?

—No lo sé—contestó el conde don Lope—: en un momento de olvido, de delirio, sorprendo la intención de un asesinato y de una infamia: debí avisar, hablar: entré, se arrolló mi capucha, y me reconoció el infante don Juan Manuel por el gran parecido que tiene conmigo mi hermano don Diego: no importa; cuando tal ha sucedido contra mi voluntad, Dios lo habrá querido así: Dios, asombrándome anoche con mis remordimientos, me llevó á un lugar donde descubrí los proyectos de un horrendo crimen.

Dios me dió fuerzas para llegar antes que aquellos dos malvados.

Encontré una mujer fuerte, una mujer pura, una infiel traída por la misericordia de Dios y por extraños círculos á la luz del Evangelio; una ilustre descendiente de los Nazares, que honra su sangre generosa.

Me olvidé de mi incógnito, transformado un momento por la situación en que me encontraba.

Había que hacer justicia en aquellos dos miserables.

El haberme descubierto ante el infante don Juan Manuel de una manera involuntaria, parece una permisión de Dios, que me avisa y me dice:

“No permanezcas en la inacción; sirve de guía y de consejo con tu experiencia á esa noble mujer que ha tomado generosamente la defensa de la buena reina doña María; que ha huído los peligros que amenazaban á su pureza. El infante don Juan Manuel revelará que vives, te buscarán; tú no puedes permanecer en la ermita del Santísimo Cristo de la Selva; te reconocerían, y tu encuentro causaría escándalo, produciría inconvenientes. Tu mujer es ambiciosa, y no te permitiría permanecieses apartado de las cosas del mundo.”

—¡Ah! no, no, doña María, no me encontrarán: el hábito del monje se convertirá en arma

dura; yo cubriré mi semblante con un antifaz de hierro: no puedo empuñar una espada ni regir una lanza, pero puedo abrazar una adarga para defenderme y regir un caballo.

Seré vuestro compañero, vuestro consejo, vuestro guía; haré por el rey don Fernando el IV y por su madre tanto bien como mal hice á su padre el rey don Sancho.

—¡Ah!—exclamó con alegría Zayda Fatima—: Dios os lo premiará: puede ser que podáis decir un día al rey, a la reina, á sus reinos, á vuestros señórtos: yo soy aquel conde don Lope Díaz de Haro que todos habéis creído muerto á manos del rey don Sancho; yo soy, que he salido de mi tumba para asegurar la corona en la cabeza del hijo de aquel rey que castigó en mi traiciones y malas artes; yo he pagado mis deudas; tenedme por bueno.

—¡Ah! jamás—exclamó el conde.—Don Lope Díaz de Haro ha muerto; sólo vive para vos y para reparar el mal que ha hecho.

—Pero el infante don Juan Manuel revelará, á pesar de que ha prometido el secreto, porque todos, hasta los niños, están avezados hoy á la traición en Castilla, que el conde don Lope Díaz de Haro no ha muerto, y que doña María de Granada y de Molina se ha convertido en un terrible capitán de aventuras.

—Tomaránlo por un sueño del infante don Juan Manuel, cuando busquen y no encuentren ni á vos ni á mí.

—Encontrarán desierta la ermita del Cristo de la Selva.

—Eso no prueba que el ermitaño fuese don Lope Díaz de Haro.

—Encontrarán que ha desaparecido.

—Eso probará que el infante don Juan Manuel no me ha visto.

—Hoy mismo—dijo Zayda Fatima—ceñiréis vos las armas de Ciervo-veloz, uno de los ajusticiados; calbagaréis en su caballo, abrazaréis su adarga: á falta de antifaz de hierro, usaréis del mío de seda; os llamaremos el caballero Sin nombre; partiremos hoy mismo á Medina del Campo y allí aumentaremos nuestra fuerza con todos los hombres de armas que podamos.

—¿Qué dinero tenéis?

—Cuatrocientas doblas de la Banda.

—Poco dinero es ése; pero yo tengo cerca de Haro, en una cueva, un inmenso tesoro: le enterré allí cuidadoso de un día en que mis enemigos, vencíendome, me obligasen á huir; de que

el rey se apoderase de mis señorios; de que necesitase dinero para levantar una fuerte mesnada. Aquel dinero, que se enterró para el mal, será desenterrado para el bien: hoy mismo partiremos, no á Medina del Campo, sino á Haro; pasaremos á Navarra, y allí será donde levante-mos bandera: aquella gente es dura, belicosa y leal. Ahora bien, doña María, nuestro ciervo debe estar ya condimentado; volvámonos á nuestra cabaña; en ella entrará el monje, y de ella saldrá el capitán de aventuras.

—¡Oh, sí! vos seréis nuestro capitán—dijo Zayda Fatima—; no quiero que os rebeléis contra mí como contra el rey don Sancho porque yo mande más que vos.

—¡Ah! ¡pluguiera al Señor que la soberbia de mis parientes no me hubiera irritado, que nunca me hubiera hecho envidiar la privanza del rey! Vamos, vamos, doña María; somos dos misterios: vos un capitán que no es hombre: yo un muerto vivo: me parece que aliento con más fuerza, que empiezo á cumplir mi verdadera penitencia. Dios os lo pague, puesto que vos habéis sido la causa.

Y pareció como que, aliviado de su tristeza, el conde don Lope se animaba, que marchaba más desembarazadamente, que se rejuvenecía.

Esto se explicaba: la nueva penitencia que se había impuesto, estaba más en armonía con sus costumbres y con sus inclinaciones.

Llegaron á la cabaña.

Gutierre Mesa, que había relevado á Farfín, tenía á punto en una inmensa caldera el ciervo condimentado.

Llamóse la gente y diósele de comer.

Quedáronse solos Zayda Fatima y el conde don Lope.

Entonces éste se ciñó el arnés de Ciervo-veloz, que Zayda Fatima había mandado llevar á la cabaña.

Zayda Fatima dejó en ella dos aventureros para que la guardasen, y seguida de los otros y acompañada del conde don Lope, que llevaba cubierto el rostro con un antifaz, emprendió la marcha á puestas del sol y por caminos extra-viados hacia Burgos, dejando á la izquierda á Valladolid.

FIN DEL TOMO PRIMERO

V. Blasco Ibáñez

Argentina y sus grandezas

(Segunda edición)

La gran República Argentina, con su historia, sus costumbres, sus paisajes y su vida toda, aparece admirablemente descrita en este libro de incomparable belleza y de observación minuciosa y documentada. Blasco Ibáñez, el ilustre novelista español, no ha escrito de memoria. Recorrió todo el país argentino, desde las mesetas del Norte, bañadas por un sol tropical, hasta las comarcas del Sur que cubren los hielos antárticos. Visitó territorios que los mismos nacionales de otras latitudes desconocen, y á sus notas y apuntes de descriptor magistral y colorista, acompañó el documento gráfico, recogiendo millares de fotografías de todas las comarcas. Después de estos estudios, algunos de los cuales le ocuparon meses enteros, escribió su obra. Va en primer término la descripción del país argentino, la grandeza del territorio, sus montañas, sus lagos, sus ríos, la raza, el clima, la fauna y la flora, la agricultura, la ganadería, el comercio y el valor de la tierra. Sigue el estudio histórico de la Argentina de ayer, los conquistadores, los exploradores del Río de la Plata, la época de D. Juan de Garay, la vida colonial, la ciudad, el campo las miserias jesuíticas, el virreinato y la independencia. Relátase después la Argentina de hoy, su organización definitiva, la política, el ejército, la marina, la educación, las ciencias, letras y artes, la prensa, el carácter argentino, la mujer, la beneficencia, la riqueza del país, los barcos, los ferrocarriles, la colonización y los extranjeros. Sigue una hermosa visión de lo que será la Argentina de mañana con el glorioso porvenir de aquel país floreciente y poderoso, que, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos. Y por último, como complemento de estos estudios de conjunto, va uno particular y especial de cada una de las provincias argentinas, con la impresión literaria del autor en su excursión por ellas, con su historia regional, su geografía, sus costumbres, su estadística y su producción.

Poco hemos de decir en cuanto á la parte material de esta obra, editada á todo lujo y sin escatimar ningún gasto. Su mejor elogio es rogar al lector que la examine en cualquier librería. Forma un volumen en folio de cerca de ochocientas páginas en papel couché, con millares de fotograbados en cobre. Fuera del texto van unas hermosas láminas en colores que, como todo el gráfico de la obra, son un modelo de estampación. Está encuadernada en piel, con oro y hierros especiales. Agotada la primera edición, hemos puesto á la venta la segunda al precio^s de **25 pesetas.**

Pedidos á la

EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA,

Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado núm. 376.

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. La velada que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado de correos 376.

Novísima Historia Universal,

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. La Historia Universal más moderna y más barata del mundo. 20.000 retratos de hombres célebres, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios y monumentos, reconstrucciones, historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores, mapas, planos, etc.

Tomo I.—Introducción á la Historia, por Michelet.—El hombre primitivo, por E. Lagrange.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, por G. Maspero.

Tomo II.—Historia del pueblo de Israel, por Ernesto Renán.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán.

Tomo III.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán (*continuación*).—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy. Obra premiada por la Academia francesa.

Tomo IV.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy (*continuación*).—Historia de la República romana, por Michelet

Tomo V.—Historia de la República romana, por Michelet (*continuación*).—El Imperio romano, por Víctor Duruy.—Historia de la literatura romana, por Alexis Pierron.

Tomo VI.—Los orígenes (395-1095).

Comienza en este tomo y prosigue en los sucesivos hasta el fin de la obra, la

magnífica **Historia Universal, desde el siglo IV hasta nuestros días**, escrita bajo la dirección de los académicos Ernesto Lavisse y Alfredo Rambaud, por lo más notable de la Ciencia francesa.

Tomo VII.—La Europa Feudal.—Las Cruzadas (1095-1270).

Tomo VIII.—Formación de los grandes Estados 1270-1492).

Tomo IX.—Renacimiento y reforma.—Los nuevos mundos (1492-1559).

Tomo X.—Las guerras de religión (1559-1648).

Tomo XI.—Luis XIV (1643-1715).

Tomo XII.—El siglo XVIII (1715-1788).

Tomo XIII.—La Revolución francesa (1789-1799).

Tomo XIV.—Napoleón (1809-1815).

Tomo XV.—Las Monarquías constitucionales (1815-1847).

Tomo XVI.—Revoluciones y guerras nacionales (1848-1870).

Tomo XVII.—El mundo contemporáneo (1870-1900).